AVISO DE PRIVADOS Y DOCTRINA DE CORTESANOS

Antonio de Guevara

Freeditorial

PRÓLOGO, EN EL CUAL TOCA EL AUTOR POR MUY ALTO ESTILO QUÉ ES LO QUE HA DE HACER EL AMIGO POR SU AMIGO.

Propone el autor

Platón el muy famoso Filósofo preguntado por los de su Academia, por qué tantas veces iban desde Atenas a Sicilia (como de verdad el camino que había de pasar fuese en sí muy largo, y el mar que navega era muy peligroso) respondió: La causa porque voy desde Atenas a Sicilia es, por ver a Foción, varón que es muy justo en lo que hace, y prudente en lo que dice, y como es amigo mío, y enemigo de Dionisio, voy también allá para ayudarle con lo que tuviere, y aconsejarle con lo que supiere: y díjoles más Platón: Hágoos saber, discípulos míos, que el buen Filósofo por visitar, y socorrer a un amigo, y por ver, y comunicar a un hombre bueno, poca jornada se le ha de hacer atravesar todo el mundo. Apolonio Thianeo partió de Roma, caminó por toda Asia, navegó por el río Nilo, padeció los fríos del monte Cáucaso, sufrió los inmensos calores de los montes Rifeos, atravesó las tierras de los Masagetas, y entró en la gran India: y esta tan peregrina peregrinación hizo él, no por más de por ver, y comunicar al gran Filósofo Hiarcas su amigo. Agesilao (Capitán que fue muy nombrado entre los Griegos) como supiese que el Rey Hicario tenía preso a un Capitán su amigo, pospuestas todas las cosas, y atravesando grandes tierras, caminó para allá, y allegando al Rey Hicario, dijo estas palabras: Mucho te ruego (¡oh Rey Hicario!) seas servido de perdonar a Miniote mi único amigo, y vasallo que es tuyo; porque todo lo que hicieres por su persona, todo lo asienta a mi cuenta, que al fin no podrías a él castigar en el

cuerpo, que a mí no lastimases en el corazón.

El Rey Herodes, después que Marco Antonio fue vencido por Augusto, vínose para Roma, y puesta su corona a los pies del Emperador Augusto, díjole con muy gran ánimo estas palabras: ¡Oh gran Augusto, sabe sino lo sabes, que si Marco Antonio creyera a mí, y no creyera a Cleopatra su amiga, tu sintieras cuán enemigo era yo tuyo, y él viera cuán leal amigo era yo suyo: mas él como hombre que se gobernaba más por lo que una mujer le decía, que no por lo que la razón le persuadía, de mí tomaba los dineros, y de Cleopatra los consejos; y díjole más:

He aquí a mi Reino, y a mi persona, y a mi corona puesta a tus pies: todo lo ofrezco a tu servicio, si dello te quieres servir, mas con tal condición, oh invencible Augusto, que no mandes oír ni decir mal de mi señor Marco Antonio, dado caso que fuese ya muerto, pues sabes tú que los verdaderos amigos, ni por muerte se han de olvidar, ni por ausencia despedir. Julio César último Dictador, y primero Emperador Romano, tuvo tan estrecha amistad con el Cónsul Cornelio Fabato que como caminasen ambos juntos por los Alpes Gálicos, y la noche los tornase en una choza, y viniese malo el Cónsul Fabato, dejó el buen Julio César toda la choza, para do reposase su amigo: y él salióse a dormir a la nieve, y al frío.

De los ejemplos que habemos puesto, y de muchos más que se podrían poner, se puede colegir, cuánta fidelidad han de tener entre sí los verdaderos amigos, y a cuántos peligros se han de poner los unos por los otros: porque no cumple el amigo con el amigo, con solamente de él en los trabajos se compadecer, sino que es obligado ir con él a morir. Aquel sólo se puede llamar verdadero amigo que da de lo que tiene, sin que se lo pidan, y va al socorro de su amigo sin que le llamen. No hay hoy en el mundo tal género de amistad como este que habemos dicho: sino que ningún amigo quiere con lo que tiene, a otro amigo socorrer, ni menos en los trabajos favorecer, y si por caso uno a otro acude, a tal tiempo acude, que es ya más tiempo de llorarle, que no de remediarle. Es también de saber, que las amistades para que sean perpetuas, y verdaderas, no han de ser con muchas personas, conforme a lo que dice Séneca: Amigo mío Lucilo aconséjote, que seas amigo de uno, y enemigo de ninguno. Tener los hombres muchos amigos trae consigo gran importunidad, y disminuye la amistad: porque considerada la libertad del corazón, es imposible que uno se haga a la condición de muchos, ni que muchos se conformen con la condición de uno. Tulio, y Salustio fueron dos Oradores muy afamados entre los Romanos, y ellos entre sí muy mortales enemigos: y en esta competencia, tenía Tulio por amigos a todos los del Senado, y Salustio no tenía otro amigo en Roma, sino sólo Marco Antonio.

Habiendo, pues, un día palabras entre sí los dos Oradores, dijo Tulio a Salustio

con gran enojo: ¿Qué puedes tú hacer, ni qué puedes tú poder contra mí, pues sabes que tú no tienes en toda Roma más de un amigo, que es Marco Antonio, y no tengo yo más de un enemigo que es el mismo? Respondióle a esto Salustio:

¿Preciaste, oh Tulio, que no tienes más de un enemigo y motéjasme que yo no tengo más de un amigo? Pues yo espero en los inmortales dioses, que el solo enemigo que tú tienes, basta para te echar a perder: y el solo amigo que yo tengo, basta para me conservar. Después destas palabras, no pasaron muchos días, en que el Marco Antonio mostró la amistad que tenía con el uno, y la enemistad que tenía con el otro, porque a Tulio mató, y a Salustio sublimó. Puede el amigo partir con su amigo todo lo que tiene, es a saber, el pan, el vino, la ropa, los dineros, el tiempo, y la conversación, mas no puede partir el corazón, porque el corazón no se sabe partir, ni repartir, sino que a uno, y no a muchos se ha de dar. Presupuesto que es verdad, como es verdad, es a saber, que el corazón no se puede partir, sino que él sólo a un solo amigo se ha de dar: necesario es, que si uno quiere tener muchos amigos, ha de ir a las carnicerías a comprar muchos corazones. Muchos se precian, y como por gloria tienen, tener muchos amigos: y hecha la pesquisa de qué, y para qué sirve aquella letanía de amistad, hállase, que no es para más de para comer, beber, pasear, y murmurar, y no para que uno a otro en sus necesidades se socorran con dineros, ni se favorezcan en los trabajos, ni se reprehendan de los vicios; lo cual no había de ser así, porque donde hay verdadera, y limpia amistad, ni mi amigo a mí, ni yo a mi amigo, nos habemos de disimular vicio ninguno.

Decía Ovidio en el arte del amar, que es tan estrecha la ley del verdadero, y no fingido amor, que en tu corazón no ha de haber otro amor sino el mío, y en el mío no ha de tener otro parte, sino el tuyo; y porque no es otra cosa el amor, sino un corazón que vive en dos cuerpos, y dos cuerpos que sirven a un corazón.

No hay en el mundo igual tesoro, como es hallar un verdadero amigo, porque teniendo fiel amigo, descúbrele hombre su corazón cuéntales sus pasiones, confíanle su honra, guárdale su hacienda, socórrele en sus trabajos, aconséjale en los peligros, alégrase en su prosperidad, y llora con él en la adversidad; finalmente digo, que ni deja de servirle siendo vivo, ni deja de llorarle después de muerto. Buena es la plata, bueno es el oro, buenos son los parientes, y buenos son los dineros, mas sin comparación son mejores los amigos; porque todas estas cosas no nos sacan de necesidad, sino antes nos la ponen, no nos alegran, sino que nos entristecen, no nos socorren, sino que nos alancean, no nos avisan, sino que nos engañan, no nos adiestran, sino que nos descaminan, y cuando nos descaminan échannos por las breñas donde nos embosquemos, y por los riscos donde nos despeñemos. No tiene estas condiciones el verdadero

amigo, sino que por la menor cosa que toque a su amigo, no teme la hacienda gastar, ni con su persona trabajar, ni muy lejos peregrinar, ni competencias tomar, ni donde en ventura la vida poner: y lo que más es de tener que como el corazón, y las entrañas le arden de puro amar, querría él mucho más por su amigo padecer. A Jenócrates el Filósofo ofreció el Magno Alejandro grandes dones, los cuales el gran Filósofo no quiso ver, ni menos recibir, y preguntado por el Magno Alejandro, que pues no los quería recibir, si tenía algunos deudos a quien aquellos donde pudiese dar; respondió el Filósofo: Hermanos, y hermanas tengo, oh Alejandro, mas yo no tengo a ninguno por deudo, sino a mi amigo, y este amigo que tengo no es más de uno sólo; al cual no hay necesidad de darle ninguna cosa, porque no por más de por ser menospreciador de las cosas del mundo le elegí yo por amigo. No poco profunda es esta sentencia de Jenócrates, para quien la quisiere profundamente sentir; pues no pocas, ni muchas veces acontece, que los inmensos trabajos y los grandes peligros y continuas necesidades que padecemos en esta vida, nuestros propios deudos nos las causan, y después nuestros amigos nos las remedian. Presupuesto, pues, que habemos de elegir amigo, y que éste ha de ser uno sólo, mire cada uno lo que hace, y en la tal elección no se eñgane:

porque muchas veces acontece, los que en esto no advierten, que admiten a su amistad algún hombre; el cual es tan codicioso, mal sufrido, hablador, sedicioso, y bullicioso, que mucho menos mal nos fuera tenerle por enemigo que cobrarle por amigo. Entre otras, estas condiciones ha de tener, el que por nuestro cordial amigo habemos de elegir, es a saber, que sea en la condición humilde, en la contratación amoroso, en los trabajos esforzado, en las injurias sufrido, en el comer sobrio, en las palabras medido, en los consejos grave: y sobre todo que sea constante en la amistad, y fiel en los secretos. Al hombre que estas condiciones viéremos tener, seguramente por amigo le podemos elegir: mas si alguna destas cosas viéremos en él faltar, de él como de pestilencia debemos de huir: pues es cierto que se ha de tener por muy peor compañía el amigo avieso, que el enemigo claro, porque al uno fiamos las entrañas, y al otro resistimos con las armas.

Escribiendo Séneca a Lucilo su amigo, le decía así: Oh Lucilo, ruégote que todas las cosas determines con tu amigo, mas también te aviso, que mires primero qué tal es el amigo, porque no hay mercadería en que tanto los hombres se suelen engañar, como es en no saber los amigos escoger. Visto lo que dice Séneca, seríamos de parecer, que pues ninguno compra caballo, sin que primero le corra, ni paño, sin que lo tiente, ni vino, sin que lo mida, ni carne, sin que la pese, ni trigo, sin que lo vea, ni casa, sin que la aprecie, ni instrumento sin que le toque: muy más justo es, que no elija amigo, sin que le examine: porque todas estas otras depositámoslas en casas diversas mas al amigo encerramos en nuestras entrañas propias. Del Emperador Augusto dicen

los que de él escribieron, que era muy pesado en recibir amigos, mas que después de recibidos, era muy constante en conservarlos, por manera, que jamás recibió amigo, sin que primero le probase, ni jamás despidió amigo por enojos que le hiciese. Sea pues el caso, que de tal manera se hayan entre sí los verdaderos amigos, que si el uno de ellos estuviere próspero, no se queje de sí mismo de lo que a su amigo pudiera favorecer: y el que está abatido, no reclame de lo que el otro pudiera por él hacer: porque hablando la verdad, donde hay amistad verdadera, para ninguna cosa se debe poner excusa. Las amistades de los mozos, comúnmente previenen de andar pareados en los vicios: ya estos tales muy mejor los podemos llamar vagamundos, que no amigos verdaderos: porque no se puede llamar amistad, la que es en perjuicio de la virtud. Séneca escribiendo a Lucilo dice: Ni dudes, ni dudo, mi Lucilo, ni has de pensar, que tengo otro mayor amigo que a ti, en todo el Imperio Romano; mas junto con esto tente por dicho, que entre mí, y ti, no es la amistad tan estrecha, para que por ti me atreva a hacer cosa fea: porque si amor te dio mi libertad, la razón libertó en mí de virtud.

Prosigue el Autor

Aplicando, pues, lo dicho, a lo que queremos decir, digo que yo señor, ni quiero confesar que soy vuestro siervo, porque sería más temeros que amaros, ni quiero preciarme que soy vuestro deudo, porque os sería muy importuno, ni quiero alabarme que nos conocimos, en el tiempo pasado, porque os tenía en poco, ni quiero jactarme que soy ahora vuestro particular privado, porque presumiría mucho: lo que yo confesaré es, que le amo como amigo, y vuestra señoría a mí como a prójimo; aunque es verdad, que él como valeroso, me ha mostrado la amistad en buenas obras, y yo a él como hombre flaco no más de en buenas palabras. Plutarco en su Política decía, que a nuestros amigos aunque estuviesen prósperos, o habitados, o necesitados, muy mejor era venderles caro, las obras, que no darles de balde palabras.

No es tan general la regla de Plutarco, que no acontezca alguna vez ser de una parte las palabras tan altas, y tan provechosas, y por otra parte las obras tan pocas, y tan tibias, a que no se satisface más un corazón con oír hablar dulcemente a uno, que con los fríos servicios que le hace otro. Plutarco en el libro de Brutis dice: que estando un día Dionisio el tirano comiendo, y el Filósofo Crisipo allí con él hablando sobrevino uno con unos panales de miel a presentar a Dionisio, y como Crisipo cesase de sus razones, y persuadiese a Dionisio que probase de aquellos panales, respondió Dionisio: Prosigue, y no ceses tu plática Crisipo, que muy mayor sabor toma mi corazón, en oír tus

palabras dulces, que no mi lengua en comer de los panales de las colmenas, que como tú sabes, los panales empalagan el estómago, mas las buenas palabras despiertan el corazón. El Magno Alejandro en más tuvo a solo Homero siendo ya muerto, que no a todos los que eran vivos en el mundo: y esto no por lo que Homero le sirvió, ni porque Alejandro le alcanzó, sino por los libros que escribió, y por los famosos dichos que en ellos puso: y de aquí es, que el libro de los famosos hechos de Troya, que se llamaba la Ilíada traía Alejandro en el seno de día, y poníale debajo la almohada de noche. En recompensa, pues, señor de las buenas obras, he querido componeros, y ofreceros esta obra, mediante la cual os ofrezco mis deseos, mis estudios, mis trabajos, y mis vigilias, las cuales cosas todas doy yo por bien padecidas si esta mi escritura fue grata al señor que se dedica, y provechosa a la República. Si de mi señor tenéis algún crédito, y a esta escritura quisiéreis dar crédito, conoceréis en ella muy claro, que os hablo a la clara como amigo, y no que os engaño como lisongero porque los privados de los Príncipes si se pierden es, por decirles todo lo que les aplaze, y ninguno lo que les cumple. Salustio en el libro de Bello Iugurtino dice, que los hechos heroicos, y las hazañas famosas no era de menor gloria el Cronista que las escribía, que al Capitán que las hacía, porque muchas veces acontece, que muere el Capitán que dio la batalla, y si hasta hoy vive la fama, no es por lo que en él vemos, sino porque de él leemos.

Podemos al propósito desto decir, que por tan peculiar amigo se debe tener, el que da a su amigo buenos consejos, como el que le hace muchos servicios: porque según decía el buen Marco Aurelio a su Secretario Penecio: paga de muchas mercedes, un hombre solo la puede hacer, grandes mercedes son menester. Si a las historias antiguas queremos dar fe, hallaremos por verdad, que los Emperadores virtuosos, y los Reyes virtuosos, y los Capitanes esforzados, cuando había de ir a conquistar a sus enemigos, primero tomaban a un Filósofo o elegían a un buen hombre con quien se aconsejar, que no hiciesen gente para pelear. Cotejados los tiempos pasados con los presentes, parécenos a los que algo habemos leído, que aquellos era firma grana, y estos mala polilla: aquellos eran calma, y estos fortuna: aquellos metal, y estos escoria: aquellos caña, y estos hueso: aquellos día claro, y estos nublado, porque ya en las Cortes de los Príncipes, y en las casas de los grandes señores, más se precian de tener un truhán que los regocije, que no a un hombre sabio que los aconseje. El Magno Alejandro, en todas las guerras que tuvo, trajo consigo siempre al Filósofo Aristóteles. Ciro Rey de los Persas, al Filósofo Quilo. El Rey Ptolomeo el Filósofo Pitino Pirro Rey de los Epinotas al Filósofo Zoriro; el Emperador Augusto al Filósofo Simónides; Escipión Africano al Filósofo Sófocles; el Emperador Trajano al Filósofo Plutarco: El Emperador Antonio Pío al Filósofo Gorgios. Estos tan esclarecidos Príncipes, no traían consigo tan grandes Filósofos para hacerlos pelear, sino para con

ellos se aconsejar, por manera, que las famosas batallas que vencieron, y los grandes triunfos que alcanzaron, no menos los alcanzaron por los consejos que les dieron los Filósofos que por esfuerzo de sus ejércitos. El mayor, y más alto beneficio que un amigo puede hacer a su amigo, es, en algún grave negocio acertar a darle un buen consejo, y no sin gran misterio decimos acertar, y no dar: porque muchas veces acontece, que los que pensaban remediarnos con sus consejos, nos metieron en mayores peligros.

Preguntado Séneca por el Emperador Nerón, qué le parecía de Escipión Africano, y de Catón Censorino, respondió él: A mi parecer, tan necesario fue que naciese Catón para la República, como Escipión para la guerra, porque el buen Catón alcanzaba los vicios de la República con sus buenos consejos, y el esforzado Escipión resistía a los enemigos con sus grandes ejércitos. Después de lo que Séneca dijo, decimos, que a mucho se atreve, el que de veras a dar consejo a otro le atreve: mas también decimos, que si acierta a se lo dar, conforme a lo que su amigo había menester, tanta gloria tiene él por darle, como el otro por aceptarle. Conforme a los Filósofos antiguos, que iban a las guerras, no a pelear, sino a aconsejar, quiero señor para lo que toca a vuestro servicio, y más a vuestro provecho, tomar oficio de Filósofo, y por primilla de Filosofía digo que si quisiéreis tomar los consejos que le envía mi pluma, donde aquí le prometo, y a ley de bueno le juro, le aprovecharán tanto para conservarse en el estado de privado, como le aprovechará a servir los que otros le hicieren para ser rico. Si toma juramento a Platón, y a Sócrates, y a Pitágoras, y a Diógenes, y a Licurgo, y a Quilo, a Pítaco, y a Apolonio, y a toda la otra flota de Filósofos, jurarán, y afirmarán, que la fidelidad del hombre no consiste en mucho poder, ni tener, ni valer, sino en mucho merecer: porque la honra, o la privanza, o la grandeza desta vida, más vale el hombre que la merece, y no la tiene, que el que la tiene, y no la merece. Muy grande, y muy encumbrada es la privanza, donde os ha encumbrado fortuna, y por estos debéis señor menos que otro Cortesano fiaros de ella: porque a los superbos edificios derruecan los terremotos; y sobre los más altos montes caen los rayos; y por los Pueblos más generosos entra la pestilencia; y en los ramos más verdes arman a los pájaros la liga; y la calma más quieta es señal de mayor tempestad, y la salud muy prolongada es vigilia de grave enfermedad: quiero por lo dicho decir que los que están en altos estados, están a caer más sujetos. Augusto el Emperador preguntó al Poeta Marón, qué debía hacer para el Imperio se sustentar, y a la República agradar; a lo cual le respondió el Poeta: Para en el Imperio te conservar, mi parecer es, oh gran César, que te mires, y examines a ti mismo, y cuanto hallares que a los otros de tu Imperio excedes en grandeza, trabajes mucho de los sobrepujar en nobleza: porque no es digno de mandar a muchos, el que en las virtudes no sobrepuja todos. Los que en las Cortes de los Príncipes tienen preeminentes oficios, deben animarse a ser virtuosos irse a la mano en los vicios: porque de otra manera, más

infamados están con un sólo vicio, que honrados con el oficio.

Concluye el Autor

Conforme a lo que el Poeta Marón dijo al Emperador Augusto; paréceme señor, os debéis mirar, y considerar quién sois, qué podéis, y qué tenéis, y qué valéis, y hallaréis que entre los Conciliarios sois el mayor, entre los ricos el mayor, entre los que tienen crédito el mayor, entre los fortunados el mayor, entre los de vuestra patria el mayor, entre los de vuestra patria el mayor, entre los Secretarios el mayor, entre los Secretarios el mayor, entre los Comendadores el mayor; y pues esto es así, no es por cierto justo seáis entre los virtuosos el menor. Ninguno se puede preciar de bueno por el poder, ni por el tener, ni por el valer, ni por la privanza, ni por la grandeza, ni por la gentileza que tiene, sino por las buenas obras que hace: porque con ninguna cosa nuestro corazón tanto se alegra, como cuando hacemos, no lo que queremos sino lo que debemos.

Loan, y nunca acaban de loar los escritores antiguos, en el Magno Alejandro la grandeza, en Ptolomeo la Ciencia, en Numa Pompilio la justicia, en Julio César la clemencia, en Augusto la paciencia, en Trajano la verdad, en Antonino la piedad, en Constancio la temperancia, en Escipión la continencia, y en Teodosio la humildad de manera, que estos tan altos Príncipes, más fama ganaron por las virtudes que tuvieron, que no por los triunfos que alcanzaron. Por mucho que sea un hombre vicioso, y regalado, absoluto, y disoluto, decimos, y afirmamos, que todas las veces que tornan sobre si, y consideran quiénes han sido, y quiénes son, es imposible, que no dé más tormento a su corazón los vicios pasados, que no placer a su cuerpo los regalos presentes. Ni el pulgón para las viñas, ni la langosta para las mieses, ni la polilla para la ropa, ni la carcoma para la madera, es tan perniciosa, cada cosa para cada cosa, como lo es el vicio para entristecer la persona: porque no nos alegran tanto los vicios cuando los cometemos, como nos entristecen cuando dellos nos acordamos. He querido, señor, repasar mis memoriales, rememoriar mi memoria, emprensar a mi juicio, y buscar nuevo género de estudio, y esto no para más, de para buscar palabras dulces, doctrinas varias, e historias peregrinas, con que le pudiese desamodorriar de las cosas del mundo, y animarle a ser mucho más y más virtuoso; porque los criados de los Príncipes, cuanto más cargan de negocios, tanto más andan extraños de sí mismos. Pasmo padece, y de modorra está tocado, el que con otros, y por otros ocupa todo el tiempo, y no toma para su ánima, siquiera un momento.

Gran descanso tomaría mi corazón, si estuviese cierto, que he acertado en la doctrina que le envió en este libro, y no errado en los consejos que le he dado:

de manera que la obra a él aprovechase, y a mí satisfaciese. Y porque exprimamos, señor, más la materia, y alegremos la herida, y hagamos cabezear las venas, y no quede nada sobre sano; si hasta aquí le he hablado claro, ahora le quiero hablar más claro, y será como de amigo, amigo. Estas pocas palabras, con todas las demás que en este libro van escritas, recibirlas ha, como de quien desea más ayudarle a salvar el ánima, que no a ganarle la voluntad.

Noten estos diez consejos los privados de los Príncipes

Ni descubráis, Señor, todo lo que pensáis, ni mostréis todo lo que tenéis, ni toméis todo lo que queréis, ni digáis todo lo que sabéis, ni aun hagáis todo lo que podéis; porque el camino de perderse el privado del Príncipe, es cuando hace lo que la sensualidad le manda, y no lo que la razón le aconseja.

Guardáos, Señor, en que las cosas que tocan a la persona, a la honra, a la hacienda y a la conciencia, no las confiéis muchas veces de la fortuna; porque si el privado del Príncipe es cuerdo, nunca se arrojará al peligro, con pensar que está el remedio en su mano.

Aunque os digan todos que todos os socorrerán al tiempo del menester, yo señor os digo, que a ellos, ni a mí querría que hubiéseis menester; porque muchos de los que se ofrecen a tomar por nosotros armas, son después los primeros que nos arrojan las piedras.

En los negocios extraños, no os metáis mucho a lo hondo, y en los propios vuestros, guardaos de hacer fuerza al tiempo; porque guiándoos desta manera, conservaros heis en lo que sois ahora, y sino podría ser que os pusiéseis a contar quien solíais ser.

El peligro que tienen los que están muy encumbrados, y en riscos, muy enriscados es, que los tales no pueden descender sino caer: y por eso no debéis señor cobrar tales, y tan fieles amigos, que tengan cuidado de asiros de la ropa, para que no caigáis: que no daros después de la mano, para que os levantéis.

Aunque las cosas del ánima se habían de anteponer a todas las otras de esta vida yo señor me contentaré con que seáis tan recatado de la conciencia, como sois cuidadoso en las cosas de la honra: y digo esto señor, porque los privados de los Príncipes, aprovéchanse del tiempo, mas no aprovechan en tiempo.

Hasta más no poder haced señor bien y aunque podáis, nunca hagáis a nadie mal, porque las lágrimas de los injuriados, y las quejas de los agraviados, podría ser, que algún día llegasen a la presencia de Dios, para que os castigase: y aun a las orejas del Rey para que os apocase.

En los favores que diéreis y en los oficios que repartiéreis, antes poned los ojos en los que fueren buenos Cristianos, que no en los que fueren vuestros amigos: porque al amigo permítese repartir con él la hacienda, mas no la conciencia.

En lo que aconsejárais no seáis aficionado, en lo que desaconsejárais no seáis apasionado, en lo que mandáseis no seáis absoluto, ni en lo que hiciéreis desavisados; porque en las Cortes de los Príncipes, aunque todos miran a todos por excelencia, el que es más privado, es más mirado, es más notado, y aún más acusado.

Si no queréis señor errar en lo que aconsejáis, ni tropezar en lo que hacéis, ni caer de lo que tenéis holgad con quien os dijere las verdades, y aborreced al que os trajere lisonjas; porque más habéis de querer que os avisen ahora, que no que os consuelen después.

Estas cosas que aquí habemos tocado, tenémosnos por dicho que no han de venir, mas vos señor pensad, que pueden ser: porque la envidiosa fortuna a las velas que no desvela en la vela modorra, hácelas despertar en el más dulce sueño de la mañana. El que quiere dar a otro una puñada, cuanto más retrae el brazo tanto le hiere más recio, ni más ni menos hace fortuna con aquellos que algún tiempo están en su gracia, la cual cuanto más tiempo a uno regala, y halaga, tanto más después se encruelece contra su persona: y por esto aconsejaría yo al hombre prudente, y cuerdo, que cuanto menos le fuese contraria fortuna, tanto menos fiase de ella. No tengáis en poco señor esta obra, aunque os parezca ser pequeña, porque según la experiencia nos muestra sin comparación es de mayor estima un diamante pequeño, que no un balax grande. Poco hace al caso, sea un libro grande, o sea pequeño, porque la excelencia del libro está, no en que tenga muchas hojas, sino en que de sí dé muchas, y muy grandes sentencias. La escritura para engrandecerla por buena, ha de ser en lo que escribe breve, y en lo que dice suave, por manera, que satisfaga a la voluntad en leerla, y no canse a la cabeza en oírla. No inmérito digo, que no tengáis señor esta escritura en poco, pues sed cierto, que por tiempo vuestras cosas se han de caer, y vuestros amigos os han de dejar, vuestra hacienda se ha de repartir, y vuestra persona se ha de morir, vuestra privanza se ha de acabar, los que después vinieren os han de olvidar, la sucesión de vuestra casa no sabéis en qué ha de parar, y sobre todo no sabéis vuestros hijos qué tales han de salir, por manera, que en lo que escribo en la Real Crónica de vuestra inaudita privanza, y por lo que os sirvo como os sirvo

con esta escritura, quedará para los siglos advenideros inmortal vuestra memoria. Preguntado el Filósofo Quilo, si había en este mundo alguna cosa, sobre la cual no tuviese jurisdicción para destruir la fortuna, respondió:

Dos cosas hay en este mundo, las cuales, ni el tiempo las puede deshacer, ni la fortuna derrocar, es a sabe la fama del hombre que está puesta en escritura, y la verdad que está escondida: porque la verdad puédese algún tiempo suspender, mas al fin ha de parecer, y la escritura hace que tengamos en tanto ahora los que somos a un hombre, como le tenían los que entonces eran.

Leed pues señor alguna vez esta escritura (aunque pienso que no os restará tiempo aun para verla) la cual de mi parecer no debía pasar así: porque los hombres prudentes, y sabios, no se han de enfrascar tanto en los negocios, que no tomen un poco del día para acordarse, siquiera de sí mismos. Suetonio tranquilo dice, que con todas las guerras que tenía Julio César, jamás se pasó día en el cual no leyese, o escribiese alguna cosa, por manera, que estando en la tienda de sus Reales, en la una mano tenía la lanza con que peleaba, y en la otra la peñola con que sus comentarios escribía. El hombre que tiene consigo cuenta, y se acuerda de la postrera y estrecha cuenta, muy mayor recaudo ha de poner en el tiempo no se le pierda, que no en el tesoro que no se le hurten:

porque el tiempo bien repartido, ayudarle ha a salvar, mas el tesoro mal allegado es para le condenar. Gran trabajo tiene para su cuerpo, y no pequeño peligro para su ánima, el hombre que en cosas del mundo ocupa todo el día, y aun toda su vida, de manera, que no despierta de aquella modorra, hasta que le llaman a que dé cuenta. Finalmente decimos, que esta obra va partida en dos partes, es a saber, que los diez capítulos primeros tratan, en cómo los Cortesanos en la Corte se han de haber: y de los once adelante se trata, como los privados de los Príncipes en la privanza se han de sustentar. Soy cierto que a los Cortesanos será grata para leerla, y a los privados no será dañosa obrarla: porque a los que van a las Cortes Reales, se les dice lo que han de hacer, y a los que ya son privados, se les amonesta de lo que se ha de guardar.

Finalmente, señor, os digo, que de cuantos tesoros y riquezas, y preseas, y privanza, y prosperidad, y regalos, y servicios, y grandeza, y potencia tengáis en esta vida, a ley de bueno os juro, que no llevéis de ello otra cosa de este mundo, si no fuere el tiempo bien empleado.

ARGUMENTO DEL LIBRO LLAMADO, AVISO DE PRIVADOS, Y DOCTRINA DE CORTESANOS

En el cual el autor declara el intento que tuvo en componer este libro, y toca por muy alto estilo cuanto se debe a los que son amigos de estudiar y leer en buenos libros.

Aulo Gelio en el libro de las noches de Atenas dice, que muerto el gran Poeta Homero, siete Ciudades famosas de Grecia, tomaron entre sí muy gran contienda, sobre que cada una de ellas pretendía derecho a los huesos de Homero, afirmando, y jurando que allí había nacido, y allí se había criado: y esto hacían ellos, porque ninguna cosa tenían ellos a tanta gloria, como que tan excelentísimo varón hubiese salido de su patria. Eurípides el Filósofo fue nacido, y criado en la Ciudad de Atenas, y como peregrinase al Reino de Macedonia, tomóle allá la muerte, y en la hora que los Atenienses supieron aquella tan triste nueva, enviaron al Reino de Macedonia una muy solemne embajada no más de para rogar a los Macedonios tuviesen por bien de dar los huesos de su Filósofo Eurípides con protestación, que si liberalmente se los daban, les harían inmenso placer, y donde no se tuviesen por dicho, que con las armas se los habían de demandar. El Rey Demetrio tuvo gran tiempo cercada la Ciudad de Rodas, la cual al fin tomó por fuerza de armas, y como los Rodos jamás quisiesen partido hacer, ni menos de la clemencia Real se fiar, mandó Demetrio, que a todos los Rodos degollasen y asolasen: mas a la hora que supo Demetrio, que estaba dentro de Rodas Protógenes el Filósofo, y pintor, a causa que degollando a los otros, a él no degollasen entre ellos tornó a mandar el buen Rey, que a ninguno de la Ciudad matasen, ni a los muros, y casas tocasen.

Estando el divino Platón en Atenas, fue avisado que en el Reino de Palestina en la Ciudad de Damasco había unos libros antiguos que un Filósofo natural de allí, allí había dejado, lo cual sabido por Platón, a la hora caminó allá con gran codicia de los ver, y con determinada voluntad de los comprar, y como, ni por acatamiento suyo, ni por ruegos de otros no se lo quisiesen dar, sino por muy caro precio se los vender, vendió Platón todo su patrimonio para los comprar, y aun con dineros de la República le hubieron de socorrer, por manera, que siendo como era Platón tan alto Filósofo, no por más de por mejorarse un poco más en la Filosofía quiso deshacerse de toda su hacienda. Ptolomeo Filadelfo, Rey que fue de Egipto, no contento con ser varón doctísimo en la Ciencia, y con tener como tenía ochenta mil libros en su librería, y con estudiar cada día por lo menos cuatro horas, y que ordinariamente disputaban él, y los Filósofos a la comida, y a la cena, envió una solemne embajada a los Hebreos, por la cual les rogaba mucho, tuviesen por bien enviarle algunos de los más doctos, y sabios que entre ellos había, para que la lengua Hebraica le enseñasen, y los libros de la ley leyesen. Cuando el Magno Alejandro nació, su padre el Rey Filipo escribió una carta a Aristóteles, el cual entre otras escribió estas palabras: Sabe si no lo sabes, oh

gran Filósofo Aristóteles, que la Reina Olimpias mi mujer me ha parido ahora de nuevo un hijo, por el cual don, y merced doy infinitas gracias a los Dioses, y esto no tanto porque me dieron hijo, cuanto porque me le dieron en tu tiempo, porque tengo por muy cierto le aprovechará más lo que de ti ha de aprender, que no los Reinos de mí ha de heredar. De los ejemplos arriba puestos, y de otros muchos más que se podrían poner, podemos colegir en cuánta veneración tenían los Reyes antiguos a los hombres, que en sus tiempos eran doctos, y virtuosos: lo cual parece muy claro, pues estimaban más los huesos de un Filósofo después de muerto, que estiman ahora la doctrina de cuantos son vivos. No inmérito se preciaban aquellos Príncipes tan ilustres, de tener en sus casas, y traer en sus compañías a los hombres sabios cuando eran vivos, y de honrar a sus huesos después de muertos: porque ese privilegio tiene el hombre que se acompaña con algún sabio, que a lo menos no le terná ninguno por necio.

Aplomando más en estos negocios decimos, que todo hombre que se preciare de acompañarse con hombres sabios, no puede sacar de la tal compañía, sino inmensos provechos: porque le quitarán los vanos pensamientos, imitarle han los primero ímpetus, cobrarle han buenos amigos, desviarse han de tener enemigos, irle han a la mano en los vicios, enseñarle han lo que ha de hacer, avisarle han de lo que se ha de guardar: finalmente templarle han en la prosperidad, para que no se haya de ensoberbecer, y consolarle han en la adversidad, porque no pare en desesperar. Por más agudo, vivo, y experto que sea uno, siempre tiene necesidad para sus negocios de parecer ajeno: pues si el tal hombre no tiene cabe si varones expertos, y sabios, ¿qué le queda al tal, sino tropezar, y caer de ojos?

Paulo Diácono dice, que por indómitos que eran los Afros, era ley entre ellos, que no pudiesen hacer los Senadores por sí Senador, sin que entrase con ellos algún notable Filósofo. Fue, pues, el caso, que entre otros Filósofos que tuvieron consigo en Cartago los Afros, fue el Filósofo Sofonio, el cual gobernó sesenta y dos años aquel Senado, y fuéronle los de aquel Senado tan gratos, que tantos cuantos años gobernó aquella República, tantas estatuas le pusieron en la Plaza, para que fuese inmortal la memoria, por manera que a su nombrado Aníbal no pusieron más de una, y a este Filósofo pusieron más de sesenta. El Magno Alejandro, al tiempo que andaba más encendido en las guerras, fue a visitar, y a hablar al Filósofo Diógenes, al cual ofreció grandes dones, y con el cual pasó grandes pláticas, por manera, que aquel buen Príncipe, él mismo buscaba los sabios para su compañía, y por manos de otros elegía los Capitanes para la guerra.

Dionisio Siracusano a todos es notorio, haber sido el mayor tirano del mundo, mas con toda su tiranía, es cosa monstruosa ver los sabios que tenía en su casa:

y lo que en este caso más de maravillar es, que no los tenía para de ellos se servir, ni menos de su doctrina se aprovechar, sino sólo para honra suya, y provecho de ellos. Conforme a este ejemplo osaremos decir, que pues los tiranos se preciaban tener cabe sí hombres sabios, mucho más se han de preciar los que son hombres generosos, y esto ha de ser, no sólo para honrarse con ellos en lo público, mas aun para aprovecharse de sus consejos en lo secreto. Y si pareciere ser esto cosa dificultosa de cumplir, decimos, que los hombres generosos, si no pudieren tener cabe sí a hombres sabios, a lo menos deberían ocuparse en leer buenos libros, se sacan inmensos provechos, es a saber, que la buena lectura harta la voluntad, despierta el juicio, ahoga la ociosidad, levanta el corazón, ocupa el tiempo, emplea en bien la vida, y no tiene tanto de que dar cuenta, finalmente es un tan santo ejercicio, que para los que lo ven es buen ejemplo, y para sí mismo, es buen pasatiempo. Por experiencia vemos, que todos los hombres que una vez comienzan las buenas escrituras a gustar, jamás quieren en otra cosa se ocupar, ni dejar en ellas de leer: y de aquí viene, que a los hombres que son doctos, y muy leídos, siempre los vemos estar enfermos, y andar ahumados: porque es tan grande el gusto que toman en las letras, que de todo en todo olvidan la recreación de sus personas. Plutarco dice, que como fuesen unos Filósofos a visitar a Platón, y le preguntasen en qué estaba a la sazón ocupado, él les respondió. Hágoos saber hermanos, que no estaba en otra cosa ocupado, sino en ver lo que decía el gran Poeta Homero: y esto dijo Platón, porque estaba entonces en alguno de sus libros leyendo, y a la verdad la respuesta fue como de Platón, porque no es otra cosa en algún buen libro leer, sino algún hombre sabio escuchar. Si nuestro parecer en esto se quisiese tomar, decimos que aun por mayor provecho se tenía leer en un buen libro, que no oír, ni platicar con el que le compuso: porque sin comparación pone el escritor más estudio en lo que la peñola ha de escribir, que no en lo que la lengua ha de hablar. Y porque no parezca que lo que decimos no lo probamos, es de saber, que el autor que ha de escribir alguna cosa, la cual ha de ser por el mundo publicada, y junto con esto pretende el autor sacar de allí mucha honra, y perpetuar su memoria, revuelve muchos libros, platica con otros sabios, dase mucho al estudio, adelgaza el entendimiento, desvélase en el dormir, y abstiénese en el comer, despierta el juicio, y escribe lo que escribe muy sobre pensado; ninguna de las cuales cosas hace para hablar, sino que a las veces uno por muy sabio que sea, habla lo que la razón no ha examinado, y dice lo que aún no le ha pasado por el pensamiento.

Gran merced hizo Dios al hombre que sabe leer, y mucho mayor, al que dio inclinación para estudiar, en especial si le alumbró para buenos libros escoger; porque no hay en el mundo tan heroico, ni tan provechoso ejercicio, como es el del hombre que se da al estudio. Si se debe mucho a los que leen, más a los que estudian, y mucho más a los que algo componen: por cierto muy mucho

más le debiera, a los que altas doctrinas componen, y esto se dice, porque hay muchos libros asaz dignos de ser quemados, y muy indignos de ser leídos. No poco es de maravillar, y aun ocasión de escandalizar, ver muchos hombres, cuán de veras se ponen a escribir cosas de burlas, y aun de burlerías, y lo que es peor de todo, que muchos ocupan mucho tiempo en leerlas, como si fuesen doctrinas provechosas: los cuales por defensa de su error dicen, que no lo hacen por de ellas se aprovechar, sino por el tiempo embeber: a los cuales respondemos, que leer en malos libros, no es pasatiempo, sino perder el tiempo. Aulo Gelio dice en el quinceno libro, que a la hora que los Romanos sintieron, que los Oradores, y Poetas que residían en Roma, escribían cosas livianas, y representaban farsas poéticas, no sólo los echaron de Roma, mas aun los desterraron de toda Italia, porque la gravedad Romana, no sufría en la República haber libros vanos, ni lectores livianos. Esto que hacían los Romanos, más razón sería que lo hiciesen los Cristianos, pues ellos no tenían en qué leer, sino en libros de historias, y nosotros tenemos libros de historias, y de divinas letras: y esto hizo la Iglesia, para que con las unas escrituras nos recreásemos, y de las otras nos aprovechásemos. ¡Oh cuán desviada está hoy la República, de lo que aquí escribimos, y aconsejamos! Pues vemos que ya no se ocupan dos hombres, sino en leer libros, que es afrenta nombrarlos, como son Amadís de Gaula, Tristán de Leonis, Primaleón, Cárcel de amor, y a Celestina, a los cuales todos, y a otros muchos con ellos, se debería mandar por justicia que no se imprimiesen, ni menos se vendiesen: porque su doctrina incita la sensualidad a pecar, y relaja el espíritu a bien vivir. También dice Aulo Gelio en el libro catorceno, que en Atenas escribió un Filósofo un libro, el cual era en estilo muy curioso, y en la materia muy obscuro: lo cual sabido por Sócrates, y por los otros Filósofos, mandaron que al libro quemasen, y al autor de él desterrasen: del cual hecho podemos colegir, que en aquella muy corregida Academia, no sólo no admitían los libros vanos, y livianos, mas aun los que eran en estilo vanículos, y en las doctrinas no provechosos.

El hombre que vive ocioso, y no quiere, siquiera un pedazo del día ocuparse en leer algún libro de buena doctrina, más ocasión habría de llamarle bruto animal, que no hombre racional, porque el hombre cuerdo, más se ha de preciar de lo que sabe, que no de lo que tiene. No podemos negar a los que leen en buenos libros, sino que gozan de grandes privilegios, es a saber: que desprende bien a hablar, pasan el tiempo sin lo sentir, saben cosas sabrosas para contar, tienen osadía de reprehender, todos huelgan de los oír, donde quiera que se hallaren se han de señalar, a ninguno pesa de los conocer, muchos se huelgan, de con ellos se aconsejar: y lo que más es, que no son pocos los que sus ánimas, y haciendas huelgan de se les encomendar. Añadiendo, pues, a lo dicho, decimos, que el hombre que es docto, y se precia de estudioso, sabrá el tal a sus amigos aconsejar, y asimismo consolar, lo cual no acontece al que es idiota, y simple; porque el tal ni sabe a los

desconsolados consolar, y menos sabe en los trabajos a sí mismo valer.

Viniendo, pues, al propósito, decimos, que por no ser reprehendido de lo que a los otros reprehendemos, hemos tenido mucho cuidado, y habemos puesto mucho estudio, en que en todos los libros, y obras que habemos compuesto, no hallasen los lectores alguna doctrina mala que leer, ni cosa superflua que reprehender; porque los libros que son vanos, y compuestos por livianos, con mucha razón murmuran de ellos los que los ven, y se causan los juicios de los que los leen.

El que se determina de escribir, y libros componer, aconsejámosle, y amonestámosle, que sea muy recatado, y avisado en las sentencias, y muy grave en las palabras, no como acontece a muchos escritores, en las obras de los cuales, primero habemos de leer medio libro, que topemos con un dicho provechoso; por manera, que el fruto que sacaron los tales de sus trabajos, y vigilias, es que de sus obras murmuran, y de ellos burlan. El autor que osa escribir, y lo que así escribe se atreve en la República a publicar, téngase por dicho el tal, que pone a su juicio en trabajo, y a su honra en peligro; porque siendo como son los juicios de los hombres tan varios, atrévense muchas veces a juzgar, lo que no saben entender, ni aun por ventura leer. En el libro que copiamos del buen Marco Aurelio, y en el otro que tradujimos de las vidas de los diez Príncipes Romanos, y en este que ahora habemos compuesto para aviso de Cortesanos, sean ciertos, que hallarán en ellos sentencias muy graves, de que se aprovechar, y no palabras superfluas con que se empalagar; porque nunca dimos a nuestra pluma licencia que osase escribir palabra, que primero no fuese por peso pesada, y con una vara medida. Dios nos es testigo, que sin comparación habemos tenido en los libros que habemos escrito mucho más trabajo de ser breve, y recogido en las palabras, que no de compilar las sentencias: porque hablar las buenas razones, cae en un natural reposado; mas para escribirlas con brevedad, es menester un muy alto juicio. Cuando bautizamos al famoso libro de Marco Aurelio, pusímosle por nombre Reloj de Príncipes: y a este que ahora habemos compuesto intitulamos, Despertador de Cortesanos; porque si ellos quisieren en él leer, y los consejos que en él hallaren tomar, ténganse por dicho que despertarán de las vanidades en que están adormecidos, y despabilarán los ojos para ver en que están engañados. Aunque la presente obra es en sí de poca escritura, a Dios ponemos por testigo, que nos ha sido la composición de ella muy trabajosa: lo uno por ser materia muy peregrina: lo otro por pensar, que para algunos de no buen gusto sería odiosa; y por esta causa habemos tenido suprema vigilancia, para que de nuestras manos saliese muy corregida: por manera, que los Cortesanos hallasen muchas doctrinas de que se aprovechar, y no una palabra de que se quejar. Los señores que enviaren sus hijos a la Corte, hallarán en este libro todo aquello en que los han de poner: Los que ha días que son Cortesanos,

hallarán también lo que les conviene hacer: Los que son privados de los Príncipes, también hallarán supremos consejos para en sus supremas privanzas se sustentar por manera, que es como Socrocio Mitridiático, que a todas las opilaciones da remedio. Todas las obras que yo he compuesto, he ofrecido a su Majestad unas, y a su único privado otras, en las cuales podrán ver los lectores, que más me precio de satírico, que no de lisonjero; pues en todas mis doctrinas no se notará una sola palabra con que lisonjee, para sin que mi estado hayan de mejorar, y hallarán infinitas palabras, para que sus personas hayan de regir, y a sus vidas enmendar. Cuando saqué a luz el Reloj de Príncipes con Marco Aurelio, no faltaron detractores, que me quisiesen ladrar, ni creo faltarán ahora otros semejantes, que me quieran morder: mas al fin, entonces tuve en poco lo que dijeron, y ahora tendré en menos lo que pueden decir; porque al fin si murmuraran de mí, y de mis obras, mas es por la envidia que les abrasa las entrañas, que no por lo inútil que hallan en mis doctrinas. Consuélome también con esto, y es con que su envidia se acabará, y mi doctrina perseverará.

CAPÍTULO PRIMERO

QUE MÁS CORAZÓN ES MENESTER PARA SUFRIR LA CORTE, QUE PARA ANDAR EN LA GUERRA.

Plutarco, y Plinio, y Tito Livio, dicen que el Rey Agiges preguntó al Oráculo de Apolo, que quién era el más bienaventurado hombre que había en el mundo; y fuele respondido, que era un hombre que había nombre Aglaón; notó a los dioses, e incognitó a los hombres. Haciendo el Rey Agiges pesquisa por toda la Grecia, quien se llamaba Aglaón, halló que era un pobre hortelano que vivía en Arcadia, el cual en setenta y dos años de su edad, nunca se había alejado una legua de su casa, sino que se mantenía con lo que labraba en aquella pobre huerta. Muchos había en el mundo en sangre más generosos, en familia más acompañados, en riquezas más proveídos, en grandeza más acatados, y en estado más poderosos que no Aglaón, y fue él el más bienaventurado entre todos; porque no quiso salir a las Cortes de los Príncipes, donde fuese más combatido de la envidia, y más vencido de la avaricia. Muchas veces acontece a los hombres que el no darse a conocer, les hace ser más conocidos, y el no tener, les es ocasión de en más les tener. Las riquezas, y las honras, más honra ganan los que las menosprecian, que no los que las buscan. Más envidia le ha de tener a Aglaón, y a su huerta, que no a Alejandro y a toda la su Asia; porque el contentamiento no consiste en tener mucho, sino en contestarse con poco. Burla es, y burlado vive el que piensa que en tener mucho, y valer mucho, está todo el contentamiento; porque tales caminos, más son para se enzarzar, que no para caminar. Cuando Caín mató a su hermano

Abel, el castigo que Dios le dio, y la penitencia que le echó fue, que su cuerpo anduviese siempre temblando, y por el mundo vagueando; por manera, que ni tuviese tierra donde reposar, ni casa donde se acoger: Aunque esta maldición de Caín fue la primera, osaremos afirmar, que en los Cortesanos hasta hoy dura; pues vemos que andan siempre por tierras ajenas, y que cada día conocen nuevas posadas.

Con razón fue llamado bienaventurado Aglaón, no por más de por nunca haber salido de su casa, porque no hay desdicha tan desdichada, como ir a servir cada día a casa ajena. Aquel solo se puede llamar bienaventurado, que no se pone en necesidad de servir a otro. Como aconsejasen a Julio César, siendo mozo, que si se juntase al Cónsul Sila, podría más tener, y más valer, respondió; a los inmortales Dioses juro, de jamás a hombre servir por más valer, y menos lo haré por más tener; porque donde no hay libertad no puede haber generosidad. El que deja su tierra donde vivía sano, deja su lugar donde era conocido, deja a sus vecinos de quien era visitado, deja a sus amigos de quienes era servido, deja a sus deudos de quienes era honrado, deja a su hacienda con que era sustentado, y deja a su mujer, e hijos de quienes era regalado y se viene a la Corte a servir, y morir, diría yo, o que el tal se ha tornado loco, o viene a pagar algún grave pecado. No inmérito el que le puso el nombre la llamó Corte; porque en la Corte de los Príncipes, todas las cosas son cortas, sino las malicias, y envidias que son largas.

El que no ha gustado el reposo de su casa, ni ha gustado el tumulto de la Corte, aquél procura, y desea entrar en la Corte; que el que ya sabe a qué sabe aquella vida, suspira cuando la llaman, y llora si le detienen. Yo estuve en Colegios estudiando, y estuve en la Religión orando, y estuve en la Corte predicando; y ahora estoy en mi Obispado doctrinando: y de todos estos cuatro estados, digo, y afirmo, que no hay ningún estado más estrecho, que es ser en la Corte el Cortesano. En los Colegios si estudiaba, era para más saber, mas en la Corte, no sino para más valer. Lo más que en la Religión me ocupaba, era en rezar mis horas, y llorar mis pecados, mas en la Corte de los Príncipes, no me ocupaba sino de mis próximos murmurar, y muy grandes torres de viento hacer. Torno otra vez a decir, y afirmar, que mucho más es uno meterse Cortesano, que meterse Religioso; porque en la Religión abasta no más de a uno obedecer, mas en la Corte es necesario a todos servir. En la Religión vístense a menos costa de hacienda, y a más consolación de la persona que no en la Corte: porque el pobre Cortesano, y Caballero, más mudas ha de hacer de ropas, que no en halcones de plumas. En la Religión, vase el Religioso a mesa puesta; mas el pobre Cortesano, amanece alguna mañana sin blanca en la bolsa. En la Religión si se levanta a media noche, es por loar al Señor en el culto Divino; mas en la Corte infinitas veces trasnochan, no por más de cumplir con el mundo. Qué más queréis que digamos, sino que en la Religión

sí hay trabajos en la vida, y seguridad en la muerte; ¡mas hay dolor! que en la Corte es trabajoso el vivir, y muy peligroso el morir. El que se pone a ser Cortesano a más peligro se pone, que Nasica con la serpiente que el Rey David con el Filisteo que los Exploradores con Enath que Hércules con Anteo, que Teseo con el Minotauro, y que el Rey Menelao con el Apro, y que Cobreo con el monstruoso Palude, y que Perseo con el marino portento; porque todos estos varones ilustres temíanse de sólo uno, mas el pobre Cortesano recélase de todos. ¿Quién es el que en la Corte ama tanto a otro, que aunque en sangre sea su propinquo deudo, y en conversación su muy estrecho amigo: si por caso vale más que él, no desee, que se muera, y si no vale tanto como él, no trabaje porque no se le iguale? Una de las cosas que veo en los Cortesanos, es el mucho tiempo que pierden, y el poco provecho que hacen; porque lo más en que consumen los días, y emplean las noches, es contradecir a los que les preceden, deshacer a los que les igualan, lisonjear a los privados, murmurar con los abatidos, y suspirar siempre por los tiempos pasados. No hay cosa por que más suspiren los Cortesanos, que es por ver cada día mudanzas de tiempos; porque muy poco se les da a los tales, que las Repúblicas se pierdan, con tal que sus estados se mejoren. Cuán cierto es en la Corte, juntarse a murmurar desfavorecidos con desfavorecidos, diciendo que está el Reino perdido, y que se va todo a lo hondo, y no por más está todo perdido, de por no estar los que aquel dice en la Corte privados. Sobre hecho de valer, nadie se debe en la Corte fiar. La vida de la Corte, no es por cierto vida, sino una penitencia pública, y a los Cortesanos, no los llamaremos vivos, sino que están en vida enterrados; porque el Cortesano tantas veces traga la muerte, cuantas oye que otros más que no él priva. O qué lástima es de ver a un infeliz Cortesano, el cual mil veces de noche despierta, da vueltas en la cama, tiene la cabeza desvelada, llora su infeliz fortuna, suspira por su tierra, ha lástima de su honra: por manera que se le pasa toda la noche en vela, y desvelado, pensando, e imaginando entre sí, por donde va el camino del tener, y las sendas del valer.

No pena, sino tormento, no servicio sino tributo, no a tiempo sino continuo es lo que el cuerpo del triste Cortesano pasa, y lo que su corazón cada hora sufre.

Examínenlos aquí ahora, que son las cosas que es obligado un Cortesano a ley de Cortesano a hacer, y por ellas veremos, cuántas, y cuán arduas cosas se obliga a sufrir. A ley de Corte es obligado el buen Cortesano, a servir al Rey, y acompañar a los privados, visitar las Caballeros, servir a Contadores, dar a los Porteros, granjear a los Oidores, entretener a los Alcaldes, sobornar a los aposentadores, lisonjear los pagadores, hacer por los amigos, y aun disimular con los enemigos. Todas estas cosas, ¡que pies abastan para las andar, ni que fuerzas para las sufrir, ni que corazón para las comportar, ni aun que bolsa para las cumplir! Hasta hoy por ver está, ¿hay hombre tan loco, ni ha

Mercader tan codicioso, que vaya a la feria a venderse, ni por otra cosa trocarse, sino el mísero Cortesano cuando va a la Corte, el cual a trueque de una vanidad, vende allí toda la su libertad? Yo confieso, que puede un Cortesano tener en la Corte plata, oro, seda, brocado, privanza, ser y valer: mas no me negará él, que si de todas estas cosas es rico, que a lo menos de libertad no sea pobre.

Osaremos con muy gran verdad decir, que si un Cortesano hace alguna vez lo que puede, le hacen hacer infinitas veces lo que no quiere. Gran bajeza es de ánimo, y falta de corazón generoso, quererse uno a otro sujetar, y su libertad en poco tener; porque si me dice el Cortesano que es del Príncipe privado yo le responderé, que también es de sus oficiales esclavo. Si un Cortesano vende un caballo, una mula, una capa, una espada, u otra cualquier presea por todo ello pide dinero, si no es por libertad que da a quien él quiere de balde; de manera, que a su parecer vale más la espada que vende, que no la libertad que da. Por ser alguno de otro señor, sino es que quiere trabajar, no es obligado a trabajar; mas por ser uno libre, y conservar su libertad, es obligado a mil veces morir. No lo digo porque lo leí, sino porque lo vi, ni lo digo por ciencia sino por experiencia, que jamás en la Corte puede un Cortesano contento vivir, y mucho menos puede de su libertad gozar. Es de tan gran estima la libertad que si los hombres atinasen en la conocer, y supiesen desta bien usar, no la darían por ningún precio, ni aun la emprestarían sobre empeño de todo el mundo. Hay otro trabajo en la Corte, y es, que vienen amigos de fuera, ha los de hospedar, y a las veces le toman tal al tiempo, que ni tiene donde los acoger, ni aun tiene un real para con ellos gastar.

El pobre Cortesano que tiene la posada en una calleja, y come en mesa prestada, y duerme en cama alquilada, y está su cámara sin puerta, y aun tiene la espada empeñada, decidme, ¿qué sentiría su ánimo; cuando venga un huesped de su tierra?

Estando el pobre hombre por huesped en aquella casa, ¿comó le será posible recibir a otro huesped de fuera? A las veces querría más el pobre Cortesano socorrer al que viene con lo que no tiene, que no que fuese a su posada a ver la miseria que pasa. La pobreza, y miseria, más siente el corazón descubrirla, que sentirla, ni de sufrirla. Pasa un Cortesano con un colchón, una trazada, una colcha, una almohada, y dos sábanas; y si le viene un huesped, esle forzado la cámara barrer, y la cama mejorar; si el dueño de la casa no se la quiere prestar, esle necesario de la alquilar. Pásase un Cortesano con cenar él y su mozo un pastel, o unas manos de carnero, y otras veces se pasa con sólo rábanos, y queso, y si le viene un huesped, es obligado el triste de poner olla buena a cocer, y buscar algo para asar; de manera, que con lo que le es forzoso en sola una cena gastar, podría el pobre hombre tres días comer, y cenar. Sin comparación gastan más los hombres por cumplir con los que los miran, que

no por satisfacer a lo que ellos desean. El Cortesano que es honrado, y bien criado, más lo quiere ayunar, que no dar a nadie que decir. ¡Oh cuántos hombres hay en el mundo, los cuales gastan en un día, lo que ahorran en muchos; no porque lo querrían guardar, sino porque quieren con sus amigos cumplir! No menos es inmenso trabajo el que se pasa en el mudar de la Corte, a donde les es necesario al triste Cortesano otra vez de nuevo granjear, los Alcaldes que le libren bestias, o a los Alguaciles que se las den, pagarles otra vez porque le hallan en la posada, enviar adelante un criado a ver si es buena, buscar carretas en que vaya toda la familia, reñir con los recueros, sobre si les echa mucha carga; y aun a las veces caminar con la siesta: porque el trajinero quiere hacer su jornada. Aun a esto todo puédese comportar; ¿qué hará el pobre hombre, que todo lo que en seis meses ha ganado, y ahorrado, se le consume en aquel camino? Qué diremos, pues, de las alhajas que en cada lugar los Cortesanos compran, es a saber, camas, bancos, ollas, platos, jarros, y cántaros, muchas de las cuales cosas, hallarán serles menos costa dejarlas que llevarlas. Todas las cosas les son a los Cortesanos pena, congoja, y aun costa; porque las cosas que compraron dejan, pierden, y si las llevan consigo quiébranse. Gran corazón ha menester el que quiere en la Corte siempre andar, porque no es menos, sino que cada día ha de negar su condición propia, sujetarse a la ajena, mudar la tierra, buscar otra casa, tomar nueva familia, y recrecérsele nueva costa. En las casas, y Cortes de los Príncipes, mucho es lo que se gana, y muy mucho lo que se gasta, y este gasto más es en lo extraordinario, que en lo ordinario; porque comúnmente, más costa tienen con los huéspedes que les vienen, que con los criados que tienen. Aunque las cosas que por mudarse la Corte, los Cortesanos dejan, y pierden, y olvidan, sean de poca importancia, todavía les da pena; porque no hay el mundo estado, ni casa de tanta abundancia, que le pese a su dueño ver quebrarse una escudilla. Hay otro trabajo en la mudanza de Corte, y es, que si el Cortesano es pobre, no tiene con qué se ir, y si es rico, apéganse le otros para que les dé en el camino de comer, y a las veces son tales los tales, que querría el hombre más ayudarles para la costa, que llevarlos en su compañía. ¿Qué diremos del pobre Cortesano, que al tiempo de la partida, le embargan por deudas la ropa? Miento, si no vi hacer ejecución en una mula, la cual había comido más de cebada, que después valió en él la moneda; y porque quedaba a deber al huesped una anega, le tomaron al triste Cortesano los guantes, y la toca. Unos para comer, otros para se vestir, otros para cumplir, otros para dar, y aun otros para jugar, no hacen en la Corte, sino importunar a sus amigos, y también buscar dineros prestados; y llégase después el día de la pérdida, en la cual le citan delante de la justicia, le detienen en la posada, le lastiman de palabra, y aun le ejecutan la persona. Oh cuán inmenso trabajo pasan los que no se miden con lo que tienen; porque no han de gastar los hombres conforme a lo que la sensualidad pide, sino según lo que la hacienda sufre.

En hecho de gastar, no tienen tanta libertad los Cortesanos, como la tienen los plebeyos; porque en su propia casa cada uno gasta lo que quiere, mas en la Corte gasta el Cortesano aun lo que no tiene. En la Corte, y fuera de la Corte, deben los hombres trabajar hasta tener lo que han menester, mas de tal manera se han de haber en el gastar, que no gasten hasta se empeñar; porque el hombre que se aveza a vivir de prestado, no puede escapar de ser muy tramposo. Hambre, frío, calor, sed, soledad, pena, y tristeza han de sufrir los hombres generosos, y rostros vergonzosos, porque no los tengan en posesión que son desordenados en sus gastos, faltos en sus promesas, y sospechosos en sus palabras. Hay otro trabajo en las Cortes de los Príncipes, y es, la careza de los bastimentos, y la costa de las bestias; porque a las veces, más costa hace un caballo en la Corte de solo paja, que en otra parte de paja, y cebada. Pues si el Cortesano no es caballero, sino pobre, y quiere convidar a su amigo, lo que le ha de comer en un día, ha de ahorrar de su comer toda la semana.

Quien quiere comer bien en la Corte a los carniceros, fruteros, cazadores, pescadores, y gallineros, no sólo los ha de conocer, y hablar, mas aun favorecer, y convidar. Ya que vive en la Corte, en tanta necesidad se pone del regatón para que le provea su despensa, como del Oidor que le favorezca en su justicia. Que la carne, que la vaca, que la paja, que el pan, que la leña, que el vino, que la cebada, siempre algunos de estos vastimentos han de valer caros; porque en la Corte son muy pocas las cosas que se venden, y muchas las que se revenden.

Hay otro trabajo en ella, y es, que les vienen siempre cartas de amigos, para que les despachen negocios de los suyos, y de los de sus pueblos, y a las veces son de tan mala digestión, que querría el hombre más que le pidiesen dineros, que no que le encomendasen negocios.

Hay otro sinsabor en este caso, y es, que el que vino a traer las cartas, se va a posar a la posada del pobre Cortesano, al cual ha de dar de comer, y aun a su bestia mantener: por manera, que con la dilación del negocio tiene congoja, y con la estada del que vino costa. Si por caso el negocio no va despachado, no piensan los que le enviaron, que fue por más no poder, sino por falta de privanza, o por sobra de negligencia. Una de las cosas que los hombres cuerdos sienten, es, que piensan sus parientes, y amigos que están fuera de la Corte, que todo lo tienen, y todo lo mandan, y todo lo pueden en la Corte; y como al tiempo que les encomiendan algo no pueden nada, ni mandan nada, más querrían los tristes verse por entonces muertos, que haber cobrado nombre de Privados. El que tiene parientes, y amigos, y aun hermanos en la Corte, no le aconsejo que vaya allá, en confianza que será por ellos mejor despachado, y más en breve librado:

y la causa de esto es, que como entre los Cortesanos hay envidias, y

competencia, y no pueden vengarse los unos de los otros, muéstranse apasionados en los negocios de los amigos. Estas, y otras cosas muchas pasan los infelices Cortesanos, a las cuales ninguno dará crédito, sino el que hubiere sido Cortesano. Si un Cortesano que fuese anciano, y cuerdo, se parase a contar los favores, y disfavores, las penurias, y abundancias, las amistades, y enemistades, los contentamientos y descotentos, y las honras e infamias que ha pasado en la Corte, creo que no nos escandalizaríamos de cuerpo que tal ha pasado, y de corazón que tal ha sufrido. Cuando a un Cortesano el Rey, no le oye, el Privado no le habla, el Contador no le libra, el Presidente no lo despacha, y el Pagador no le paga; lástima es verle, y por otra parte es pasatiempo oírle; porque luego dice, que es burla todo lo de este mundo, y que quiere meterse Fraile en un Monasterio. ¡Oh si diese yo tantos suspiros por mis pecados, cuantos dan los Cortesanos por sus desfavores! De que un Cortesano se ve enfermo, se ve solo, se ve triste, se ve aborrecido, con suspiros rompe los Cielos, y con lágrimas riega la tierra. Más fácilmente contaríamos los trabajos que Hércules pasó, que no los que un pobre Cortesano pasa; pues a los trabajos que habemos dicho podemos añadir, cómo le roban los mozos, le sisan los despenseros, le importunan los truhanes, le pelan las damas, y le roban otras mujeres, no muy honestas. Qué más, sino que si le ven con pluma, son todos a le desplumar, y si le faltan alas, no hay uno que le quiera socorrer. En las Cortes de los Príncipes, ninguna manera hay de vivir, que a todos pueda contentar; porque si el Cortesano calla, dicen que es necio, si habla nótanle de importuno, si gasta dicen que es pródigo, si guarda dicen que es avaro, si se está en casa acúsanle que es hipócrita, si visita mucho que es entrometido, si anda muy acompañado dicen que es loco, si anda solo que es mísero; por manera, que la Corte es un teatro, donde unos de otros burlan; y al fin andan allí todos burlados. ¿Por ventura en lo que toca al dormir duerme el Cortesano cuando quiere? No por cierto, sino cuando puede: ¿Por ventura en lo del comer, come lo que quiere? No por cierto, sino lo que tiene: ¿Por ventura en el vestir, vístese como quiere? No, sino como a los otros ve. ¡Oh triste del Cortesano que en peinar el cabello, lavar la barba, sacar calzas, guarnecer espadas, renovar las botas, buscar cenogiles, proveerse de talavartes, comprar gorras, y aforrar capas, se le pasa la vida, y aun se le consume la mocedad! No estoy yo en la opinión de los que dicen, que no hay otros que sean libres sino los Cortesanos, lo cual no es de decir, ni menos de afirmar: porque si sirven, son de los que sirven esclavos, y sino sirven bien, muy necesitados.

Diga cada uno lo que quisiere, que donde hay necesidad no puede haber libertad.

No hay cosa en el mundo más cara, como la que se compra, no por dineros, sino por ruegos. Las Cortes de los Príncipes, más son para ejercitarse los

mancebos, que no para vivir los viejos; porque los mancebos tienen fuerzas para sufrir los trabajos, y no edad para sentir los enojos.

Vaya quien quisiere a la Corte, y procure detener oficios en ella, que hasta hoy hablé con hombre Cortesano, que la Corte tuviese contento; porque si es Privado, témese caer, y si está abatido, desespera de subir. El que ha de navegar, es obligado a se confesar, y el que va a la Corte deberíase también confesar, y aun comulgar; porque en la mar de cien naos, no peligran las diez, mas en la Corte, de mil Cortesanos, no medran los tres.

CAPÍTULO II

DEL TRABAJO QUE PADECEN LOS CORTESANOS CON LOS APOSENTADORES, SOBRE LOS APOSENTOS.

Cuando Lúculo el Romano vino de Asia, en Oración que hizo el Senado, dijo estas palabras: Por los inmortales Dioses juro, padres conscriptos, que en toda esta jornada no he sentido por trabajo la gobernación de los Ejércitos, ni la rebelión de los Pueblos, ni la ausencia de los amigos, ni la guerra de los enemigos ni la largueza de la jornada, ni aun el peligro de la vida; porque estas son cosas muy anexas a los que tratan guerra, y muy continuas a los que gobiernan Repúblicas. Si queréis saber qué es la pena que me daba más pena, era acordarme de la quietud de mi casa, que como sabéis, padres conscriptos, todo el tiempo que pasa uno en casa ajena, todo aquel tiempo tiene a su libertad empeñada. Esta palabra de Lúculo, paréceme que la puede aplicar a sí cualquier Cortesano, el cual en las posadas donde posa, tiene obligación de a sus huéspedes servir, y no tiene licencia de aunque le enojen de los enojar. A arta mala ventura ha venido el Cortesano, el cual el andar tiene por reposo, la inquietud por quietud, la miseria por abundancia, el servir por libertad, y el trabajo por vicio. Mucho trabajo pasan los Cortesanos: mas el trabajo de las posadas, es imposible poderle escribir, como se sabe sentir.

En caso de penas, congojas, fortunas, y tristezas, que los hombres pasan, muy poco es lo que la peñula escribe, y muy menos lo que la lengua exprime, en comparación de lo que el triste corazón siente. ¡Oh cuántas cosas hay! las cuales en lo muy profundo del corazón: el corazón las sabe sentir, y por otra parte la lengua no las osa publicar. Por pobre que sea la casa que un Cortesano tiene en su tierra, hala de tener por mejor, que la mejor posada que tuvo en su vida; porque en su casa hace lo que quiere, mas en la posada toma lo que le dan.

Un ventero pobre y solitario va a una Ciudad, en la cual ve templos generosos, casas suntuosas, portadas ricas, muros superbos, calles, empedradas, plazas anchas, provisiones muchas, y gentes diversas: lo cual todo visto, tiénelo todo en tan poco que por tornar a su casa, la noche toda camina. No nos habemos de maravillar del que no se halla, antes nos habemos de escandalizar del que se halla en tierra ajena, que por muchas grandezas que allí vea, y por mucha conversación que haya, al fin, los ojos son los que se ceban en ver lo ajeno, que el corazón no descansa sino en lo suyo. Ver en las Cortes de los Príncipes muchas grandezas, grandes, y riquezas, más atormentan que deleitan; porque el fausto Cortesano, si es placer verlo, es tormento alcanzarlo. Foción, Capitán que fue famoso, y venturoso entre los Atenienses, como le dijesen que en la plaza de Atenas le vendían muy grandes joyas, dignas de ver, aunque difíciles de comprar, respondió: Donde mi mocedad juré de jamás ir a ver Ciudad que no hubiese de conquistar, ni de ir a ver riquezas que no pudiese comprar. El gran Emperador Trajano se loaba muchas veces, que nunca jamás se había movido a ver cosa, que no fuese por una de tres cosas; es a saber, o por imitarla, o por comprarla o por conquistarla. Palabras fueron éstas de Foción, y de Trajano, dignas de notar, y aun de imitar. Hablando, pues, más en particular, de los trabajos que se les siguen, a los que en las Cortes por casas ajenas andan, sino que si el pobre Cortesano va de Palacio a su posada de noche, halla a los huéspedes acostados: y si quiere madrugar de mañana, no los halla levantados. Si el dueño de la casa es sacudido, y desabrido, ¿quién le quitará que no cierre luego a prima noche la puerta, y que no la abra hasta una hora de día? En la Corte ventura es caerle en fuerte buena posada, y muy mayor es tener buen huesped. Porque muchas veces la alegría que da la buena posada, entristece la triste cara del huesped. En esto se verá la vanidad, y aun liviandad de los Cortesanos: en que sus posadas, más las quieren que sean honrosas que provechosas. A tanta demencia ha llegado la ambición Cortesana, que un Cortesano ha menester más posada para su locura, que no para su familia. Dan a un loco Cortesano una posada que es de buen aposento, y de mala apariencia, y dice que no se contenta; danle luego otra de buena apariencia, y de mal aposento, y dice también que no se contenta: y si por caso este es un poco privado, ¿qué hará el triste aposentador para tenerle contento? Hasta determinarse el Cortesano cuál elegiría de las dos posadas, es a saber, de la honrada o de la provechosa, primero se le pudre la sangre, y le da saltos el corazón, porque su humanidad querría tener buena posada, y su locura buena portada. Nunca vi a un hombre muerto quejarse de su sepultura, ni vi a Cortesano estar contento con la posada:

porque si le dan sala, dice que le falta la chimenea, si le dan cuadra, fáltale recámara, si le dan cocina es baja, y humosa, si le dan caballeriza fáltale despensa, si le dan posada principal fáltanle accesorias, si le dan pozo ciérranle el corral: finalmente si tiene sala baja para refrescarse el Verano, no

tiene entresuelos donde se recoja el Invierno.

Muchas veces sufre un Cortesano en una posada, lo que no sufriría en una venta.

Ya puede ser que la posada que le dan, y los huéspedes que topa, y los cumplimientos que tiene, sea todo a su propósito sino que está muy lejos de Palacio, lo cual tiene por caso de menos valer: porque se tienen ya por dicho, que el que más cerca posa, aquél más cierto priva. Vi en la Corte pedir, y aun servir, porque les diesen cabe Palacio posada: mas nunca vi que nadie la pidiese cabe la Iglesia, y la causa es, porque se precian más de ser buenos Cortesanos, que buenos Cristianos. Blondo en el libro de declinatione imperii cuenta de Narsetes el Griego, Capitán que fue del gran Justiniano, que solía él muchas veces decir, que no se acordaba haber navegado por mar, ni entrado en palacio, ni emprehendido batalla, ni dado boto en Consejo de Guerra, ni cabalgado en caballo, sin que primero hubiese visitado la Iglesia, y allí oído Misa. De lo que este buen Narsetes decía, y hacía, podemos colegir, que ser hombre buen Cristiano, no embota la lanza, para ser buen Cortesano. Acontece también en la Corte, que luego que ve uno su posada se da por contento, y después que ve las posadas de los otros, se tiene por mal aposentado: este descontento no viene de estar él mal aposentado, sino de ver a su enemigo estar aposentado bien. Son tantas las envidias, y pasiones que hay en las Cortes de los Príncipes, que no agradecen al aposentador que lo aposentó bien, sino murmuran del porqué aposentó a sus émulos, y competidores. Hay también en la Corte mucho desorden en el dar de las posadas, y muy gran descomedimiento en pedirlas; porque en las tierras propias no tienen tal posada él, ni sus parientes la piden en la Corte para solos sus criados. El trabajo de la Corte es, que en viniendo a ella uno, luego dice, que en su tierra es muy emparentado, es muy rico, es muy generoso, y su padre muy valeroso: y sabida la verdad, en la autoridad son sus padres labradores, y en el tener jornaleros, y en el valer renteros, y en la libertad pecheros, y aun quiera Dios no sean en la sangre de otra cosa tocados. Pestilencia es que siempre dura, y nunca cesa en la Corte, que aquellos que menos valen más presumen, y menos se contentan, y la causa es, que lo mucho que les falta del ser, querrían suplir con bien parecer. Miento si no vi en los Reinos de Aragón, que un Caballero tomó sola una casa, en la cual cupo él, y toda su familia, y vile después en Castilla, no se contentar con ocho posadas accesorias, y la causa de esto era, porque en Aragón pagábalas a dinero, y en Castilla dábanselas por aposento. A costa ajena todo el mundo huelga de tener locura, mas de que la locura ha de se ir de su bolsa de cada uno, se atienta. Si hay trabajo en sus posadas, es verdad que no lo hay con los aposentadores, sin voluntad de los cuales no puede en la Corte ninguno entrar, aunque el Rey le envíe a llamar. En la Corte puédese uno librar del Consejo Real, con no tener pleito; del Consejo de la

Guerra, con no ser Capitán, del Consejo de las Órdenes con no tener Hábito; del Consejo de la Indias con no ir a Méjico; del Consejo de la Inquisición con ser buen Cristiano; del Consejo de Hacienda con procurar un situado; y de los Alcaldes de Corte con no ser revoltoso: mas de manos de aposentadores, no hay privado que se pueda esentar, ni Cortesano que se pueda valer. En su mano están honrarnos, o deshonrarnos, consolarnos, o desconsolarnos, aposentarnos, o desaposentarnos, y si os tomáis con ellos, y los enojáis, podrá ser que el regatón tenga ya posada, y vos os estéis en el mesón de la Estrella. En la Corte, de cualquier agravio que nos hagan, podemos pedir justicia, si no es de los Aposentadores, con los cuales habemos de tener paciencia; porque de otra manera, ellos quedarán enojados, y nosotros desaposentados. Súfrese en el oficio del aposento, lo que no se sufre en otro oficio Cortesano, es a saber, que los oficiales de él sean granjeados, rogados, seguidos, acompañados, y servidos, digo servidos, en untarles las manos, y adobarles los guantes.

Si acaso no fuere el Cortesano pariente del que hace el aposento, trabaje de tomarle por amigo: la amistad hácela de mostrar en sufrirle alguna mala palabra cuando aposenta, y después darle una buena comida. Ni con el Rey, ni con el Privado, ni con el Consejo, ni con contadores, ni con aposentadores, ninguna cosa en la Corte se alcanza, sino es sufriendo, y sirviendo.

Aunque el aposentador os injuriare, no os tengáis por injuriado, aunque os deshonre no os tengáis por afrentado, aunque os llame importuno, no os mostréis corrido; porque el buen Cortesano a trueque de una buena posada, no es mucho que sufra una palabra mala, y desabrida. Que alguna vez no le quepa al buen Cortesano buena posada, no cabe en buen crianza, que luego se injurie, y amotine con el aposentador; porque no es mucho, que entre muchos buenos pesos de pulpa, le quepa alguna vez algún contrapeso de jarrete.

No son tanto de culpar los aposentadores como los culpan pues a ellos no los envía el Rey a hacer casas, sino a repartirlas, y de esta manera, dan de lo que hallan, y no de lo que querrían. También es justo que el aposentador tenga respeto en aposentar, a los méritos, y de méritos del que aposenta; porque más razón es que aposiente bien al que en la Corte le nacieron las canas que al que ayer vino a servir, y aun sin barbas. Los que a los Príncipes han en sus trabajos servido y seguido, muy gran ingratitud sería, si no fuesen en los aposentos consolados, y en mercedes mejorados.

Si el aposentador es obligado de mirar los méritos del que aposenta, también es justo que considere el Cortesano el lugar estrecho donde entonces aposentan; pues es cierto, que una vez va la Corte donde hay seis mil vecinos, y otra donde no hay mil y en tal caso, si no hay sino sustan estrecho para jubones, súfrase, que presto irá a otro lugar, donde halle velartes anchos para capas.

CAPÍTULO III

DE LA MANERA QUE EL CORTESANO SE HA DE HABER CON LOS HUÉSPEDES DE LA POSADA, QUE LE DIERON POR APOSENTO.

Debe, asimismo el buen Cortesano hacer a sus huéspedes buen tratamiento, porque si entra en la posada amenazando, y brabeando, podría ser que las entrañas le cerrasen, y las cámaras no le abriesen. Hay algunos en la Corte tan descomedidos, y tan mal mirados con sus huéspedes, que no hacen lo que deben, sino lo que quieren, en lo cual Dios ofendido, y el Príncipe de servido; porque al Cortesano no le dan la posada para mandar, sino para posar.

En la vida del Emperador Senero se lee, que ordenó en Roma, que si el dueño de la casa agraviase o maltratase al huesped que le diesen; que el tal huesped fuese obligado a le acusar, mas que por ninguna manera le osase reñir. Plutarco dice en su Política que en el Reino de los Dacos no valían a los malhechores los templos de los Dioses, y valíanles sus propias casas, porque decían ellos, que dentro de los umbrales de la puerta, ninguno había de tener jurisdicción sobre el dueño de la casa. Pues si entre los Dacos ninguna justicia osara al que estaba en la casa castigarle, ni prenderle, menos se atrevería ningún Cortesano a reñirle, ni ofenderle.

Como los amigos de Platón le riñesen, porque no reñía a su huesped Dionisio Siracusano, del cual había sido bien recibido, y era maltratado, respondióles:

Enojarnos de los locos con quien holgamos, vengarnos de los mozos que criamos, poner las manos en mujer con quien conversamos, y reñir con los huéspedes que posamos, ni los Filósofos de Grecia lo deben aconsejar, ni los corazones generosos hacer.

No niego yo que hay algunos huéspedes tan mal comedidos , que no quieren hacer virtud, sino como la encina a palos: mas al fin el virtuoso, y noble Cortesano, todas las injurias, y bravuras que sus huéspedes se dejan decir, o las ha de tomar por burla, o mostrar que no vinieron a su noticia. El día que el Cortesano quisiere con sus huéspedes reñir, aquel día se ha de determinar de la posada dejar; porque no se podrá loar de bien aposentado, el que con su huesped estuviere reñido.

En las posadas que posare el curioso Cortesano, ni mire la costa de echar una cerradura a una puerta, un encerado a una ventana, un pasto a una escalera, una soga a un pozo, una argolla a un pesebre, un suelo a una chimenea, y remediar en un tejado una ventana; porque todas estas menudencias a hacerlas

costarán poco, y a sus huéspedes obligarán a mucho. No se debe tampoco desechar, de enviar a sus huéspedes algunas veces de comer, o convidarlos a su mesa sala comer; y si ellos por semejante le presentasen algo, débeselo mucho encarecer, y no poco agradecer, porque las dádivas pequeñas, suelen parar en amistades muy grandes.

Deben asimismo avisar a sus mozos, y pajes que no falten en las huertas, no cojan las parras, no hurten las gallinas, no quiebren las vasijas, no levanten los suelos, no pinten las paredes, y no hagan ruido por casa; porque a las veces, si rehusan los dueños de las casas de recibir huéspedes, no es por lo que ocupan los amos, sino por lo que enojan los mozos. Acontece que un Ciudadano tiene una casa que es nueva, solada, blanca, pintada, y limpia, y traen los Cortesanos consigo unos criados, o sobrinos, o hijos tan atrevidos, y desvergonzados, que les destrozan las parras, hurtan las aves, quiebran las sillas, desquician las puertas, pintan las paredes, hacen otras mil travesuras, por manera, que el tal, querría más tener por huesped a un Egipciano, que a un Cortesano. Ya he visto yo en la Corte, no por más de por las travesuras de los mozos, ser los amos mal aposentados, y aun ser desaposentados después de aposentados. Una de las muy esenciales cosas que han de tener los hombres cuerdos es que tengan a sus mozos bien corregidos; porque indicio es de no estar la casa bien disciplinada, cuando la familia anda muy disoluta.

Aulo Gelio en el libro de las noches de Atenas dice, que cuando Cornelio Graco volvió a Roma, después que fue Cónsul en las Islas Baleares, dijo en el senado estas palabras: Bien sabéis, padres conscriptos, que en las Islas Baleares he sido Pretor, y Cónsul trece años, en los cuales yo os juro por los inmortales Dioses, que nunca maliciosamente hice a nadie injusticia, y que nunca criado mío hizo cosa que no debiese en la posada. Falaris el tirano cuando le enojaban los Agrigentinos, dábales por huéspedes a sus criados, porque él, y ellos eran tan malos, que ninguno tan gran mal les podría hacer, como a sus criados por huéspedes les dar. Hay en las Cortes de los Príncipes algunos que están notados ser ellos de tan mala yazija, y su familia de tan malas mañas, que se determinan sus huéspedes, o de no les recibir, o de ellos se ausentar. Debe también advertir el Cortesano, en que alguna vez terná necesidad de un jarro de agua para beber, de un plato para servirse, de una toalla para limpiarse, de una silla para se asentar, y de una caldera para regar: en tal caso, debe mandar a sus criados, que todas estas cosas pidan con crianza, y que no las tomen por fuerza. Cada uno quiere ser mero, y libre señor en su casa, y por amigo y deudo que sea, no quiere que nadie mande más que él en ella, y al fin más quiere el huesped que se lo pidan, y lo pierdan, que no que se lo tomen, y lo guarden. Es tan libre esta nuestra libertad, que veremos a un hombre, que por su pasatiempo juega, y desperdicia cien piezas de oro, y por otra parte da voces hasta el Cielo si le quiebran un jarro. Siendo yo

Cortesano, y entrando a visitar a otro Cortesano enfermo, reñí con el huesped, porque le hallé riñendo, sobre que los pajes le habían quebrado una lamparilla jugando a la pelota, y díjome estas palabras. No lo he yo señor maestro por la pérdida de la lámpara, que vale una tarja, ni por el aceite que se derramó, que valía una blanca, sino por la libertad que me roban, y por lo poco en que me tienen. Debe también advertir el buen Cortesano, en que él con la huéspeda, ni los criados con las mozas, no tomen más conversación de la que es menester, porque en tal caso menor mal sería al huesped, meterle a saco la casa, que no robarle la honra. Derrocar los albahaqueros, quebrantar las varandas, desladrillar los suelos, pintar las paredes, y trasguear por la casa cosas son de sufrir: mas tocar a la mujer, no es cosa de disimular, porque lo uno es travesura, y lo otro es traición. Ya que los hombres sean flacos, y que sus pasiones no quieran vencer, por ventura, ¿faltan en las Cortes de los Príncipes mujeres con quien hayan de conversar, y aun que los echen a perder? No por cierto, porque en la Corte dos meses hay tabla de terneras, y todo el año hay calle de enamoradas. En años abundosos, y en años fértiles siempre en la Corte algunos bastimentos faltan, si no son mujeres que siempre sobran. No inmérito dijimos, que era cosa de traición, y alevosía revolverse el Cortesano con su huéspeda: porque si así fuese, al marido infamaría, y a la mujer dañaría, y a la vecindad escandalizaría, y a sí mismo perdería. Suetonio Iraquilo dice, que Julio César mandó a un Capitán suyo cortar la cabeza, porque había infamado a su huéspeda, y esto fue sin que nadie le acusase, ni su marido se quejase.

Un camarero del Emperador Aureliano, como asiese de la manga a su huéspeda, y lo viese Aureliano dende a una ventana, aunque juraron ambos, que lo hacían de burla, mandó el Emperador que le cortasen a él la mano de veras. Plutarco en el libro de matrimonio dice, que era ley entre los Licaonicos, que si algún huesped hablase con su huéspeda, le cortasen no más de por esto la lengua: y si la cosa pasase más adelante, le quitasen luego la vida. Macrobio en los Saturnales dice, que entre los Romanos se tenía por grandísima infamia, que el huesped loase a su huéspeda, ni de hermosa , ni de bien acondicionada: porque ya que la loaba, era señal que la conocía, y si la conocía la habla, y si la hablaba, la comunicaba, y de comunicarla venía a infamarla. Aulo Gelio dice: Quod violare iura hospity:

erat poena Vestalium, que quiere decir. Que la misma pena que daban a los que estupraban a las Vírgenes Vestales, la misma pena daban a los que infamaban a sus huéspedas. La pena que daban a los tales era, que, o les tapiaban los medios cuerpos, o los apedreaban vivos. Debe asimismo el buen Cortesano advertir, en que la ropa que le trajeren de las Aldeas, y la que le dieren en sus posadas, mande a sus criados que la guarden, y que la limpien, pues en esto suele haber tanto descuido, que a las veces están mejor traídas, y aun más

limpias las mantas de los caballos, que no la ropa que prestan a los mozos. Pasa ya de vergüenza, y toca en conciencia, el mal recaudo que ponen los Cortesanos en la ropa: y parece bien, en que la tienen echada por aquel suelo, llena de polvo, la lana derramada, las mantas rotas, las almohadas sucias, los colchones descosidos, y las sábanas podridas, por manera que el hombre que la toma, más es ya para que le lastime, que no para que de ella se aproveche. De tan gran descuido, no debe tener descuido el buen Cortesano, porque no sería mucho, pues entra cada día a ver la caballeriza de sus caballos, que entrase una vez en la semana en la cámara de sus mozos. Qué paciencia ha de tener un pobre hombre que presta su ropa, la cual nunca jamás la sacaron al Sol, para sacudirla, ni la llevaron al agua para lavarla. Ni porque las camas sean de poco valor, no por eso han de ser ensuciadas, y maltratadas: porque un pobre Labrador, en tanto tiene una manta de sayal, como un Caballero una colcha de seda. Muchas veces acontece, que cuesta menos, y aprovecha más, la cama pobre al pobre, que no la cama rica, al rico: pues vemos que el pobre está debajo de las sábanas de estopa durmiendo, y el caballero entre las muy delicadas olandas suspirando. Finalmente decimos, que al tiempo que el buen Cortesano se hubiere de partir de la posada, debe hablar, y aun alguna cosa dar a los huéspedes de ella: porque queden de lo pasado contentos, y a lo advenidero los deje obligados.

CAPÍTULO IV

DE LAS COSAS QUE HA DE HACER EL BUEN CORTESANO, PARA COBRAR CON SU PRÍNCIPE BUEN CRÉDITO.

Diodoro Siculo dice, que era tan supremo el acatamiento que tenían a los Príncipes los Egipcios, que parecía más adorarlos, que servirlos: y que no los podrían hablar, sin primero para hablarles, licencia les pedir. Cuando algún vasallo Egipcio tenía al Rey que le pedir, o con él negociar, hincaba ante el Rey las rodillas, y decía estas palabras. Soberano señor, y Rey, si estoy en tu gracia osaré hablar: y si no estoy en tu gracia quiero callar. Moisés, y Aarón, y Tobías, y David, y Salomón, y otros Hebreos también tenían esta costumbre como los Egipcios, pues muchas veces decían: Domine mi Rex: si inveni gratiam in oculis tuis: loquar ad Dominum meum, que quiere decir: Señor mío, y mi Rey, si estás bien conmigo hablaré, y sino callaré. No hay servicio malo, si al que le hace es acepto: ni hay servicio bueno, si de él no hay contentamiento. Si el que sirve no está en gracia de aquél a quien ha de servir, quebrántase el cuerpo, y no ha galardón del servicio. Por lo dicho queremos decir, que el que va, o está en la Corte, trabaje de estar en gracia del Príncipe:

porque muy poco aprovecha, que el Cortesano esté con todos, si el Príncipe está mal con él. Como a Alconidas el Griego le dijese un su amigo, que él sabía que en Atenas le deseaban ver muerto, y en Tebas no le querían ver muerto, sino vivo: respondióle él: Que a los de Atenas pese con mi vida, y los de Atenas deseen mi muerte, no puede dejarme de pesar, mas el Rey Fili, oh mi señor, me tiene asentado entre los que están en su gracia, poco se me da a mí que esté mal conmigo toda la Grecia. Trabajo es alcanzar con los Príncipes gracias: y sin comparación es muy mayor conservarla, porque son menester mil servicios para que nos amen, y abasta un solo de servicio para que nos aborrezcan. El trabajo de los Privados, que yerran a sus Príncipes es, que dado caso que les perdonen la culpa, no por eso tornan jamás en su gracia por manera, que el que una vez cayere en su ira, no haga ya más cuenta de su privanza. El divino Platón en los libros de su República dice, que ser Rey, y Reinar, y servir, y privar, batallar, y vencer, que estas tres cosas era imposible alcanzarlas ninguno por diligencia, sino que las daba a quien quería fortuna. No inmérito dice Platón, que servir, y privar, es más ventura que otra cosa: pues acontece en las casas de los Reyes, que al que sirvió veinte años, le precede, y aun le expele el que no sirvió sino tres, y esto no es por lo mucho que sirvió, sino por la gracia en que cayó. Aunque diga Platón que alcanzar señoríos, vencer batallas, y ser de los Príncipes Privados, sean cosas que se alcancen más por buenos hados, que no por muchos trabajos, no debe el corazón generoso dejarlas de emprender, ni aun perder la esperanza de las alcanzar: porque muchas cosas pierden los hombres, más porque son desides, y tímidos, que no porque no son bien fortunados. En las Cortes de los Príncipes ser uno entre todos más rico, honrado, honroso, generoso, acatado, servido, acompañado reputado, mirado, señalado, temido, y amado, no suele fortuna dar estos privilegios a los que en sus casas se están enconados, ni a los que en la Corte quieren vivir regalados.

No piense nadie que es tan flaca la fortuna a que de hecho, y no por algún secreto respecto, se mueva ella a levantar a un hombre del polvo: porque muchas veces cuando ensalza a uno de súbito, o es por méritos de aquel que sublimó, o por deméritos de aquel que tal lugar abatió. Emilio fue un tiempo muy privado, y después muy aborrecido del Emperador Constantino, y sucedió después en aquella privanza otro, que había nombre Lisander, el cual como le retrayesen unos sus amigos, la ingratitud que había tenido con ellos respondióles él: Si yo vine a ser privado del Emperador Constantino mi señor, más fue por los deméritos de Emilio, que no por vuestro ruego, que la fortuna más hizo esto por a él abatir, que no por a mí sublimar. Esto decimos para avisar al Ciudadano que va a la Corte a ser Cortesano, a que ni vaya el papo tan hecho de viento, que piense luego a todos mandar, ni tampoco tenga desconfianza a que no pueda como los otros privar. Cada hora hay tantas mudanzas en la República, y da tantas vueltas su rueda fortuna, que aquel de

quien menos se hace cuenta, tiene a toda la República después en cuenta. Aviso, y torno a avisar, al que quiere con el Príncipe privar, y era la Corte valer, que sea muy honesto en su vida, y limpio en el oficio que trata: porque la buena reputación de la persona, es el primer escalón de la privanza. No hay en el mundo hombre tan absoluto, que no huelgue de tener en su casa un hombre honesto, y virtuoso por manera, que el buen vivir, es muy gran parte para donde quiera privar. Falaris el tirano, dice estas palabras a un su émulo: Yo confieso que tú eres bueno, mas tu no me negarás que en tu casa son todos malos, y lo contrario es en mí, que dado caso que soy tirano, a lo menos en mi casa no me come pan hombre vicioso, por manera, que si estoy cargado de vicios, también ando rodeado de virtuosos, también ando rodeado de virtuosos. El divino Platón vino desde Grecia a Sicilia a ver a Dionisio Siracusano, no solamente Platón, mas aun otros muchos Filósofos: a los cuales él honraba, y aun en sus necesidades los socorría. Muchas veces decía Dionisio el tirano estas palabras: De los Rodos soy Capitán, pues los defiendo, de los Afros soy Rey, pues los gobierno, y de los Italianos soy amigo, pues no los ofendo, de los Filósofos soy padre, pues los socorro, y los de Sicilia llámanme tirano, porque los castigo. De estos dos ejemplos se puede colegir, que pues los tiranos son amigos de buenos, mas es de creer que lo sean los Reyes justos. Debe también el buen Cortesano guardarse de ser tramposo, mentiroso, doblado, y fementido:

porque más son estas sendas para se perder, que no caminos para privar. Si, por caso nos dieren uno que con estas mañas haya acertado, darle hemos ciento que se hayan perdido. Todos los que con malos principios comenzaron a subir, y con feos medios se quieren sustentar, veremos algún tiempo a los tales privar, mas no los veremos en la privanza permanecer. Muchos hay que no conocen mal las Cortes de los Príncipes, pensando, que por ser muy agudos en el hablar, y muy entremetidos en el negociar, que por eso han más de valer, y privar, y no es por cierto así:

porque en la Corte como hay tantos hombres varios, y perdidos, son en mucho tenidos los hombres graves, y cuerdos. Suetonio Tranquilo dice; que el Cónsul Silla como era enemigo de los Marianos, de cuya parcialidad era Julio César, decía, que de la mocedad de César, más le espantaba la cordura que tenía, que no el esfuerzo que mostraba. Plutarco escribiendo a Trajano, dice: Hágote saber, serenísimo Príncipe, que en mucho más tengo a ti, que a tu Imperio, porque te vi hacer mil obras para alcanzarle, y no tener mañas para procurarle.

A mi parecer no hay en la Corte tal alquimia, para subir a la cumbre de la privanza, como es que el Rey nos conozca más por la fama, que no por la persona.

Es también de tener aviso, a que en las Cortes de los Príncipes, hay muchos

hombres descontentos, apasionados, con los cuales el Cortesano que quiere privar no debe conversar, ni menos murmurar: porque especie es de traición, murmurar del amigo que tenemos, y del Príncipe que servimos. El Cortesano cuerdo, y virtuosos, guárdese de tratar con hombre que esté apasionado, y descontento:

porque los tales no nos animarán a que sirvamos, y callemos, sino a que nos amotinemos, y con ellos nos juntemos. Así como en las Repúblicas hay mullidores que mueven las Cofradías, así en la Corte hay mullidores que mullen y levantan las voluntades: los cuales en recompensa de no poder privar, hártanse de murmurar. Vase un desprivado a casa de otro apasionado y allí a solas murmuran del descuido del Rey, del atrevimiento del privado, de las pasiones del Confeso, de las parcialidades de Palacio, del desproveimiento de la guerra, y de la perdición de la República: en las cuales cosas consumen las grandes noches del Invierno, y la congojosas siestas del Verano. Adriano el Emperador fue avisado, que en casa de Lucio Turbón se juntaban todos los Romanos que de él tenían queja: y proveyó que a él cortasen la cabeza, y a los que allí iban a murmurar desterrasen de Roma. Esto decimos, para afear el abuso de las Cortes de los Príncipes, es a saber, que así como hay casas diputadas para donde jueguen, así hay Palacios señalados donde murmuran: y como dicen unos, quiero me ir a casa de fulano a jugar, que allí hallaré jugadores, así dice otro, quiero ir a Palacio a murmurar, que allí hallaré murmuradores. Infame es el Palacio donde no saben sino jugar, y maldito es el Palacio donde no saben sino murmurar: porque al fin menos mal es que se pierdan los dineros, que no que se roben las vidas de los prójimos. Así mismo aprovecha mucho, para ganar la voluntad del Príncipe, mirar a que es el Príncipe inclinado, es a saber, a música, o a caza, o a pelea, o a montería, o a la jineta, o a la brida, y vista su inclinación, amar lo que él ama, y seguir lo que él sigue. Los Príncipes como son voluntariosos, a las veces quieren más a unos criados por verlos inclinados a lo que ellos quieren, que a otros por los trabajos que por ellos pasan. El curioso Cortesano téngase por dicho, que todo lo que el Rey a robare, ha de tener por bueno, y todo lo que a él no agrada se ha de tener por malo, y si por caso lo contrario le pareciere, puede lo sentir, mas guárdese, y no lo ose decir. El Emperador Aureliano no bebía sino vino tinto, y como le dijesen que un Romano llamado Torca, por amor de él no solamente no bebía vino blanco, mas aunque había puesto una viña de vino tinto, hízole Censor de Roma, y guarda de la puerta Salaria. En comer, y beber, en cazas, y en justas, en paz, y en guerra, en burlas, y en veras, debe el buen Cortesano a su Príncipe seguir: porque a las veces de seguir a los Reyes en las burlas, vienen a ser privados de veras. Así mismo aprovecha mucho para cobrar reputación, no hablar muchas veces al Rey: porque de las continuas pláticas, no se puede seguir, sino tener el Príncipe al Cortesano por atrevido, y así mismo por importunado. El Cortesano que no tiene cosa grave que

negociar, ¿para qué quiere al Rey importunar, y así afrentar? Decimos cosas graves que negociar: porque ir a la persona Real con poquedades, y menudencias, los que lo supieren, ténganlo por curiosidad, y el Príncipe por liviandad. Examinemos ahora, qué es lo que puede uno al Rey decir, y por allí veremos, si conviene irle muchas veces a hablar. Ir al Príncipe a murmurar de otros, no lo debe ningún bueno hacer; ir a darle algún aviso secreto, está en su duda si le ha de creer, quererle dar consejo es vanidad tal pensar, querer, pues, con él burlar, y pasar tiempo, nadie tal ha de intentar, irle a reprehender quién es él que tal ha de osar, irle a lisonjear él se escandalizaría de tal oír, de lo cual se infiere, ser lo más seguro, irle pocas veces a hablar. Era Lucilo muy gran amigo de Séneca, y era también Gobernador de Sicilia, y como le preguntase, que qué haría para el Emperador Nerón su señor agradar, respondióle Séneca: Si quieres agradar a los Príncipes, háceles muchos servicios, y diles pocas palabras. Decía el divino Platón en los libros de su República, que a los Príncipes deben los que les hablan decir pocas palabras, porque si se derraman a decir muchas, no tienen tiempo para oírlas, ni aun están atentos a ellas, y decía más Platón: Deben así mismo ser muy sustanciosas las palabras que a los Príncipes se dicen, es a saber, en utilidad de la República de quien hablan, o en provecho del mismo que habla. Estos consejos de Platón, y de Séneca, paréceme que son dignos de notar, y aun de a la memoria encomendar. Sobre todo lo dicho decimos, que ninguna cosa persuade al Príncipe tanto a que ame a sus criados, como es ver que le sirven mucho, y que le importunan poco. Satisfacer al que pide no más de con sola la lengua, es de voluntad, mas satisfacer con la obra, es de necesidad:

y por eso decimos que harto pide el que bien sirve.

CAPÍTULO V

DE LA MANERA QUE HA DE TENER, Y DE LAS CEREMONIAS QUE HA DE HACER EL CORTESANO CUANDO AL REY HA DE HABLAR.

Ya que el Cortés Cortesano se determinare de al Príncipe hablar, haga primero una muy profunda mesura y si el Rey estuviere asentado hinque una rodilla, y tome con la mano izquierda la gorra, la cual ha de tener, ni arrebujada en las manos, ni apretada en los pechos. Ora esté el Rey en pie, ora esté asentado, pónense para hablarle al lado izquierdo: porque estando nosotros a su mano izquierda, tenemos al Rey a la mano derecha. Plutarco dice que los Reyes de Persia en los convites que hacían, al que era más honrado poníanle a su lado

izquierdo, diciendo que a los que él amaba de corazón, había de asentar al lado del corazón. Blondo dice, que entre los Romanos era tanta honra ponerse a la mano derecha, que cuando el Emperador entraba en el Senado, ninguno se asentaba al lado derecho. Dice más Blondo, que si un mozo cabe un viejo, o un siervo cabe un amo, o un hijo cabe su padre, o un padre cabe un patricio se asentaba a la mano derecha, no menos le castigaba la justicia, que si hubiera cometido alguna travesura. El que habla al Rey, débele hablar bajo, y no muy apresurado, porque si le habla alto, será de los que allí estuvieren oído, y si le habla apresurado, no será entendido. Es también de advertir, que las palabras que se le dijeren, sean primero muy examinadas, y de muchos días pensadas: porque los hombres cuerdos, mucho más piensan en lo que la lengua ha de decir, que no en lo que las manos han de hacer. Mucho va en no acertar a hablar, a no acertar a obrar: porque al fin la mano no puede más de errar, mas la lengua se extiéndese a errar, y a infamar. Al tiempo de la plática mire bien y no ande jugando de mano en mano con la gorra, ni esté mirando al Rey a la cara, porque de lo uno notaránle de loco, y por lo otro de liviano. Trabajé también por no escupir, y mucho más por no toser: y si por necesidad fuere de lo uno, o de lo otro constreñido abaje, o buelu un poco la cabeza, porque no dé al Rey con el resuello en la cara. Plinio escribiendo a Tabato dice: que los Reyes de los Lidos, a ninguno consentían que les habíasen tan cerca, que les pudiese dar con el anhelito en la cara, y esto hacían ellos, por evitar los corruptos olores de los pulmones, y de los sobacos. Si hubiere de ir a negociar después de comer, guárdese de comer ajos, o beber el vino puro: porque si huele a vino, tenerle ha el Rey por borracho, y si huele a ajos por mal comedido. Guárdese también de hablar con la cabeza como con la lengua, ni tampoco debe jugar de dedo, ni dar de barba, ni guiñar de ojo: porque hablar con tan feos meneos, más pertenece a truhanes, y locos, que a Cortesanos polidos. En las pláticas que con el Rey tomare, guárdese no hable más de lo que a él le toca, y calle lo que a otro daba: puede decir en lo que él ha servido, mas no el mal que otro ha hecho, porque allí no es lugar de murmurar, sino de negociar. No cure tampoco de encarecer mucho la sangre de sus pasados, ni las hazañas de sus deudos: porque a los Príncipes más les persuade una palabra en que diga hice, que ciento que le digan hicieron. Fría demanda lleva, el que va al Rey a pedirle mercedes, no por lo que él ha hecho: sino por lo que otro ha servido. Las mujeres son las que han de pedir las vidas que sus maridos perdieron en la guerra, que el buen varón no ha de pedir, sino lo que hizo con la lanza. Guárdense también de mostrar al Rey desabrimiento, es a saber, encareciéndole mucho lo que ha servido, y que a él más que a los otros tiene olvidado, porque los Príncipes no sólo quieren que los sirvamos, mas aunque los suframos. Lo que por los Príncipes habemos pasado, y en lo que fielmente habemos servido, y si con nosotros han tenido descuido, súfrese mansa, y benígnamente decírselo mas no se sufre reñírselo. No cure el curioso

Cortesano, de dar a su Príncipe muchas quejas, ni hace darle la voluntad con palabras sobradas: porque son los corazones humanos tan inclinados mal, que olvidan mil servicios que les hacen, mas no una injuria que les dicen.

Preguntado Sócrates, qué era lo que sentía de los Príncipes de Grecia, respondió: Este nombre de Dioses, y este nombre de Príncipes, ni difieren más entre sí, de ser los unos mortales, y los otros inmortales: pues la autoridad que tienen los Dioses en el cielo, tienen los Príncipes en la tierra, y dijo más. Yo siempre fui, y soy y seré, en que mi madre Grecia sea República, y no sea Reino: más ya que se determinare de querer Rey elegir, es mi parecer, que en todo, y por todo le hayan de obedecer, porque de otra manera, han de pensar que no se toman con los Príncipes, sino que competen con los Dioses.

Suetonio Tranquillo dice, que como fuese avisado el Emperador Tito, que los Cónsules le querían matar, y el Imperio ocupar, respondió: Así como sin voluntad de los Dioses nunca pude el Imperio alcanzar, así sin su querer nadie me lo podrá quitar: por manera, que la jurisdicción imperial a nosotros pertenece tenerla, y a los Dioses defenderla. Esto habemos querido decir, para que nadie piense poderse de los Príncipes vengar, pues las palabras feas que les dijéremos, más será para despertar contra nosotros su ira, que no para tomar de ellos venganza. Guárdese también el curioso Cortesano en que si por caso se hablare ante el Rey alguna cosa, no sea osado con él, ni aun con otro porfiarla, porque este nombre de porfiado, no se compadece en hombre cuerdo. En el jugar, y en el porfiar ninguna cosa se aventura tan pequeña, a que no quiera cada uno salir con la suya. En la vida del Emperador Severo se cuenta, que el Cónsul Pulio motejó a su compañero el Cónsul Fabricio, que era enamorado: al cual respondió Fabricio: Yo confieso que es malo ser enamorado, mas muy peor es ser tú tan porfiado: porque los amores nacen de discreción, mas la porfía, cierto procede de necedad. Si por caso el Rey preguntare al Cortesano qué es lo que le parece sobre lo que porfía, si siente lo que el Rey siente, dígalo, mas si le parece lo contrario, cállelo. Cuando el Príncipe porfiare alguna cosa muy porfiada, la cual puede después redundar en daño de la República, no se la debe luego el buen Cortesano decir, sino que después en secreto le vaya de la verdad avisar: porque de otra manera, quedaría el Rey de lo que le dijeren corrido, y del yerro en que estaba no avisado. Sea pues la conclusión, que el Cortesano que es porfiado, nunca será del Príncipe privado, ni aun en la casa Real bien quisto: porque los Cortesanos que quieren en la Corte valer, y tener, tan necesario les es domeñar los corazones a callar, como los cuerpos a servir.

Hay en la Corte algunos tan descomedidos, y aun atrevidos, que así se loan haber hablado al Rey con desabrimiento, como de haberle hecho algún gran servicio: a los cuales no debe tener nadie envidia de lo que le dijeren entonces, y mucho menos de lo que les sucedió después.

Es también de mirar, en que si estando el Príncipe retraído, se desmandare a burlar de manos, o a motejar de lengua, que el curioso Cortesano le regocije de verlo, mas no se desmande a hacerlo: porque al Príncipe es le honesto pasar tiempo, mas al Cortesano es le dañoso mostrarse liviano. Con sus iguales cada uno tiene licencia de burlar, mas con los Príncipes, no se extienda nadie más de a los servir: por manera, que el buen Cortesano debe aprovecharse de la prudencia en cosas de veras, y de la gravedad en cosas de burlas. Plutarco en su Apotemata dice, que Alcibíades famoso Capitán que fue de los Griegos, siendo como era de su natural alegre, y regocijado fue preguntado, por qué en los teatros donde jugaban, y en los convites donde comían, nunca se reía, respondió:

Ayuno donde comen, recojo donde juegan, callo donde hablan, mesuro donde ríen, y me abstengo donde burla: porque nunca se conocen los hombres cuerdos, si no es entre los hombres livianos. Cuando oyere el Cortesano cosas de burlas, o se dijeren ante él cosas graciosas, guárdese bien de dar muy grandes risadas, y de hacer gestos, y dar palmadas, porque la sobrada risa, no es por cierto hija de la cordura. Hay algunos Cortesanos, que hablan tan fríos, y se ríen en seco, que querría hombre más ver a otros llorar, que a ellos reír. Las burlas para que aplacen, y no enojen, han de ser pocas, y entre pocas, y graciosas, y no pesadas: y por falta de algunas de estas condiciones sucede, que muchas veces de burlar vienen a reñir. Esparciano cuenta en la vida del Emperador Severo, que tenía en su casa un truhán muy gracioso, al cual como viese Severo, que estaba un día muy pensativo, preguntóle, que, qué pensaba, y el truhán le respondió:

Estoy pensando lo que te tengo de decir para hacerte reír: y juro por tu vida señor mío Severo, que por ventura estudio yo más de noche en las burlas que otro día tengo de decir, que tus Senadores en lo que en el Senado han de votar, y dijo más: Hágote saber Severo, que para ser un hombre sabroso, y gracioso, ni del todo ha de ser cuerdo, ni del todo ha de ser loco, sino que si es loco ha de tener un poco de cuerdo, y si es cuerdo ha de tener una punta de loco. De este ejemplo se puede colegir, que también es menester gracia para bien hablar, como para bien cantar. Hay algunos en la Corte, que van a comer a las mesas de los señores, los cuales siendo la misma desgracia, se quieren hacer graciosos allí a la mesa, y por si acaso reímos con ellos, no es por lo que dicen, sino de la desgracia con que lo dicen. En los banquetes, y convites, que hacen los Cortesanos en el Verano, a las veces es tal la compañía que se les apega, que si la conversación se les tornase vino, beberían frío, y si el vino se les tornase conversación beberían caliente.

CAPÍTULO VI

DE CÓMO EL CORTESANO HA DE CONOCER, Y VISITAR A LOS CABALLEROS, Y PRIVADOS QUE RESIDEN EN LA CORTE.

El nuevo Cortesano, debe luego que entra en la Corte conocer, y darse a conocer a todos los que la Corte gobiernan, y en Palacio privan; porque de otra manera, ni le convelarían los Caballeros, ni le dejarían entrar los Porteros. Al que no conocemos, no conversamos, y del que no conversamos, no nos fiamos, y del que no nos fiamos, ninguna cosa le cometemos, por manera, que el que en la Corte quiere privar, conviénele darse luego a conocer, y aun dejarse de todos pisar. Guárdese el Cortesano de meterse luego en negocios suyos, ni ajenos; porque más razón es que le tomen en posesión de Cortesano cuerdo, que no de negociante importuno. El que en la Corte quiere algo valer, no cure luego de importunar, y menos meterse en negocios, porque los Príncipes no encomiendan los graves negocios a los que son muy solícitos, sino a los que ven más recogidos. En el visitar a los Prelados, Caballeros, y Privados no se debe hacer diferencia de los unos a los otros, es a saber que visite a unos por ser deudos, y deje a otros por ser enemigos; porque el buen Cortesano a los que no tuviere en la Corte por deudos, débelos tener por amigos. Entre los hombres curiales y virtuosos, no ha de haber tan sanguinolenta inimicia para que por ella se pierda la buena crianza. Los que son de baja fuerte, muestran sus enemistades en no se querer hablar, que los de altos corazones comienzan en pelear, no dejan de hablar. Hay algunos Cortesanos, que si a las mesas de los señores se mueven pláticas de las pasiones, y parcialidades que hay entre ellos, se muestran allí en sus ofrecimientos ser unos leones, y después al tiempo del menester son unos cabrones. Entre los que hubieren de conocer, sean principalmente, los que al Rey fueren más aceptos, a los cuales le conviene seguir, y aun servir, porque al fin, no hay Rey que no tenga lejos a otro Rey que le contradiga, y cabe si un Privado que le mande.

Plutarco escribiendo a Trajano, dice estas palabras: Compasión tengo de ti Trajano en verte que de libre te tornaste siervo, el día que acetaste el Imperio Romano: porque la libertad tenéis los Príncipes autoridad de darla, mas no de tomarla. Y dice más: So color que los Príncipes son libres, sois más sujetos que todos, porque si mandáis a muchos en cosas ajenas, uno os manda en vuestra casa propia. Que al Príncipe manden muchos, o él se aconseje con pocos, o que él quiera más a uno que a otro, o se deje mandar de uno sólo, no cure el buen Cortesano de tomar la voz de este pleito, porque podríale de allí suceder, que luego en Palacio lo comenzase a sentir, y después a su casa lo fuese a acabar de llorar. Ya que uno no puede llegar a ser Privado, no me parece mal consejo, que el tal trabaje de ser Privado de Privado. A las veces

tando daña, caer en desgracia del Privado que priva, como caer de ira del Príncipe que Reina. Las palabras que decimos de los Príncipes, si no son escandalosas, pocas veces llegan a sus orejas: mas si ponemos la lengua en su Privado, a la hora saben lo que de ellos decimos, y aun adivinan lo que de ellos pensamos. Pues tú hermano Cortesano, no tienes crédito de abajarle de la privanza ni para desposeerle de la hacienda, ni para reformar la República, ni para desagraviar a ninguna persona: sería yo de parecer que si sientes algún mal, que lo debes tú de sufrir, pues el Rey huelga de lo disimular. A los privados de los Príncipes más sano consejo es servirlos, que perseguirlos. Mire mucho el Cortesano a quien se allega, y con quién habla; y aun a quien escucha. Porque va mucho de las palabras que le dicen a la intención con que se las dicen. Hay en las Cortes de los Príncipes entrañas tan dañadas, y corazones tan retorcidos, que pensará el nuevo Cortesano que le avisan, y no es sino que le engañan, pensará que le aconsejan, y no es sino que le apasionan. Hay algunos en la Corte tan descontentos, y que están con los Príncipes tan apasionados, que no sólo no le son amigos, mas aun le procuran enemigos. Si el Privado te hace a ti obras de amigo, ¿qué se te da a ti, que le tengan todos por enemigo? Ha de pensar que un Cortesano, no va a la Corte a vengar injurias, sino a procurar mercedes. El que quiere valer, y prevalecer en la Corte, más seguro le es sufrir injurias, que no hacerlas. Al Cortesano que fuere cuerdo y sufrido, aconséjole que no sea del privado enemigo, ni aun amigo de su enemigo. El más sano consejo de todos los consejos sería: que trabajase el pobre Cortesano en la Corte de ser amigo de uno, y enemigo de ninguno. En caso de murmurar, o de injuriar, o de se amotinar contra los Privados de los Príncipes, nadie de nadie se debe fiar, porque al tiempo del menester, vendrán por muy gran servicio a descubrir el tal secreto.

Es también de mirar, que en breves días no puede ser uno al Príncipe acepto, ni amigo del privado y el remedio de esto es, que con los oficiales del Privado tome luego conocimiento, halagándolos con palabras, y aun sirviéndolos con joyas. La orden de este desorden, es ser antes amigo de los criados, que Privado de los Privados. Débese también informar cuál de los criados es más acepto, y a este más que a otro tomar por amigo: porque si el Príncipe tiene a un Privado que le gobierna, también tiene el Privado un criado que le mande. No hay voluntad libre ni señor tan absoluto, ni juez tan recto, que al fin no dé crédito más a uno que a otro: de donde se sigue, que amamos los hombres, no lo que amar debemos, sino a lo que más nos inclinamos. Prosiguiendo, pues, nuestro intento cerca del visitar, mire mucho que al tiempo que fuere a visitar el Cortesano a Caballeros o a otros amigos, sepa primero si están ocupados, o retraído, porque si a tal tiempo entrase, más lo tomaría por molestia que por visita. El hombre cuerdo cuando visitare, ni ha de ser importuno en el entrar, ni pesado en el hablar. Hay algunos que nunca quieren ser visitados, otros lo quieren cada día, otros que se abrevie la visita, y otros que nunca se acabe la

plática: por manera que el buen Cortesano al peso de las condiciones debe hacer las visitaciones. Las visitaciones entre personas graves ni han de ser tan frecuentadas que engendren fastidio ni tampoco han de ser tan raras que se imputen a descuido. Aquella con verdad se puede llamar verdadera visita, donde el visitado no siente importunidad: ni tampoco el que visita pierde de su gravedad. Hay algunos hombres tan continuos en el visitar, y tan sin sal en el hablar, y tan descomedidos en nunca acabar, que con más razón los llamaremos moledores que visitadores. De tal manera han de quedar contentos todos los que visitaremos, que dende adelante nos riñan si nos tardáremos, y que no se escondan si allá fuéremos. Donde no hay muy estrecha amistad, o se atraviesa grave necesidad, abasta de mes a mes una vez que visitemos a nuestros amigos, y conocidos, y si más quisieren ser visitados, envíennos ellos a llamar, y no nos vamos nosotros a ofrecer. Personas hay tan inconsideradas en el visitar, que cuando nos sienten venir a casa, les mandan cerrar la puerta, o negarse que no están en casa, o salirse por la puerta falsa, o subirse a la azotea, o fingir tienen calentura: por manera, que a las veces esperan al que los viene por deudas a ejecutar, y huyen del que los viene a visitar. Si al que fuere a visitar estuviere ya asentado a la mesa, y comiendo, no conviene verle, ni aun decir que le viene a ver: porque a tal hora, más parecerá que iba a comer, que no a visitar. A las veces los hombres se muestran en el visitar ricos, y en el comer pobres, y aun quitan de la boca para poner en la capa: y en tal caso no quieren que nadie venga de fuera a verlos ni a juzgarlos, porque tienen por menos mal pasarlo, que manifestarlo. Tampoco cabe en ley de crianza, que nadie entre en casa, ni menos en la sala y mucho menos en la cámara sin primero hablar, y llamar a la puerta: porque entrar en casa de súbito, privilegio es que pertenece a sólo el marido o al dueño. No es tampoco coyuntura visitar al tiempo que están jugando, porque si pierden están enojados, y si ganan, y después comienzan a perder, dirán que el que los fue a visitar los fue a amohinar: de manera, que tomarán por ofensa, lo que habían de aceptar por servicio.

Si el que vamos a visitar se sale de la cámara a nos recibir, y junto con esto no nos convida a entrar, ni menos asentar, sino que estando así en pie, nos pregunta si hay algo que negociar, téngase por dicho el que va a visitar, que aquella es una honesta manera de le despedir. El hombre cuerdo, y curioso, más entiende por señas, que no el simple por palabras. Guárdese el buen Cortesano que en el hacer la mesura, quitar de la gorra, entrar de la puerta, y en el tomar de la silla, no le noten de presuntuoso, y soberbio, porque en mirar en aquellas menudencias más se cobra de liviandad, que se pierde de gravedad. Las cosas de la conciencia, y de la honra, y de la crianza, nunca al buen Cortesano se le han de caer de la memoria. Ya que asentan a platicar, así el que visita, como el que es visitado, sea el principio de la plática, preguntar de la disposición de la persona, y por la salud de la casa: porque esta es la cosa

que más para nosotros habemos de procurar, y para nuestros amigos desear. En las visitaciones que el Cortesano hiciere, no cure de llevar ni traer nuevas, mayormente si son nuevas de tierras extrañas: porque podría ser después de sabida la verdad que en el visitar le loasen de bien comedido, y en el contar le notasen de mentiroso. Si al que fuere a visitar le hallare triste, y desconsolado, y necesitado, debe ayudarle con alguna cosa, ora por ser amigo, orar por ser Cristiano: porque si es bueno visitarle, muy mejor es remediarle.

Mandó Licurgo en sus leyes, que ninguno visistase a encarcelado si no le ayudaba a librar, ni visitase a pobre si no entendía de le socorrer, ni visitase a enfermo si no le quería ayudar. Paréceme que tuvo razón Licurgo en lo que mandó:

pues vemos que el corazón más se amansa con una cosa que le dan, que con ciento que le dicen. Si fuere la casa suya propia de aquel a quien van a visitar, si por caso la hubiere labrado, o mejorado algo en ella, debe el Cortesano decir que la quiere ver, y después, de vista se la debe mucho loar, porque somos todos los mortales de tal condición, que queremos ser loados de lo que hacemos, y no reprehendidos en lo que erramos. Si visitare algún enfermo, debe tener aviso de hablar poco, y bajo, y sabroso: porque si hablan al enfermo alto, y mucho, en cosas que tome él desabrimiento, más parecerá que le van a matar, que no a consolar. No sólo con los enfermos, mas aun con los que están buenos, debemos ser en las visitaciones breves: por manera, que el curioso Cortesano a lo más dulce del hablar, debe pedir licencia para se ir. El que fuere a visitar guárdese no sea tan largo en la plática, a que primero se levante el otro que no él de la silla: porque sería indicio que le pesó de la venida, pues se levanta para que se vaya. Si la mujer no fuere hermana, o parienta, o muy propincua, no debe preguntar por ella, ni menos querer visitarla: porque según decía Escipión, ni la mujer a ver, ni la espada a probar, jamás de nadie se deben confiar. Es también regla de Corte muy usada, que primero sepa si al que van a visitar está en casa, antes que se apee nadie de la mula. Cuando saliere el Cortesano de casa del que visita no le deje salir de la cámara, y mucho menos descender a la escalera: porque desta manera, quedará obligado a agradecerle la visita, y aun a loarle la crianza. Si a la sazón que vamos a visitar algún Caballero, o Privado, quisiere el tal salirse a pasear, o ir a Palacio a negociar, debe el curioso Cortesano irle a acompañar, y servir: porque es doblada obligación el visitar, y el acompañar. Los criados de los Príncipes como estén siempre ocupados, no hay lugar para ser así visitados como lo son los otros, y pues no pueden ser visitados dentro de su casa, debe el buen Cortesano acompañarlos cuando van fuera: porque de razón, más acepto le ha de ser al Privado el que le acompaña, que no el que le importuna.

CAPÍTULO VII

DE LA TEMPLANZA Y CRIANZA QUE EL CORTESANO HA DE TENER CUANDO COMIERE A LA MESA DE LOS SEÑORES.

Los que andan en las Cortes de los Príncipes, deben comer muchas veces en sus posadas, y pocas en las ajenas; porque el Caballero que anda de mesa en mesa, de la hacienda ahorra poco, y de la reputación pierde mucho. Preguntó uno a Esquines el Filósofo, que qué haría para ser buen Griego. Al cual respondió Esquines: Para ser perfecto Griego has de ir a los templos de tu voluntad, y a las guerras por necesidad, mas a los convites, ni de voluntad, con necesidad.

Suetonio Tranquillo dice, que Augusto el Emperador prohibió en Roma, que ninguno convidase a otro, sino que si uno quería hacer a otro honra, le enviase de comer a su casa; y preguntando, por qué hizo esta ley, respondió: La causa porque prohibí los juegos, y los convites, fue, porque en el jugar ninguno se abstiene de blasfemar de los Dioses, y en los convites ninguno perdona a las famas de los hombres. De Catón Censorino dice Cicerón, que dijo estas palabras a la hora de su muerte: Las cosas que yo he hecho, no como buen Romano, sino como Bárbaro atrevido son éstas. Lo primero, que se me pasó un día sin servir a los Dioses, ni aprovechar algo en la República, lo cual, yo no debiera hacer; porque tan gran infamia es a un Filósofo llamarse ocioso, como a un Caballero llamarle cobarde. Lo segundo, que pudiendo una vez caminar por tierra, caminé por mar, lo cual no debiera hacer, porque el varón cuerdo, no se ha de poner al peligro, sino por servir a los Dioses o por aumentar la honra, o por defender la República. Lo tercero, que en un grave negocio descubrí una vez a una mujer un secreto, lo cual no debiera hacer; porque en caso de consejo, ninguna mujer es capaz de darle, menos de tomarle, ni mucho menos de guardarle. Lo cuarto, que me dejé una vez vencer de un amigo, y fui de él convidado, lo cual tampoco debiera hacer, porque ningún varón heroico puede comer a mesa ajena que no pierda la libertad, y ponga en aventura la gravedad. Palabras son éstas dignas por cierto de notar: es a saber que no habló más de cuatro cosas a la hora de la muerte, de que se ha arrepentido este Romano: ¡Ay de mí! Qué narraré yo más de cuatrocientas en aquel estrecho mi día, aunque soy Cristiano. De lo dicho se puede colegir, que si para otras cosas se sufre que seamos rogados, o a lo menos para ir a comer por mesas ajenas, hemos de ser constreñidos. Siendo el Cortesano constreñido, y no habiéndose él ofrecido a comer, tanto servicio recibirá el que le convida como él merced en ser convidado: y de otra manera, más parecía mesa de pasajeros, que no convite de Caballeros. El día que uno se abate a comer a mesa de otro, aquel día se obliga a ser su siervo; porque dado caso que el comer sea por voluntad, el servicio ha de ser de necesidad. Caso es de

menos valer, y aun muy digno de reprehender, que un Caballero se alabe de haber comido en todas las mesas de la Corte, y ninguno debe de haberse asentado a la suya. Más tenía de dos mil ducados de renta el Caballero que me dijo, que en su posada no tenía leña para se calentar, ni olla para cocer, ni asador para asar, ni despensa para se proveer, sino que por su memorial que tenía hecho de mesas de señores, sabía dónde aquel día le cabía ir a comer, y donde a la noche a cenar. Qué igual poquedad, ni qué mayor cortedad podría cometer un pobre siervo, que era hacer lo que hacía este Cortesano. ¿Para qué quieren los hombres lo que tienen, sino para honrar su persona, y abrigar a sus deudos, y cobrar nuevos amigos? Sea Caballero, sea Ciudadano: a uno que tiene mucho, llamarle hemos rico, mas no honrado, porque la honra no consiste en el tener, sino en el gastar. El que en la Corte quiere ya comer a mesa ajena, si por caso aquel día es día de fiesta, y comen allí de mañana, yo juraré que el tal, antes pierda la Misa que no la mesa.

Si por caso al Cortesano le viene un huesped nuevo, llévale consigo a que bese las manos al Caballero, con quien aquel día ha de ir a comer, diciendo, que es su deudo muy propinquo: lo cual no hace él por dársele a conocer, sino porque se queden ambos a dos allí a comer. Usan de otra cautela los tales, y es que halagan a los pajes primero, porque les den del buen vino, y sobornan al maestre sala, porque les sirva buen plato. Hay algunos Cortesanos que son ya tan matreros, que dan a los mayordomos gorras, a los maestresalas los guantes, a los pajes cintas, a los botilleres ceñidores; y esto no por más por tenerlos a la mesa por amigos. Acontece en las casas de los grandes señores, que concurren a la hora del comer muchos, y no pueden caber a la mesa todos, y en tal caso, ojalá pusiesen los tales tanta diligencia en tomar lugar cuando se sientan. Si por caso viene el Cortesano tarde a comer: es verdad que tiene empacho de entrar, no por cierto, que en su poca vergüenza, aunque esté llena la mesa, se asienta con otro a media silla. A la mesa de un señor vi una vez tres Cortesanos asentados en una silla, y como yo se lo retrajese, y asease, respondiéronme que no era por falta de sillas, sino que habían apostado, si los sufría a todos tres aquella silla. Muy vencido es de la gula, y aun es muy gran poquedad de la persona, por una parte querer tener en buen lugar la sepultura, y por otra asentarse en cualquier lugar de la mesa. El que no tiene qué comer, lícito es adonde quiera que pudiere irlo a buscar: mas el Cortesano que tiene honestamente qué comer, gran afrenta le es andar de mesa en mesa. El que va a comer fuera de su posada, a las veces le cabe lugar bajo silla quebrada, tobelleta sucia, cuchillo boto, agua caliente, vino aguado, manjar duro; y lo que más de todo, que le muestran todos ruín rostro. A mi parecer, el que con tales condiciones quiere ir fuera de su casa a comer, más lícito le sería honestamente en su casa ayunar. El pago de los que andan por casas ajenas es, que los señores con quien comen se enojan, los maestresalas murmuran, los pajes mofan, los reposteros reniegan, los botilleres se escandalizan, y los

mayordomos se importunan; de donde se sigue, que a las veces le esconden la silla donde se había de asentar, y le sirven el más desproveído plato para comer. El que en su posada puede alcanzar a comer una olla de carne, y unos manteles limpios, y el pan que sea blanco, y el cuchillo que esté amolado, y un poco de lumbre en el Invierno:

diría yo, que el tal si se huelga de andar de botillería en botillería, que o es por sobra de avaricia, o falta de cordura. El que come en su posada, si a la sazón es Verano, come medio desnudo, asiéntase a su contento, bebe frío, ojéanle las moscas, tiene el patio regado, y en acabando de comer, está en su mano retraerse a sestear. Si por caso es Invierno, desnúdase, si está mojado, descálzase, si está frío, arrópase con un zamarro, y lo que come cómelo caliente, y zumoso, bebe vino blanco o tinto, y después que ha comido, no tiene que aguardar Palacio. Tales, y tan grandes privilegios como son éstos a favor de la libertad, por dineros debería el buen Cortesano comprar, cuanto más por miseria de una comida no dejarlos perder. Ya que el Cortesano se determinare de ir a comer con algún señor, debe mirar que por loar los manjares de uno, no diga mal del plato que hace otro; porque especie es de traición osarnos poner a murmurar de aquel con quien nos sentamos a ver comer.

Después de asentado a la mesa, debe el Cortesano estar asosegado, comer limpio, beber templado, y hablar poco; por manera, que los que allí se hallaren le loen de muy sobrio en el beber, y de muy sin perjuicio en el hablar. Por comer limpio entendemos, no se sonar en pañizuelo, no se echar sobre la mesa de codos, no comer hasta acabar los platos, ni murmurar de los cocineros; porque muy gran infamia es para un Cortesano notarle de goloso, y acusarle de sucio. Hay algunos tan domésticos, que no contentos con los manjares que le sirven en sus platos, arrebatan también lo que sobra en los platos de los otros; por manera, que con una manera de truhanería, se precian de ser absolutos en pedir, y disolutos en el comer. Guárdese el curioso Cortesano de poner en la mesa los codos, de mascar con dos carrillos, de beber con dos manos, de estar arrostrado sobre los platos, de morder el pan entero a bocados, de acabar el manjar primero que todos, de lamer a menudo los dedos, y de dar en los potajes grandes sorbos; porque tal manera de comer, uso es de bodegones, y no de mesas de señores. Si de todos los manjares que le pusieren delante no pudiere comer, a lo menos no los deje de probar, y aun loar, porque los señores, a cuya mesa comen, sienten por afrenta si sus convidados no loan los manjares que les dan, y aun a los oficiales que lo guisan. El que se abate a comer a mesa ajena, aunque sepa que dice mentira, es obligado de loar a los señores de magnánimos, y a sus oficiales de muy curiosos.

No inmérito decimos, que alguna alabanza ha de ir envuelta con alguna mentira, pues vemos algunas mesas de señores tan mal proveídas, que las

comidas que allí dan, mas son para víspera de purga, que no para día de Pascua. No sin causa decimos que quieren los señores que les loen sus oficiales, porque ellos siempre eligen por contador al más agudo, por tesorero al más fiel, por veedor al más experto, por despensero al más entremetido, por botiller al más cuidadoso, por camarero al más secreto, por secretario al más cuerdo, por Capellán al más simple; y por cocinero al más curioso. Más vanagloria toman los señores de tener un gran cocinero en su cocina, que de tener a un valeroso Alcaide en su fortaleza.

El Capellán de los señores en la Corte, más huelgan que huela un poco a simple, que no que sepa a discreto: porque si es un poco abobado, despacha de presto la misa, y es más manual para los mandados de casa. Prosiguiendo, pues, a nuestro intento debe el sobrio Cortesano beber a la mesa ajena poco, y lo que bebiere sea muy aguado; porque el vino aguado ni emborracha a los que lo beben, ni escandaliza a los que lo miran. Si por caso el vino estuviere aguado o ácido, y el agua no estuviere fría, no debe el curioso Cortesano quejarse luego allí a la mesa, porque sería afrentar a los criados, y lastimar al Señor. Grave cosa es de sufrir, que aquel que en su posada no se atreve a comer mal, quiera en casa ajena comer bien. Hay Cortesanos tan mal comedidos, que estando en mesas ajenas comiendo, murmuran de los cocineros, si no están buenos los potajes, y de los botilleros, si no esta el vino frío, y de los veedores, si no está todo a punto, y de los maestresalas, si no hay buen servicio, y de los pajes, si no dan a beber con tiempo, y de los trinchantes, si no va bien cortado, y aun del mayordomo, si no sobra a la mesa mucho. A los oficiales de los grandes señores, y Prelados a las veces, les da más pena el descomedimiento de los convidados que no la reciura de sus señores.

En casa ajena ninguno ha de tener licencia de pedir vino blanco, si le dieren tinto, ni pedir tinto si le dieren blanco; porque el verdadero Cortesano, no ha de saber a qué sabe el vino. Desfiarse los mancebos Cortesanos a correr un trecho, a saltar un salto, a tirar la barra, a danzar una baja, y abatir las piernas a un caballo en la carrera: decimos que es lícito, y aun necesario, mas desasirse a beber a dautan el vino, sería en el Cortesano gran sacrilegio. Trogo Pompeyo dice, que eran los Escitas tan temperatísimos en el comer, y en el beber, que era entre ellos gravísima pena el escupir. Pocos Escitas, y muchos Potistas hay ahora en nuestros tiempos, pues vemos a infinitos, que escapan de los banquetes, y comidas, regoldando lo que comieron, y rebesando lo que bebieron.

El que bebe agua, y no bebe vino, tiene muy gran libertad; porque el desordenado beber del vino, no sólo perturba los juicios, mas aun es muy mullidor de los vicios. Estando a mesa ajena, sobrada curiosidad es, disputar cuál de los vinos es más suave, o cuál más blando, o cuál más hecho, o cuál

dulce, cuál más añejo, cuál más nuevo, cuál a lo que o cuál más cubierto, cuál más sano, o cuál más oloroso; porque al tabernero pertenece saber cuáles son los mejores vinos que al Cortesano no, no sino los buenos caballos. Hermosa curiosidad es, no sólo beber agua, mas aun no la poder beber en vasija que haya caído vino. Guárdese el que es de otro convidado, que en el beber, no sea tanta su desvergüenza, que cada vez beba toda la taza: porque el buen Cortesano, ni ha de beber hasta más no poder, y mucho menos hasta más no tener.

Al tiempo del comer, no del hombre cuerdo levantar pláticas, ni tomar con otros porfías, ni hablar palabras feas, y mucho menos debe dar allí grandes risadas; porque si es malo notar a uno de goloso, peor es notarle de chocarrero. Poco aprovecharía que fuese el Cortesano corto en el comer, y largo en el hablar; porque en las mesas de los señores: si se huelgan con unos convidados más que con otros es, no porque van a comer, sino por oírlos mentir. Como dicho es, todo lo que al Cortesano le pusieren delante, si fuere bueno, es obligado a loarlo, y si no estuviere tal, no tiene licencia de afearlo; porque a la hora que uno se acevila a comer a costa ajena, ha de comer lo que hallare, y no lo que quisiere.

Cuando a la mesa de un señor se moviere plática, sobre qué manjares son más sabrosos, qué cocineros hay en la Corte más curiosos, qué potajes hay más nuevos, y de dónde son los capones más gruesos, no cure el buen Cortesano de decir en la tal disputa lo que sabe, ni menos lo que siente; porque cuán honesto le es saber bien la plática de las armas, tan infame le sería saber cómo se guisan las golosinas. Comiendo yo con un Prelado, oí a un Caballero alabarse, que sabía hacer siete maneras de tortadas, y cuatro de escabeches, y ocho de salsas, y diez de hacer furtas, y doce de aderezar huevos, y no era nada oírselo decir, con vérselo representar, porque parecía que cada manjar estaba haciendo con sus manos, y aun probándole con la lengua.

Acontece en la Corte, que una vez hacen en casa de un señor un buen plato, y en casa de otro hay en aquello algún descuido, y en tal caso no debe decir el Cortesano, que por el mal comer deja la mesa del otro; porque el Caballero no ha de ir a donde mejor coma, sino a donde más se estime. Hay hijos de Caballeros, y señores, que sin vergüenza van a comer a las casas donde sus padres están diferentes, y enemistados; y esto no lo hacen ellos para asegurar su conciencia, sino por codicia de una buena comida.

CAPÍTULO VIII

DE LAS COMPAÑÍAS QUE EL CORTESANO HA DE TOMAR, Y DE

LA ORDEN QUE HA DE TENER EN SE VESTIR.

En Palacio, y fuera de Palacio, siempre debe el Cortesano llegarse a los buenos, y virtuosos; porque de otra manera no ganará él tanta honra con las buenas obras, cuanta perderá con las malas compañías. No se descuide de acompañarse con los Caballeros nobles, y comunicarse con los hombres graves, porque haciéndolo así, a ellos echará cargo, y a los que lo vieren dará buen ejemplo. A la hora que el Cortesano entrare en Palacio, a manera de enjambre cargarán de los mancebos livianos, galanes, enamorados, tahúres rabiosos, y truhanes codiciosos, con los cuales ha de cumplir, no más de con buenas palabras, y por otra parte huír de sus compañías. Los hijos de los nobles Caballeros han de pensar que no van a la Corte a desprender nuevos vicios, sino a cobrar nuevos deudos, para ser más valerosos. Los padres que envían a sus hijos a la Corte, y no los imponen en lo que haga, ni hay allá quien los corrija en lo que yerran, más valiera que los cargaran de hierros, y los enviaran a la casa de los locos; porque allí átanlos para que sean cuerdos, y en la Corte suéltanlos para que sean locos. Ninguno puede hacer tanto mal a un mancebo, como es no le ir a ninguna cosa a la mano; porque no pasará muchos días que no haga alguna travesura, por donde él se pierda, y a su padre lastime. El día que el padre tiene puesto en la Corte a un hijo, piensa que para siempre tiene perdido del cuidado, y después cuando no se cata, tórnasele a casa, rotos los vestidos, gastados los dineros, cargado de vicios, y deja escandalizados los amos. Ya que el Cortesano es mancebo, no podrá ser menos, sino que se alleguen a él otros mancebos, y en tal caso, sería yo de opinión, que tal reputación cobrase entre ellos, que para todas las gentilezas de Caballero le llamasen, mas para cometer liviandades de mozos de él se escondiesen. No es tampoco la intención de mi peñola persuadir a que sea hipócrita, es a saber, ser sacudido con los mancebos, ni comunicable con los galanes, triste con los alegres, y callado con los recogidos; porque muy poco hace al caso, para que sea uno buen Cortesano, en que al tiempo que toman los otros las pelotas para jugar, abra él las horas para rezar. Necesario es dejar al niño con sus niñerías, y al mozo con sus mocedades, y al viejo con sus vejedades; porque al fin no podemos desechar la carne que tenemos, ni huir las inclinaciones con que nacimos. A los mozos débenles ir a la mano, a que no sean escandalosos, revoltosos, ladrones, mentirosos, y vagamundos, pues en todo lo demás, es por demás quitarles los pasatiempos. Es también necesario al Cortesano, que entre en Palacio bien vestido, y no mal acompañado; porque los Cortesanos, no miran tanto la sangre limpia donde venimos, como a las ropas, y criados que traemos. ¿Qué vanidad, y aun liviandad puede ser mayor, que no acaten, ni honren a un hombre de buena vida, y acaten, y honren a un malo porque trae un sayo de seda? Téngase por dicho el Cortesano, que ninguno le hará mesura, ni acatamiento por verle noble, y virtuoso, sino por

verle bien vestido, y acompañado. Si tomasen juramento a nuestros mismos cuerpos, yo juro que jurasen ellos que no querrían traer ropas anchas que cogiesen aire, ni querrían faldas largas que hiciesen polvo: mas los galanes hacen anchas las ropas, y las damas traen las faldas largas, porque en la Corte, y donde quiera, no honran a quien viste lo necesario, sino a quien gasta lo superfluo. Al que es en su trato, y vestir hombre cuerdo, tiénenle por mísero, y avaro, y al que es pródigo, y desperdiciado, tiénenle por magnánimo, y generoso. Si por caso el Cortesano fuere en sangre generoso, y en edad mancebo, y en tener muy rico, sería yo de parecer, que el tal se mostrase en el vestir más lúcido que costoso; porque también le notarán de loco, si trae lo que puede comprar. Las ropas débense traer conforme al tiempo, es a saber, para las Fiestas unas que sean ricas, para el Invierno otras que tengan aforros, para el Verano otras de rasos, o damascos, para ir camino otras que sean cortas, y recias, porque la prudencia de un hombre se conoce en el hablar, y la cordura en el vestir. Nuevos trajes de vestir, no cure el pobre Cortesano de los inventar; porque echará a sí a perder, y dará ocasión a los otros de pecar. Hay ya inventadas tantas maneras en el aderezar de comer, y sacadas de nuevo tantas variedades en el vestir, que hay ya Cátedras, y Catedráticos de sastres, y cocineros.

¡Qué mayor vanidad, ni liviandad puede haber en el mundo, sino que las ropas de la madre, no aprovechen a la hija, diciendo que aquellas son viejas, que ya hay otros trajes nuevos! Están las ropas sanas enteras, desapolilladas, limpias, ricas, y bien tratadas, y piden para casarse otras nuevas; por manera, que la nueva locura, siempre pide nueva ropa. Poco aprovecha que la dama, o el galán tengan las ropas sanas, si el seso tienen apolillado. Qué cosa es ver en la Corte a un Cortesano liviano, el cual trae la gorra que no cubre media cabeza, la barba atusada, los guantes adobados, los zapatos hendidos, la capa corta, las calzas estiradas, las mangas harpadas, la espada guarnecida, y por otra parte maldita la blanca trae en la bolsa, y todo lo que trae sacó fiado de la tienda.

Las gualdrapas de las mulas que trajéreis, ni sean tan estrechas, que parezcan escapularios de Frailes, ni sean tan anchas, que parezcan de mulas de Obispos.

Debe también el buen Cortesano traer las gualdrapas limpias, sanas, y no rotas, ni emborradas, ni descosidas, y esto se dice, porque hay algunos que las traen raídas, rotas, y descosidas, enlodadas, y estrechas, y aun molidas a espoladas.

Ninguno con verdad se puede llamar buen Cortesano, sino se precia ser limpio en las ropas que trae, y de ser bien criado en las palabras que dice. Las guarniciones de las mulas débelas traer muy limpias, y mirar que las tiendas no estén quebradas, y no sin causa decimos; porque hay infinitos Cortesanos que jugando echarán de un resto cien doblas, y por otra parte no darán a su

mozo dos reales para unas riendas. A mi parecer, el Cortesano que sufre abrocharse con agujeta sin clavo, y se deja ahumar al fuego, y cabalga con riendas quebradas a caballo, y corta a la mesa con cuchillo boto, digo que el tal es hombre de bajo suelo, o de torpe ingenio. Cuando cabalgare a caballo, trabaje por llevar los jaezes bien puestos, la cola, y las crines bien peinadas, los estribos muy limpios, los aciones recios, la silla bien encorada, y sobre todo a su persona lleve muy asosegada, y queda; porque este nombre de llamarse uno Caballero no nació sino de saber bien cabalgar a caballo. Al tiempo de batir las piernas al caballo guárdese de abajar también el cuerpo, y cuando le arrimare las espuelas, mire no le hiera sino alto, y si fuere corriendo, o estuviere quedo, jamás suelte las riendas de la mano, y en el tropel de la carrera, ni se vaya él meciendo, ni al caballo espoleando; porque correr honestamente a un caballo, a muchos lo he visto presumir, y a muy pocos bien hacer. Hora cabalgue a caballo, hora cabalgue a mula, nunca el buen Cortesano cabalgue bien sin espada, porque de otra manera más parecerá Físico, que anda visitando, que no Caballero que anda ruando. Si por caso alguna señora le rogare que la acompañe para ir a visitar, o que la lleve a las ancas de su mula a ruar no sólo lo debe el buen Cortesano hacer, mas aun a ello se convidar. Mire bien, y no se descuide, al tiempo que tomare de la mano la dama, tenga descalzado el guante, y al tiempo que ella subiere en la mula tenga también quitada la gorra, y si fuere en algo hablando, no vuelva atrás la cabeza; porque caerá en caso de mala crianza. Regla general es entre Cortesanos, que cuando traten con señoras, han de tener mucha paciencia para sufrirlas, y suprema crianza para servirlas. Al tiempo que llevare ruando, o visitando alguna dama, debe ir muy despacio con ella, y si donde ella se apeare fuere larga la plática, debe tener el Cortesano paciencia; porque en caso de parlar, excusado es pensar que las mujeres han de acabar hasta que la noche las vaya a despartir. Debe asimismo el que anda en la Corte, traer los zapatos limpios, las calzas estiradas, las ropas desarrugadas, las espadas guarnecidas, las camisas labradas, y las gorras bien puestas; porque el primor de la Corte es, que los grandes señores anden ricos, y los buenos Cortesanos muy polidos. No sufre traer en la Corte el pantuflo hasta que se rasgue, ni lo rompa hasta que se rompa, ni la camisa hasta que se pudra, ni la gorra hasta que se sude, ni el sayo hasta que se raya, ni el ceñidor hasta que se quiebre; porque el buen Cortesano, no ha de contentar a sí sólo con lo que trae, sino a los otros que lo miran. Ya que se determina de andar en la Corte ha de andar muy bien vestido, o no se preciar de Cortesano, porque en este caso ninguna disculpa se recibe de pobreza, sino que se lo asientan a miseria, e infamia. El buen Cortesano, no ha de ahorrar en la Corte, para ir a gastar a su casa, sino ahorra en su casa para venir a gastar en la Corte. Torno otra vez a decir, que en las casas de los Príncipes, no han de tener ojo los Cortesanos a ahorrar, sino a medrar, y a gastar; porque muy pocas veces acontece, al hombre que no sabe gastar, le

veamos medrar.

Vi en la Corte un amigo mío, que traía cabe la garganta unas pestañas de martas sudadas, y como le preguntase un Portugués gracioso, que qué aforro era aquél; y le respondiese él, que era aforro de martas, replicóle el Portugués: Por Dios vos digo señor Figueroa, que ese vuestro aforro, más parece Miércoles de la Ceniza, que no Martes de Carnestolendas. Sutilmente equivocó el Portugués de Martes a martas, y de martas a Martes: y a la verdad él tuvo mucha razón de no se las loar, sino antes se les ha de afear; porque más honra le fuera a aquel Cortesano aforrar su sayo de unas corderitas nuevas, que no preciarse de unas martas sudadas. Las medallas que trajeren en las gorras, sean ricas en el valor, y muy primas en la hechura: y la invención que en ellas sacare, y el blasón que allí pusiere, ha de ser tal, que si le supieren leer, no le sepan entender. Tanto cuanto las cosas fueren más fundadas sobre cosas vanas, y livianas, tanto han de ser más oscuras, y secretas; porque las humanidades en que los hombres caen, abasta hacerlas, sin que se arrojen a descubrirlas. Es también necesario, que los mozos que anduvieren en su servicio anden también ataviados, y limpios, porque poco aprovecha que traiga sobre sí unos muy buenos vestidos, si los suyos andan hechos pedazos. Hay muchos Cortesanos que traen a sus criados las capas raídas, los sayos rotos, las camisas sucias, las calzas descosidas, y los zapatos hechos pedazos; por manera, que los tristes mozos rompen un mes de sus amos, y tres de sus carnes. No es cordura, sino locura, quiera ninguno tomar más familia de la que ha menester, y puede buenamente sustentar; porque el Cortesano que anda acompañado de muchos criados, y que todos andan desarropados, aquel tal, antes le podemos llamar amo de poner mozos, que no señor de criados. El curioso Cortesano, debe dar a todos, los de su casa acostamiento, y soledad; porque al criado que no está en casa por más de comer, nunca le verán a derechas servir. Si no fuere su sobrino, o hijo de algún legítimo amigo, no reciba a ninguno sin asentarle su sueldo; porque los tales serle han al cabo del año muy más costosos, y andarán más descontentos. En el tomar de mozos que le sirvan, y de criados que le acompañen, si por caso le ofrecieren hijos de amigos, o de criados, o de vecinos, o de sus propios hermanos, mire, y tantee mucho antes que los tome, si le conviene tomarlos; porque después de recibidos, ha de sufrir las travesuras de los mozos, o cobrar a sus padres por perpetuos enemigos. Grande trabajo tienen, los que algo tienen, en esto de los criados; ¿por qué quieren que sufra yo a su hijo, lo que él no le puede sufrir siendo su padre?

No se contenta un padre con que le reciban a su hijo, y hagan tan buen tratamiento como si fuese deudo, sino que si el mozo sale avieso, y travieso, quiere su padre que os hagáis vos a la condición del mozo, si el mozo no se quiere hacer a la condición vuestra. A los criados que el [149] Cortesano

tuviere, no sólo trabaje en darles bien de vestir, mas aun darles bien de comer:

porque los criados que andan hambrientos, sirven poco, y murmuran mucho. Mozos inquietos, bulliciosos, revoltosos, acuchilladizos, y aun arrufianados, no los debe recibir, ni en su compañía sufrir: porque los tales ponerle han en revuelta cada día su casa, y habrá muchos enojos con la justicia. No consienta el buen Cortesano, que en su casa haya naipes, ni dados, para con que sus criados jueguen: porque los más de los mozos que se andan a estos juegos, comienzan en jugar, y acaban en hurtar. Guárdese el Cortesano, de dar grandes voces cuando riñere con sus criados, como lo suelen hacer los mesoneros; y venteros: porque más afrenta es a él dar voces, que no a sus criados oír malas palabras. Guárdese también de llamar a sus criados borrachos, y ladrones, y bellacos ni Judíos:

porque estas, y otras semejantes palabras, castigan poco, y lastiman mucho. A los oficiales, y criados que tuvieren en su servicio, si no les pudieren hacer mercedes, a lo menos páguenles muy bien las quitaciones, porque de otra manera podría ser que levantasen la queja sus criados, y después fuese a morir en poder de sus enemigos. No hay en el mundo enemigo tan pernicioso, como el criado que está de su señor descontento, porque aquel como es ladrón de casa, sabe ya qué pieza falta en el arnés, para por allí asestar la saeta. A la hora que un Cortesano sintiere que un criado se le amotina, o le dé lo que demanda, o le despida de su compañía, porque si esto no hace, hale de malsinar con los suyos, e infamar con los extraños. Sobre todas las cosas dichas debe advertir el Cortesano, en que las cosas secretas de la honra mire mucho de qué criados las fía: porque en este caso se suelen muchos engañar, y aun burlar, en que fían de un hombre la hacienda, y no confían de un hombre, sino de muchacho la fama.

Cuanto el negociar fuere más humano, y liviano tanto menos le debe fiar, ni encomendar de ningún hombre, ni muchacho, porque si esto no hace, dende ahora le adivino, que primero sea él infamado, que el negocio venga a efecto. Debe también el curioso Cortesano, tener muy limpia su cámara, y muy barrida su posada: porque la limpieza, y la crianza, son grandes pregoneros de la nobleza.

En la cámara donde él duerme, debe estar siempre la cama hecha, la antepuerta echada, la ropa cogida, la alfombra tendida, y el servicio alzado, y todo muy bien perfumado, que parezca se está riendo. Hay algunos en la [150] Corte tan poco limpios, y tan mal ataviados, que si los miran, más parecen sus posadas tiendas de buhoneros, que cámaras de Cortesanos.

CAPÍTULO IX

DE LA SAGACIDAD QUE HA DE TENER EL CORTESANO EN EL SERVIR A LAS DAMAS, Y EN EL CONTENTAR A LOS PORTEROS.

Guárdese el buen Cortesano de ir a importunar la justicia, sobre causa que sea injusta; porque si se la niega, volverá con afrenta, y si se la concede con conciencia. En pleitos, y debates que haya entre los Eclesiásticos, por ninguna manera se entrometa entre ellos; porque en el punto de la justicia son muy delicados, y en la determinación muy escrupulosos. Muchas torres había en Jerusalén, a donde el demonio pudiera llevar a Cristo a derrocar, mas no quiso sino al Pináculo del Templo llevarle a despeñar: de lo cual se infiere, que más quiere el demonio un pecado que toque a la Iglesia, que diez cometidos en el mundo. Cuando al Cortesano no le fuere muy nota la justicia, no cure en el rogar encargar su conciencia: es porque hablando al juez una pal el juez escribiéndole una carta; y no él a las veces, en más tiene el juez una carta del Privado, que no el texto del Derecho. De tal manera escribid señor las cartas de favor que os pidieren, que por ellas conozca el juez, que rogado rogáis, y no que aficionado escribís; porque de otra manera, lo que se le escribe por cumplir, pensará que es para que de hecho lo haya de hacer. La advertencia, y templanza que ha de tener el Príncipe en lo que manda, ha de tener el Privado a lo que niega; porque a las veces con más prontitud se nace, lo que el Privado ruega, que no lo que el Príncipe manda.

Asimismo cuando el Cortesano topare en la calle con algún Caballero, váyase con él hasta su posada, y si porfiare que os hayáis de volver, porfiad vos con él de le acompañar; por manera, que lo que os llevare en renta, le excedáis vos en crianza. Este acompañamiento le entiende cuando va algún Caballero ruando de propósito, y no cuando va solo y ahorrado, que en tal caso débesele todavía convidar, mas no porfiar a querer con él ir; porque de otra manera, más le tenían por pesado, que por bien criado.

Cuando el Cortesano fuere acompañado algún señor por la Corte, no cure de mirar en pundonores con otros Cortesanos, para si ha de ir más adelante, o más atrás que no ellos, porque a sentirlo el señor que va acompañado, podría ser que lo que había de recibir en servicio tomarse por ofensa. Muy poco sabe qué cosa es honra el que en semejantes vanidades, y liviandades la busca; porque el Cortesano cuerdo, y curioso, no ha de buscar el buen lugar entre los que van cabalgando sino entre los que están cabe el Rey privando. Al tiempo que el tal señor llegare a Palacio, apeaos vos antres que él se apee, y al tiempo que saliere de Palacio, cabalgue antes que vos cabalguéis; porque de esta manera, podéis os hallar cabe él cuando se apea, y después ayudarle cuando cabalga. Si al tiempo de entrar por alguna puerta, se descuidasen los criados del señor de alzar el antepuerta, debe el solícito Cortesano arremeter a alzarla; porque en Palacio tanto vale a las veces señalarse otro en la crianza como fuera de

Palacio señalarse otro en la guerra. Ya que se determinó el Cortesano acompañar a algún gran señor hasta Palacio, es ley de Corte, que le torne acompañar hasta su aposento, porque haciéndolo así, mucho más agradecerá el señor el aguardarle que no el acompañarle. Si algún su igual, y aunque sea algo menor, viniere a hablar al Cortesano, es primor de crianza, que hasta que se ponga la gorra, no le debe dejar decir palabra, porque es tan gran preeminencia hablar uno con otro la gorra quitada, que no se sufre sino entre Rey, y vasallo, y señor, y siervo.

Debe el buen Cortesano hablar a quien le habla, hacer reverencia a quien se la hiciere, y quitar la gorra a quien se la quitare, y esto ha de ser sin tener respeto a que el otro sea su amigo, o enemigo, porque en caso de crianza a ninguno ha de tener por tan enemigo, para que la enemistad le desobligue a ser bien criado. Más es de plebeyos que de Caballeros, querer mostrar su enemistad en tan bajos casos; que a la verdad el buen Caballero no ha mostrar su enemistad que tiene en su corazón, el quitar, o no quitar de la gorra, sino en el tomar y arrojar de la lanza. Cuando en la Iglesia, o en Palacio o en la Capilla Real estuviéreis asentado, y sobreviniere algún Caballero, levantaos luego, y convidadle con vuestro asiento y si por caso no hubiere para él otro lugar, y el vuestro no quisiere tomar, a lo menos porfiad a partir con él la silla, porque él parta con vos el corazón. Si los que estuvieren cabe vos asentados comenzaren a hablar muy paso levantaos, o apartaos de ellos un poco; porque en Palacio tienen por muy gran falta de crianza, ose ninguno estar escuchando lo que están otros en secreto hablando.

Debe el Cortesano tomar amistad con los porteros de cadena, porque dejen entrar en el zaguán a su mula; y lo mismo debe hacer con los Porteros de la sala, porque traten bien a su persona, y el conocimiento que ha de tomar con ellos es, dándoles entre año alguna buena comida, y en la Navidad un buen aguinaldo. El que en Palacio no tiene a los Porteros conocidos, y aun servidos, tenga por dicho que los de la sala se harán detener en el corredor, y los de la cadena apearse en el lodo. Con los Porteros que son de cámara, hase de haber de otra más alta manera, es a saber, visitarlos, y granjearlos, dándoles alguna sortija rica, y alguna pieza de seda, y si esto hace, ellos se meterán en la Cámara, y le procurarán con el Rey audiencia. A los ballesteros de mesa, no se pierde nada tenerlos contentos, y ganados por amigos; porque muchas veces nos pueden hacer lugar, para llegar al Rey a negociar. Es tan dificultoso, y aun costoso hablar a los Príncipes, que si a todos estos que hemos dicho, no tenemos ganados, y servidos, antes que a Palacio vamos, darnos han con las puertas en los ojos, y tornarnos hemos a nuestras posadas corridos. Tomar el Cortesano conocimiento con las damas de Palacio, más es de voluntad, que no de necesidad aunque es verdad, que el galán que no sirve en la Corte una dama, más se lo imputarán a cortedad, que no a gravedad. El que es mancebo,

y libre, y rico, honesto pasatiempo le es servir a una dama en Palacio: mas el que es pobre, y desfavorecido, guárdese de tener amores con damas, ni conocimiento con Monjas: porque el oficio de la dama es pelar al que la sirve, y el de la Monja pedir al que la visita. El que se ofrece a servir a una dama, ofrécese a guardar una Religión muy estrecha, porque ha de estar cabe ella de rodillas, delante de ella en pie, tener siempre quitada la gorra, no hablar sin que ella lo mande, si le pidiere algo, dárselo, si le mostrare mal gesto, sufrírselo: por manera, que en ninguna cosa se ha de ocupar, ni a su hacienda emplear si no es en a su dama servir. El Cortesano que es casado, no es lícito a ninguna dama conocer, ni tampoco es a ella honesto dejarse de ningún casado servir; porque los tales amores, más son para que él burle de ella, y ella coheche algo de él. Guárdese el Cortesano de alguna dama servir, con la cual buenamente no se puede casar; porque muy gran lástima, y no pequeña afrenta le sería, que habiéndole a él costado tanto la huerta, delante de sus ojos comiere otro la fruta. Si la dama a quien servía era en sangre generosa, en rostro hermoso, en condición mansa, en la conversación graciosa, y en el traje aseada: téngase por dicho, que nunca del corazón le saldrá aquella lástima, mayormente si de todo corazón la servía.

Mucha diferencia va de perder lo que tenemos a perder lo que amamos, porque el corazón si pierde lo que tiene, pésale: mas si pierde lo que ama, llóralo.

Guárdese el curioso Cortesano, cosa que su dama le haya dicho o entre él, y ella haya pasado, no ose a nadie descubrir; porque tienen de condición las mujeres, que de cosa que ellas hagan, no se ha de saber, y el secreto que de ellas se fía, no lo saben encubrir. Entre las damas, y los galanes está capitulado, que cuando ella fuere la haya de acompañar, si de camino comprare algo, háselo de pagar, si volviere a la posada de noche, hala con hachas de servir, cuando se mudare la Corte, débele el plato hacer, si alguno la injuriase, conviene sus injurias vengar; si cayere mala, mil regalos la ha de hacer, si pusieren cartel de justa, conviene entre los primeros firmar; por manera, que ninguna cosa ha de dejar de hacer por ella por temor de la vida, ni aun por falta de hacienda.

Con verdad luego podemos decir, que se mete en Religión muy estrecha, el que se obliga a servir una dama: ya que el buen Cortesano se dio por servidor de una dama, guárdese mucho, no tome pendencias con otra, porque si lo hace, entre ellas nacerá gran discordia, y asimismo ponla en muy gran confusión. Propiedad es de mujeres, que para aborrecer a uno se junten ciento más para amarle no se compadecerán dos. Debe asimismo el buen Cortesano trabajar las más veces que pudiere al comer, y al vestir del Rey: lo uno porque se le tendrá en servicio, y lo otro, porque habrá disposición para hablar en algún negocio.

Cuando se vistiere, o comiere el Rey, guárdese el Cortesano de allegar a la

mesa que come, ni de topar en la ropa que viste; porque ninguno ha de ser osado tocar en las ropas Reales, sino el maestresala. Si a la hora del comer, o a la hora del vestir, se hallaron truhanes, y dijeren algunas burlas, guardaos de dar delante del Rey grandes risadas: porque al Príncipe, tanto le agradará la gravedad vuestra, como la liviandad suya.

A los truhanes, ni los debe tener el honesto Cortesano por amigos, ni aun por enemigos; porque para tomarlos por amigos son inhonestos, y para tenerlos por enemigos son muy boquirrotos. No cure el buen Cortesano de atravesarse con los truhanes, ni con los chocarreros, porque muchas veces vemos, que no nos aprovecha tanto la amistad de un cuerdo, cuanto nos daña la enemistad de un loco. Si les quisiere dar algo, sea de manera que a ellos tape la boca, y él no dañe a su conciencia: porque el Caballero que se precia más de Cristiano que de Cortesano, otro tanto debe dar a los pobres, porque rueguen a Dios por él, cuanto da a los truhanes, porque digan ante el Rey bien de él. Cuando el Rey estornudare, quitad luego la gorra, y haced una profunda reverencia, y guardaos de decir a voces, Dios te ayude, porque el hacer de la mesura, es primor de Cortesano, y el decir Dios te ayude, es costumbre de plebeyo. Si por caso en la ropa que lleva el Príncipe estuviere algún pelo, o pulga, o chinche, u otra cosa que sea sucia, y no ponzoñosa, quítesela su camarero, y no ningún Cortesano:

porque a los Príncipes ninguno ha de ser osado a los tocar, sino es en caso de los defender. Cuando el Rey come, no cure el Cortesano de entrar en la cocina, ni menos de arrimarse al aparador: porque ya podrá ser, que él se allegase allí no más de por ver, y otros a otra cosa con malicia lo quisiesen juzgar. Si el Príncipe fuere amigo de cetrería, debe el buen Cortesano tener buenos halcones; y si fuere inclinado a montería, proveerse de buenos lebreles, y cuando fuere con él a cazar, o a montear, así le sirva en aquella jornada, que para el Rey busque caza, y para si caze privanza. Andando en la furia de montería, suelen los Príncipes perderse corriendo en pos de alguna bestia: y en tal caso debe el buen Cortesano tener ojo, mas a perseguir al Rey, que no a correr la caza, porque mejor caza, es para él, caer él con el Rey solo, que no caer el Rey con el venado. Puede también acontecer, que yendo el Rey corriendo por las breñas de la montaña, tropezase su caballo, y diese con él en el suelo, y en caso tan desastrado, no le sería dañoso hallarse allí el buen Cortesano: porque podría ser de caer el Rey, viniese él a se levantar. Suelen los que van a caza, ser en el comer muy desordenados, y en el beber muy destemplados, y aun en dar voces muy atrevidos: las cuales cosas no debe hacer el Cortesano cuerdo, y grave porque aquellos deshonestos regocijos, más son para hombres viciosos que quieren holgar, que no para Cortesanos que quieren privar.

CAPÍTULO X

DE LOS GRANDES TRABAJOS QUE PADECE EL CORTESANO QUE TRAE PLEITO Y DE LA MANERA QUE HA DE TENER CON LOS JUECES.

En las Cortes de los Príncipes hay un género de Cortesanos, los cuales no son de los que siguen el Palacio, mas son de los que pleite ni en el Consejo, y estos tanta necesidad tienen de ser aconsejados, como remediados: porque todos los que traen en aventura la hacienda, traen también en tormento la vida. Querer hablar en materia de pleitos, no es cosa para escribirse con tinta negra, sino con sangre viva: porque si cada pleiteante padeciese por la Santa Fe Católica, lo que padece pleiteando por su hacienda, tantos mártires habría en la Cancillería de Valladolid, y Granada, como hubo en los tiempos pasados en Roma. Para mí yo por grave género de martirio tengo tener paciencia en un pleito que sea largo. A buen seguro podremos jurar, que hubo en la primera Iglesia a muchos mártires, los cuales no sintieron tanto quitarles la vida, cuanto siente hoy un hombre de bien verse despojar de su hacienda. Enojoso, y costoso es el pleitear, mas al fin de estas dos cosas, sin comparación siente más un hombre cuerdo los enojos que cobra, que no los dineros que gasta. A mi parecer no es otra cosa querer tomar pleito, sino dar al corazón que suspire, a los ojos que lloren, a los pies que anden, a la lengua que se queje, a las manos que gasten, a los amigos que rueguen, a los criados que soliciten, y al cuerpo que trabaje. El que no sabe qué cosa es pleito, sepa que las condiciones del pleito son, del rico tornar pobre, del alegre triste, del libre siervo, de natural extraño, de generoso apocado, de pacífico inquieto, de inquieto aburrido, y de aburrido desesperado.

¿Cómo no ha de estar desesperado el triste pleiteante, viendo que el Juez le muestra mala cara le piden injustamente su hacienda, ha tanto tiempo que está fuera de su casa, no sabe si darán por él, o contra él sentencia, y sobre todo, que no tiene ya blanca en la bolsa? Cada trabajo de estos basta para a un hombre acabar, cuanto más para le hacer desesperar. Son tantos, y tan varios los sucesos que hay en los pleitos, que a las veces, ni basta cordura para guiarlos, ni aun hacienda para acabarlos. Osaremos con verdad decir, que son entre sí las leyes tan confusas, y los juicios de los hombres para entenderlas tan ofuscados, que no hay hoy en el mundo pleito tan claro, que no haya una ley para hacerle dudoso: por eso el bien, o el mal del pleiteante está, no tanto en la justicia que tiene, cuanto en la ley que para sentenciar el Juez elige. Bien es que el pleiteante piense que tiene justicia, mas el principal de su pleito, es que desee el Juez que la tenga: porque el Juez que desea que yo tenga justicia,

él buscará leyes por donde me la haga. Es el pleitear una ciencia tan profunda, que ni Sócrates a los Atenienses, ni Solón a los Griegos, ni Numa Pompilio a los Romanos, ni Prometeo a los Egipcios, ni Licurgo a los Lacedemones, ni Platón a sus discípulos, ni Apolonio a los Mensicosuates, ni Hiarcas a los Indios, nunca la supieron enseñar ni aun la hallaron para en los libros de sus Repúblicas la escribir. La causa por que no hallaron estos varones tan ilustres el arte de pleitear fue, porque esta ciencia no se aprende estudiando en diversos libros, ni andando en diversos Reinos, sino ordenando grandes procesos, y gastando infinitos dineros. Felices, y bienaventurados fueron aquellos siglos, en los cuales no alcanzaron, ni supieron qué cosa eran pleitos, porque a la verdad, desde aquel tiempo se comenzó el mundo a perder, donde el cual comenzaron los hombres a saber pleitear. Decía el divino Platón, que en la República donde había muchos Médicos, era señal que había muchos viciosos: y por semejante podemos decir, que en la Ciudad donde hay muchos pleitos, es indicio que hay muchos hombres malos. Sola aquella se puede llamar bienaventurada República, en la cual están ociosos, y no tienen que hacer en ella los ministros de justicia, y a la verdad donde quiera que viéremos a los Jueces muy embarazados, y a los Médicos muy ocupados, señal es que hay en el Pueblo poca salud, y aun poca paz.

Tornando pues a los trabajos de los pleiteantes, digo, que los discípulos del Filósofo Sócrates, no eran obligados a callar en Atenas sino dos años: mas los tristes pleiteantes han de callar diez años, si diez años los duran los pleitos, porque dado el caso que el Juez le hace algún notable agravio, ha de decir que es el mejor hecho del mundo. Si por malos de sus pecados el pleiteante no quisiere este consejo tomar, téngase por dicho, que luego se le conocerá al Juez en la cara, y después se lo dará a sentir en la sentencia. Dicen que los pleiteantes son muy pecadores, yo digo que son unos santos, porque de siete pecados mortales, de solos tres se pueden acusar, que en los otros cuatro aun no los dejan pecar. ¿Cómo ha de pecar el pleiteante en el pecado de la soberbia, pues siempre anda abatido, y corrido de casa en casa? ¿Cómo ha de pecar el pleiteante en el pecado de la avaricia, pues no le ha quedado un real para proveer su casa, ni para gastar en la Cancillería? ¿Cómo ha de pecar en el pecado de la accidicia y pereza, pues toda la noche no la emplea sino en suspirar, y todo el día no se ocupa sino en trotar, y negociar? ¿Cómo ha de pecar el pleiteante en el pecado de la gula, pues ya se contentaría el triste con tener no más de para comer, sin que le dejasen para almorzar, ni merendar, ni aun para banquetear?

En lo más que pecan los pleiteantes es, en el pecado de la ira, que a la verdad no hay pleiteante que tenga paciencia: y que no tenga sufrimiento ni paciencia no nos habemos de espantar, ni maravillar, porque si al cabo de medio año le sucede una cosa que le dé placer, cada semana le sobrevienen tres, o cuatro

que le hacen desesperar. Pecan asimismo los pleiteantes en el pecado de la envidia, que a la verdad no hay hombre que traiga pleito, que no sea envidioso, porque ve el triste del pleiteante, que despachan al que no ha sino dos meses que vino, y no despachan el suyo que ha dos años que pleitea. Pecan asimismo los pleiteantes en el pecado de la murmuración, porque no hacen sino quejarse de la parcialidad del Juez, de la tibieza del Relator, del descuido del Letrado, de la negligencia del procurador, de los derechos de escribano, del desabrimiento de los porteros, y de la presunción de los receptores, por manera, que son muy propincuos parientes el pleitear, y el murmurar. Fueron los Egipcios heridos con diez plagas, y fueron los míseros pleiteantes lastimados con diez mil, y la diferencia que va de las unas plagas a las otras es, que las de Egipto fueron dadas por la providencia divina, mas las de los pleiteantes inventólas la malicia humana. No inméritos decimos, que es invención humana, y no divina el pleitear, porque poner la acusación, dar traslado a la parte, alegar excepciones, negar la demanda, recibir a prueba, tachar testigos, concertar el proceso, poner en relación, retener la causa, alegar de bien probado, recusar al Juez, suplicar en revista, y apelar con mil quinientas doblas, cosas son éstas, y otras semejantes que ni las manda Dios en el testamento viejo, ni Cristo nuestro Redentor en el Evangelio. Las plagas de Egipto, aunque fueron en perjuicio del señor de los Egipcios, fueron en provecho de la libertad de los Hebreos: mas hay de los tristes de los pleiteantes, los cuales con las plagas que sufren, dejan en las Cancillerías infernadas las ánimas, y no llevan libertadas las haciendas. Las plagas de Egipto fueron éstas, es a saber, ríos de sangre, ranas, mosquitos, ganados muertos, granizo, vejigas, langosta, tinieblas, moscas, y muertes de primogénitos. Las plagas de los pleiteantes son, servir a los Presidentes, sufrir a los Oidores, pagar a los escribanos, halagar a sus escribientes, contentar a los Letrados, andar tras los Relatores, granjear a los porteros, buscar dineros prestados, andar por casas ajenas, y solicar a los solicitadores. Todas estas plagas son muy fáciles de contar, y muy difíciles de sufrir: porque después de gustadas, y sabidas, basta que un hombre cuerdo quiera más perder un pedazo de su hacienda, que no pedirla por tela de justicia.

Rostro alegre, palabras, y promesas largas, téngase por dicho que no le han de faltar, mas obras buenas por maravilla con ellas ha de topar, y por esto le es necesario al pleiteante, buscar ante todas las cosas la gracia de Dios para se salvar, y junto con ella la del Presidente para pleitear. El pleiteante que no tuviere el Juez por propicio, guárdese del demonio de no en su estrado comenzar pleito, porque a mejor librar, o le tolera la justicia, o le dilatará la causa.

Ni me da más que sean viejos, o que sean mozos los Jueces, que con unos, y con otros tienen gran trabajo los pleiteantes: porque si son viejos, tienen gran

trabajo hasta hacerles el pleito oír, y si son mozos hay también trabajo, hasta darles el pleito todo a entender. Pásase otro muy gran trabajo con los Jueces muy viejos, y es, que como están ya enfermos, y enfermos, y cansados, no pueden aunque quieran estudiar los pleitos, y como han perdido la memoria, y se confían en la experiencia pasada, atrévese a votar un pleito de coro, el derecho del cual aún apenas hallarían estudiando. No querría yo que el Juez al tiempo de sentenciar mi pleito, se aprovechase solamente de lo que estudió el tiempo pasado: porque para hacer los procesos basta tener experiencia, mas para dar sentencia querría que estudiase la causa. También es trabajo tratar con Jueces muy mozos, a los cuales por fama de Letrados los sacan de los Colegios: y como los Jueces mozos, y los Médicos nuevos tienen la ciencia, y no tienen la experiencia, primero que vengan a ser grandes hombres, quitan a muchos las vidas, y a muchos más las haciendas. Hay otro peligro con los Jueces nuevos, y es, que como vienen de nuevo a la judicatura, y traen en los labios la ciencia, querrían ellos ganar con sus compañeros honra, y para esto tienen por uso, que al tiempo que se juntan a votar los pleitos, no se ocupan sino en allegar opiniones de Doctores por manera, que muchas veces estudian más para ostentar su ciencia, que no para averiguar el punto de la justicia. Para en hecho de tomar pleito, paréceme que ninguno debe confiar de la experiencia del Juez viejo, ni de la ciencia del Juez mozo, sino que tengo por cuerdo al hombre que hace con tiempo una honesta avenencia, y no esperar una larga sentencia.

Aviso también al pleiteante, no cure examinar quién es el Juez, es a saber, si es viejo, o mozo, si es Licenciado, o Doctor, si estudió poco, o mucho, si es callado, o boquirroto, si es aficionado, o apasionado: porque podría ser que él preguntase algunas de estas cosas por inadvertencia, y después le lloviese la tal pesquisa en su causa. El prudente pleiteante, no sólo no lo debe preguntar, mas si se lo quisieren decir, no lo debe oír, porque el Juez que supiere que anda pesquisando su vida, de muy mala gana le dará sentencia. Hallará el pleiteante algunos Jueces, que son ásperos, sacudidos, despegados, briosos, incomunicables, e inexorables, y en los tales no miren la condición que muestran sino la conciencia que tienen: porque al pleiteante muy poco se le ha de dar que el Juez sea de condición áspera, si tiene de él certinidad que es de buena conciencia. Es necesario en el Juez que tenga ciencia, y tenga conciencia:

porque si tiene ciencia, y no tiene conciencia, pecará por malicia, y si tiene conciencia, y no tiene ciencia, pecará por ignorancia. Si el pleiteante hallare que el Juez duerme, hale de aguardar; si por entonces no le quisiere dar audiencia, conviénele callar, si por caso se hiciere negar que no está en casa, débelo disimular, si le dieren alguna mala respuesta, hala de sufrir, porque el cuerdo pleiteante, ninguna cosa debe tomar por injuria, hasta ver si da por él la

sentencia.

Tiene también el pleiteante muy gran trabajo en el tomar del Letrado en que algunas veces topa con uno que ni tiene ciencia, ni conciencia, y otras veces topa con otro, que si por una parte es buen Letrado, por otra es un desalmado, y atronado, y vese esto claro, en que por intereses de diez doblas, tan sin asco impugnan la verdad, como defienden la justicia. Hay algunos Letrados, que a la verdad son doctos, y bien leídos, mas para aplicar las leyes al propósito, son muy rudos, y de aquí viene, que remotan a las veces de tal manera las causas, que en pleitos muy claros ponen muy grandes escrúpulos. Bien es que el Abogado que tomare el pleiteante sea Letrado, mas muy más provechoso le sería, que fuese de claro, y muy limpio juicio: porque no abasta que mi Letrado sepa solamente la ley leerla, y entenderla, sino que ha de saber también buscarla, y aplicarla. A infinitos Letrados veréis cada día, los cuales en las Cátedras que leen son unas águilas, y en las audiencias que abogan, son unas bestias, y la causa de esto es: porque el saber leer en Cátedra, aprendiéronlo a fuerza de estudio, más el no saber abogar en la Audiencia es por falta de juicio. Para que los pleitos vayan bien encaminados, es necesario, que el Letrado sea de claro ingenio, y también que el pleiteante sea escaso, porque jamás ningún Letrado estudia pleito, si no es del que espera ser bien pagado. De la manera que se ha el Médico con el paciente, de aquella misma manera se ha el Abogado con el pleiteante, es a saber, que si no bulle a menudo la moneda, al uno se le da poco porque su enfermo viva, y al otro mucho menos porque su parte venza. Los trabajos, y enojos, y robos, y cohechos que pasan entre los pobres pleiteantes, y sus procuradores, y escribanos, y porteros, y receptores, y sellos, y registros, no los deja mi pluma de contar, por falta que no haya que decir, sino porque es materia tan odiosa, y escandalosa, que es más, para se remediar, que aquí para la escribir. Hablando, pues, más en particular, debe el buen Cortesano conocer en la Corte al Presidente, y Oidores, y Alcaldes, Secretarios, Alguaciles, y no cure de hacer cuenta si son en sangre limpios, en el tener pobres, en la condición mansos, y en el tratamiento apocados: porque en tal caso no se ha de mirar la poquedad de sus personas, sino la grande autoridad de sus oficios. Ora por negocios que son propios nuestros, ora por travesuras de nuestros criados, ora por importunidades de nuestros amigos, no puede ser menos, sino que hemos siempre de tener que rogar a los Jueces, y que importunar a las justicias: y para semejantes necesidades es muy gran cordura, que el buen Cortesano los tenga conocidos, y aun servidos, y prendados. A las veces, primero los hemos de visitar, conocer, comunicar, y granjear, que no importunar: porque a mi parecer al Juez que no tenemos servido, ni aun conocido, muy gran frialdad es hacerle ningún ruego. Débese el Cortesano guardar de ser tan manual con sus amigos, que con cada cosa le hagan ir a la justicia con ruegos, y esto se dice, porque hay algunas personas tan inconsideradas, que tienen a los jueces tan

importunados en cosas pequeñas, que después les pierden la vergüenza en cosas graves. Hay unos que negocian con importunidad, y otros con gravedad, y en tal caso osaría yo decir, que la importunidad pertenece a los solicitadores, y la gravedad a los Caballeros. Bien es, que el pleiteante Cortesano sea en sus negocios solícito, y cuidadoso, mas guárdese de ser en el negociar pesado; porque si los jueces lo huelen por importuno, ni le darán audiencia para negociar, ni aun la puerta para entrar. Cuando fuéreis a casa de un juez, si pudiéreis negociar en pie, no curéis de os asentar: las palabras que le dijéreis sean pocas, y el memorial que le diéreis sea breve, porque seréis por entonces muy bien oído, y dejaréis al juez para adelante prendado. Cuando el juez estuviere enojado, o muy ocupado, no curéis de hablarle en ningún negocio; porque dado caso que se asiente a os oír a negociar, es imposible que os pueda entender. Es también de saber, que ni porque el juez sea sacudido, y desabrido no debe el pleiteante dejar de le hablar, y conversar; porque muchas veces vemos, que la condición mala se vence con la conversación buena. Yendo yo una vez con un pleiteante en la Corte, a rogar que despachasen su pleito, y le guardasen su justicia, respondiónos el juez que a él le placía de lo despachar, en lo que tocaba a su justicia, él juraba, y perjuraba que se la guardaría: a lo cual le respondió el pleiteante: Señor, yo os tengo en merced el quererme despachar, mas cuanto a lo que decís que queréis guardar mi justicia, apelo de la sentencia; porque yo no ando tras vos a que me la guardéis, sino a que me la deis, que si una vez vos me la queréis dar, yo me la sabré guardar. Finalmente después de todo lo dicho, digo que quien quisiere maldecir a su enemigo, y tomar venganza del enojo que le ha hecho, no le desee ver pobre, ni perseguido, ni enemistado, ni muerto, ni desterrado, sino que solamenta ruegue a Dios nuestro Señor, que le dé pleito, porque de ninguno se puede tomar otra semejante venganza, como es verle pleitear en la Cancillería.

CAPÍTULO XI

EN EL CUAL VUELVE EL AUTOR EL ESTILO, Y HABLA CON LOS PRIVADOS AVISÁNDOLES QUE EN LOS TRABAJOS SEAN SUFRIDOS Y EN LA REPÚBLICA SEAN PARCIALES.

Muy sobre aviso debe vivir el Cortesano (especialmente un poco generoso, o Privado) en sufrir injurias, y en no decir a nadie palabras injuriosas; porque los oficiales de los Príncipes con ninguna cosa pueden asegurar sus oficios, como es con hacer bien a unos, y sufrir injurias de otros. Acontece que un negociante con verse gastado, y despechado, se arroja a decir palabras feas, y a formar muy graves quejas de los Oficiales del Rey: en tal caso no debe el

Cortesano responderle con ira, ni menos hablarle con saña, porque un hombre que presume de honra, más afrantado va de las palabras feas que le dijeron, que no de las mercedes que le negaron. Los que acerca de los Príncipes son muy aceptos, conviéneles sobre todas las cosas ser muy sufridos; porque todo lo que los negociantes no pueden alcanzar, no echan la culpa al Príncipe que lo niega, sino al Privado que no lo procura. El trabajo de las Cortes de los Príncipes es, que aunque esté uno pacífico le inquietan, aunque esté desapasionado le apasionan, diciéndole, que fulano ha puesto en él la lengua, y que fulano ha hablado mal en su fama, las cuales cosas debe el buen Cortesano oír con paciencia, y disimularlas con cordura; porque al hombre cuerdo no le han de dar pena las palabras feas que le dicen, sino las obras malas que le hacen. No se engañe el que es Cortesano, y Privado, con pensar que en tornar por unos, y hacer mercedes a otros que con esto ha de atapar las lenguas que de él no murmure, y los corazones a que no le aborrezcan; porque ninguno lleva tanto contento con lo que le dan a él, como es el descontento que tiene por lo que os queda a vos. En las casas de los Príncipes todos querrían valer, y privar, y mandar, y prevalecer, y como son muchos los que desean, y muy pocos los que lo alcanzan, cosa es muy cierta, que estando no más de uno en la privanza, que ha de reinar en todos la envidia. Cuanto más fueren ricos, y valerosos, y poderosos los que son a los Príncipes aceptos, tanto han de vivir más recatados, y temerosos de los casos fortuitos, pues todos les tienen envidia de lo que pueden, y les desean tomar lo que tienen. En este caso, no fiéis en mercedes, que hayáis hecho, ni en amistades que hayáis trabado; porque ni quiero sacar deudos, ni amigos, ni vecinos, ni cuñados, ni aun hermanos, sino que os tengáis señor por dicho, que todos los que igualmente con vos fueren Privados, han de ser vuestros cordiales enemigos. Sobre pundonor, de mandar Pompeyo, se levantó contra su suegro Julio César, y Absalón contra su padre David, y Rómulo contra su hermano Remo, y Alejandro contra su amo el Rey Darío, y Marco Antonio contra su amigo César Augusto; por manera, que la rabiosa ira, cuando se enciende sobre cosa de mandar, ni se apacigua con el dar, ni menos con el rogar. Podréis, señor, ser libre de hambre, de frío, sed, calor, guerra, pobreza, y pestilencia, y aun de todos los trabajos, excepto de las lenguas de los envidiosos; porque tan anexa es la envidia a la privanza, como la sed a la calentura. En este caso ahorrará el Cortesano muchos enojos, sino quiere dar orejas a hombres parleros, y para atajar todo esto es saludable premio, que conozca en vuestra cara, y aun en vuestra respuesta, que tomáis más enojo de veníroslo a decir ellos, que no de haberlo murmurado los otros. Por cosa que hayan dicho de vuestra persona, nunca os desasoseguéis, ni en palabras malas prorrumpáis; porque después que se os quitare el enojo, más pena os darán las palabras malas que dijistes, que no aquel a quien las dijistes. Divina más que humana virtud es, refrenar la lengua en el tiempo que está el corazón con ira; porque después muchas veces acontece, que lloramos en el

reposo lo que hubimos dicho con enojo. Si de palabras que dicen, y de cosas que inventan, ha de hacer el Cortesano cuenta, será para que siempre viva una vida muy penada; porque las Cortes de los Príncipes, no están llenas sino de lenguas malignas, y de entrañas dañadas. Pues no es en manos de hombres represar los corazones a que no aborrezcan, ni tampoco atajarles las lenguas a que no hablen: sería yo de parecer, que todo el mal que dijeren de nosotros, lo tomemos por parlería, y que no le imputemos a injuria. Decía Séneca (y por cierto bien) que no hay igual venganza de la palabra injuriosa, como es hacer burla de ella. Más es de mujeres, que no de hombres, querer vengar palabras con palabras; pues el corazón generoso, y el rostro vergonzoso, no las manos en la lengua, sino la lanza en las manos ha de tener. ¡Oh cuántos hemos visto en las Cortes de los Príncipes, y aun fuera de ellas, los cuales no por más, de por vengar una palabra en que iba muy poco, quisieron poner en condición a sí, y a todo su estado, y al fin de la jornada no vengaron lo que querían, y perdieron lo que tenían! Sea pues, la conclusión, que en las casas de los Príncipes, los que quisieren algo privar, y también los que ya privan, si les pareciere, y quisieren en la privanza prevalecer, no curen de hacer cuenta de palabras que les digan, ni de injurias que les hagan, porque los Privados tienen necesidad de sufrirlas, y no licencia de vengarlas. Hasta hoy nunca vi a un hombre que la paciencia le dañase, y he visto a infinitos que por ser impacientes se perdiesen. Es también de saber, que donde quiera que hay congregación de gentes, siempre hay entre ellas diversidad, y aun contrariedad de voluntades; por manera, que acontece en una República, y aun en una casa, que son todos en sangre deudos, y en las parcialidades son enemigos. Cosa es por cierto digna de espantar, ver a padres con hijos, tíos con sobrinos, nietos con abuelos, yernos con suegros, y aun hermanos con hermanos, hechos entre sí tan crueles enemigos, como si los unos fuesen Giles, y los otros Negretes: y esto no por más, de por tener en más la opinión que tomaron, que la sangre que heredaron. Vemos a muchos mancebos Cortesanos que son generosos, los cuales heredaron de sus pasados limpia sangre, porque son honrados, buena hacienda con que son sustentados, generosa parentela de que son acatados, muchos amigos, y criados de que son servidos, y gran reputación para sus casas, por la cual son temidos; y todo esto no obstante, siguen la parcialidad que aborrecieron sus pasados, y aun aborrecen la que seguirían sus padres si fuesen vivos. Más resabio tiene de liviandad, que no de voluntad, dejar ninguno de socorrer a los suyos por favorecer a los extraños; porque no hay tan gran perdición para las casas generosas, como es tomar de nuevo parcialidades peregrinas. El Caballero que sigue, no la parcialidad de su valía, sino la opinión que a él se le antoja, en muy breves días verá consumirse su hacienda, e írsele a lo hondo la reputación de su casa. El fin de decir esto es, para avisar a los oficiales de la casa Real, se guarden de favorecer, y mucho más de sustentar bandos, y parcialidades en la República; porque los Privados

de los Príncipes, más aina se pierden por las opiniones que sustentan, que no por las mercedes que piden. Los criados,y oficiales de la Casa Real, ni porque sean de los Príncipes Privados, no se sigue que en favorecer a unos, y desfavorecer a otros, han de ser señores absolutos; porque los Príncipes si huelgan de darles de su hacienda, no huelgan de que tengan parcialidades en la República. Suelen los que son únicos y únicamente favorecidos, hacer algunos no bien sonantes excesos, con pensar que la sobra de la privanza, hará poner descuido en la culpa, lo cual no deberían ellos por cierto pensar, y mucho menos hacer; porque de tal calidad pueden ser los delitos que cometieron, que puedan los Príncipes darles de lo que tienen; mas no defenderles lo que hacen. Bien veo que en las opiniones de los Cortesanos, que dado caso que el Privado haga todo su poder, es imposible que los traiga todos a su querer: y en tal caso diría yo, que a los que no pudiere atraer a que sean sus amigos, guárdese de darles ocasión que sean sus enemigos. No hay medio, ni razón, ni favor, ni diligencia, para que un Privado se pueda librar de la envidia, mas junto con esto osaríale yo aconsejar, que de tal manera se hubiese en la República, que si tuviesen a la privanza envidia, a lo menos no tuviesen de lo que hace queja, forzosamente han de tener queja el Cortesano que en sus debates, y pendencias ve, que los familiares de los Príncipes entran de por medio no por despartidores, sino por competidores, lo cual saben los tristes bien sentir, aunque no lo osan decir, porque tienen en menos sufrir la persecución del enemigo, que no estar mal con el Privado. Los Privados de los Príncipes no piensan que hacen poco en la República, en favorecer a unos, y desfavorecer a otros, porque los hombres de honra, y de vergüenza, más querrían ver a sí mismos perseguir, que no ver a los Privados a sus enemigos favorecer. No se deben confiar los oficiales, y familiares de los Príncipes, en pensar, que el favor que dan a uno contra otro, es muy secreto, y que no puede ser descubierto: porque no hay cosa tan pública en la República como es lo que hacen los Privados en ella. Los que están agraviados para se quejar, y los que son Privados para se favorecer, ni come, ni duerme, ni bebe, ni juega, ni huelga, ni negocia, ni aun palabra le oyen al Privado decir, que a la hora no la hayan con otros a parlar.

Si bandos, o disensiones se levantaren en el Reino, guárdese el Privado de meter la mano en ellas, y si la metiere sea para apaciguar, y no para más escandalizar: porque si así no lo hace, cuando no catare, los verá a todos entre sí amigos, y contra él declarados enemigos. Los Privados de los Príncipes de tal manera se han de haber con los que tienen entre sí bandos, y competencias, que tengan por bien los unos, y los otros de elegirlos por despartidores, y no que los acusen de competidores. El día que el Privado tomare bandos en la República, o quisiere más arrimarse a una parcialidad que a otra, aquel día pone en peligro su persona, en condición su hacienda, y en aventura su privanza. Abástales, y aun sóbrales a los regalados, y favorecidos de los

Príncipes, los enemigos que tienen por lo que valen, sin que cobren otros de nuevo por lo que hacen. Los Privados que no quisieren ser en la República aficionados, ni apasionados, ténganse por dicho que serán de todos temidos, y [166] servidos. Y si lo contrario de esto quisieren hacer, ténganse por dicho que los enemigos los han de perseguir, porque los persiguieron, y los amigos también se han de quejar de ellos, por lo poco que les favorecieron. No se engañe el Privado en pensar que para competir con todo un Reino, abasta tener al Rey por amigo; porque no es menos, sino que un amigo mucho vale, mas también es de mirar que muchos enemigos mucho pueden, y por eso sería yo de parecer que el hombre cuerdo si tuviere a uno por amigo, se guarde de tener a ninguno por enemigo.

CAPÍTULO XIII

QUE LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES SE DEBEN GUARDAR QUE NO SEAN SOBERBIOS, PORQUE NUNCA CAEN DE SU ESTADO, SINO ES POR ESTE MALDITO VICIO.

El Rey Joroboan heredó de su padre doce Reinos, aunque pequeños, y como los viejos, y honrados de su Reino les aconsejasen, que fuese moderado en coger los tributos, y manso en castigar los excesos, respondióles él: Mi padre os azotaba, no más de con azotes: mas yo no os tengo de azotar, sino con escorpiones, porque el mi más pequeño dedo, es más grueso que todo su hombro. Fue pues el caso, que el Rey Joroboan, por las palabras soberbias que entonces dijo, y por las feas obras que después hizo, perdió once Reinos, y le desampararon todos sus amigos:

por manera, que si creció en dedos disminuyó en Reinos. El Rey Faraón fue tan soberbio, que no contento con lo que Dios le había perdonado, y con las diez plagas castigado, quiso tanto seguir, y perseguir al pueblo Israelítico, que las bravas mares que se hicieron caminos para los Hebreos, se tornaron sepulcros de él, y de sus Egipcios. Estando el gran Pompeyo en Asia como le dijesen que aparejase su gente de guerra, porque iba Julio César a darle la batalla, hirió con el calcanar el suelo, y mostrando muy gran furia, y hablando con soberbia, dijo: Fuera de los Dioses a ninguno tengo de temer de los mortales, porque es tan grande mi potencia para Julio César destruir, que no sólo los Reinos de Asia pelearán por mí, mas aun a la tierra que piso mandaré que se levante contra él.

En lo que paró después la soberbia de Pompeyo fue, que sus aliados perdieron la batalla, sus hijos la hacienda, él la cabeza, Roma la libertad, y sus amigos

las vidas. El Emperador Domiciano, fue en sus costumbres tan vicioso, y en sus pensamientos tan soberbio, que públicamente mandó a los Gobernadores del Imperio, que en sus pregones dijesen estas palabras: Domiciano nuestro Dios, y nuestro Príncipe, manda que se haga esto, y esto; y después en lo que paró la soberbia de este que se llamaba Dios, fue que por consejo de su mujer Domicia, le dieron siete puñaladas en su cama. Plutarco dice, que el Rey Demetrio fue Príncipe tan superbísimo, que no contento con servirse como Príncipe, se hacía adorar como Dios, y a los que venían a negociar con él de Reinos extraños no quería oír, si venían en hábito de Embajadores, sino que habían de ir con vestiduras de Sacerdotes. Aman fue muy gran Privado del Rey Asuero, y como todos los del Reino le sirviesen, y los extraños le acatasen, sólo Mardocheo, no le quería hacer reverencia, ni aun quitarle la caperuza, por cuyo desprecio el Privado Aman, mandó hacer una horca de cincuenta codos en alto, en la cual Mardocheo fuese ahorcado, y él de su injuria vengado. Dios que lo quiso hacer, y fortuna ordenar, donde Aman pensó ahorcar a Mardocheo, Mardocheo ahorcó allí a Aman. Temístocles, y Arístides fueron dos muy esclarecidos varones entre los Griegos, y con ser tales, y tan nombrados Filósofos, y Príncipes, tenían entre sí tanta disensión en el Reinar, y cada uno de ellos tanta codicia en mandar, que Temístocles movido a piedad, de lo que por ellos pasaba la República, dijo un día a voces en la Plaza: Sed ciertos los de Atenas, que si a mi presunción, y a su ambición de Arístides no is a la mano, los Dioses se han de enojar, los templos se han de asolar, los erarios se han de acabar, nosotros nos hemos de perder, y la República se ha de asolar. Queriendo Lucano encarecer la su presunción y soberbia de los Príncipes Romanos, dijo, que ni Pompeyo se compadecía con otro igual en Roma, ni Julio César podía sufrir, que viniese otro mayor que él en el mundo. Para hablar de tan maldito vicio como es la soberbia, no sin gran consideración, habemos querido primero ejemplificarle que no reprehenderle: porque en todas las cosas, mucho más nos mueven los ejemplos que ponemos, que no las razones que decimos. De lo que he visto, y de lo que he leído, y aun de lo que a otros he oído, tengo para mí colegido, que de la cumbre, y risco de la soberbia es, de donde caen, y se despeñan todos los más de esta vida: porque de todos los otros vicios, puede el hombre descender, mas del vicio de la soberbia no puede descender, sino caer. A la tierra le hallan medida, a los mares el profundo, a los montes Rifeos las cumbres, al Algarve Cáucaso el cabo, al Río Nilo el principio, sólo al corazón del hombre no le hallamos cabo en el mandar, ni sin en él codiciar. La rabia de la codicia, y avaricia no se amata con lo que tenemos, sino con lo que menospreciamos y la ambición, y soberbia tampoco se mata con el mandar, sino con el obedecer, porque jamás ningún vicio se puede acabar, si su dueño no le deja caer. Después que el Magno Alejandro había supeditado a toda la Asia, y conquistado también la gran India, como le reprehendiese el Filósofo Anaxágoras, diciéndole, que por

qué ya se fatigaba, ni mostraba pena de ninguna cosa, pues era señor absoluto de toda la tierra, respondióle Alejandro: Tú Anaxarco me has dicho, que sin este mundo, hay otros tres mundos: y pues esto es así, gran poquedad sería la mía, si habiendo tres mundos, no fuese yo señor de más de uno de ellos, y por eso hago grandes sacrificios a los Dioses, para que me quiten la vida, y no me quiten tan generosa conquista. Fuera de las divinas letras, yo confieso tener en mi memoria otras palabras más encomendadas, que son éstas: de las cuales claramente se colige, que en el señorío de todo el mundo, aún no hay hacienda para un corazón soberbio. En lo que paró la soberbia de este Príncipe fue: que con esperanza de señorear otros tres mundos enteros, aún no fuese señor de este mundo tres años enteros. A buen seguro osaremos jurar, y afirmar, que es falta de ciencia, y experiencia, osar ningún hombre tener presunción, y locura, porque tanto cuanto uno se mirase, y tornare a mirar, y remirar, hallará en sí mil cosas para se humillar, y no una para se ensoberbecer. Por rico, y poderoso, y generoso, y aun valeroso que sea un hombre, si le vemos, y no le conocemos, no le preguntamos de qué Cielo es, ni de qué mar, ni de qué fuego, ni de qué Planeta, ni de qué hemisferio, ni de qué Sol, ni de qué Luna, ni de qué aire, sino de qué tierra es: para denotar, que somos de tierra; nacimos en tierra, vivimos en tierra, y al fin como a nuestro natural, nos habemos de tornar a la tierra. Si los Planetas, y los animales pudiesen aprovecharse de la lengua, ellos nos quitarían la vanagloria: porque dirán las Estrellas, que se criaron en el firmamento, el Sol diría que en el Cielo, las aves en el aire, la salamandra en el fuego, y los peces en el agua, mas el triste del hombre no sino en la tierra:

por manera, que no nos podemos preciar de parientes mas propincuos, que son gusanos, moscas, y mosquitos. Si el hombre hiciese reflexión sobre si hallaría que el fuego le quema, el agua le ahoga, la tierra le cansa, el aire le importuna, el calor le congoja, el frío le destempla, el día le importuna, la noche le entristece, el hambre le necesita, el manjar le ahita, los enemigos le persiguen, y los amigos le olvidan: por manera, que lo que el hombre vive, no se podrá con razón decir vivir, sino un prolijo morir. Dende la hora que a uno vemos nacer, dende aquella hora habemos de pensar que se comienza a morir, y si el tal ha llegado a cien años, no hemos de decir que vivió mucho, sino que se tardó en morir mucho. El que con tales tributos, y condiciones tiene la vida, yo no sé de qué, o por qué tenga soberbia. Viniendo, pues, al caso, decimos, y avisamos a los que son criados, y familiares de los Príncipes, no sean soberbios, ni presuntuosos: porque los privados de los Reyes pocas veces caen de su privanza, por lo que pueden, ni por lo que tienen, ni por lo que quieren, sino por lo que presumen. En las Cortes de los Reyes, no hay cosa que más dañe, ni menos aproveche, que es la presunción: porque la soberbia, y jactancia con el Príncipe pone desgracia, y al Pueblo despierta a ira. Pues hasta hoy, ninguno alcanzó la privanza de los Príncipes por ser superbo, y

presuntuoso, sino por ser hombre fiel, y solícito: sería yo de parecer que el que se ve en la Casa Real, y Privado, se mejorase en el servir, y no se empeorase en el presumir.

Osaremos decir, y afirmar, ser supremo género de locura, querer en un día perder por soberbia, lo que nos dio en muchos años ventura. Que sea un Privado vencido de la carne, supeditado de la ira, enseñoreado de la avaricia, sujetado a la gula, emponzoñado de la envidia, y aficionado a la acidia, muy poco se le da de esto a la República: porque todos los vicios que tiene un Privado, no quieren más de murmurar: mas si se sienten que es soberbio comiénzanle a perseguir. Sea Privado, sea valeroso, sea rico, sea generoso, y poderoso, que jamás se vio hombre superbo, que no fuese de muchos perseguido, y de todos aborrecido. Los familiares de los Príncipes hartos enemigos tienen por ser Privados sin que busquen a otros de nuevo, que los acusen de soberbios. La experiencia nos enseña que la ascua no se conserva, sino debajo de la ceniza, y por semejante manera, la privanza no se sustenta sino con la grata conversación, y buena crianza. Los Privados de los Príncipes también corren gran peligro:

porque no quieren en cosa que mal hagan contradicción, ni consienten palabra recia que digan respuesta, ni sufren en culpa que cometen castigo, ni admiten en grave negocio consejo, ni permiten que tenga otro con ellos acerca del Príncipe crédito, sino que a diestro, o a siniestro han de ser del Príncipe creídos, y de la República obedecidos. Los que están en las casas Reales, y en oficios preeminentes, noten bien esta palabra, y es, que el día que un Privado quiere ser absoluto señor de la República, aquel día pone en el despeñadero su Privanza. Lo menos que un Rey quiere, se hace en su Reino propio; y piensa un Privado, que de todo ha de ser señor absoluto. Cuanto más se apartase de negocios del Pueblo, tanto viviría más seguro, porque la gente popular, naturalmente es inquieta en los negocios, y muy ingrata a los beneficios, y al fin ningún Privado puede hacer tanto por un Pueblo, que no quede de él alguno quejoso.

Los que quieren en las Cortes de los Príncipes mandar mucho, es imposible que puedan acertar en todo y dado caso que sus delitos sean pequeños, y sus descuidos no sean muy grandes, ténganse por dicho, que no ha de faltar quien los pregone por todas las Repúblicas, y aun quien se lo diga al Rey a la oreja. Los que quieren revolver a los Privados con sus Príncipes, no les encarecen el privar más que a otros en su casa, sino en decirles, que porque han de mandar más que no ellos en la República, y como esto se les dice, con mucha autoridad, y en gran puridad, todavía hacen al Rey sospechoso, y ponen entre él, y su Privado algún escrúpulo: porque los Príncipes, al fin se huelgan de ser servidos, mas no quieren ser mandados. La mucha familiaridad suele traer consigo algún menosprecio, mas esto no se sufre entre el Príncipe, y su

privado, sino que todos los días, y horas, y momentos, que entrase en Palacio, debe con aquel acatamiento, reverencia, mesura, y templanza, al Rey hablar como si nunca le hubiese hablado: por manera, que vean todos que sirve como criado, aunque el Rey le trata como a Privado. En las Cortes de los Príncipes, para se sostener los que están subidos, y para subir los que están abatidos, el camino más seguro es, que el Privado se precie de ser criado, y no que el criado se precie de ser Privado. Deben mucho advertir los familiares de los Príncipes, en que no vayan a las orejas de sus señores muchas quejas: porque así como por discurso de tiempo, sola una gotera cava la piedra, así podrá ser, que el mucho reclamar de la República cause la mudanza de su privanza. Si los servicios de uno abastaron a persuadir a un Príncipe a que le hubiese de amar, posible sería que las quejas de muchos acabasen con el Príncipe que le tornase aborrecer: porque el día que el Príncipe tornase sobre sí, más querría ser a nado de todos, que no ser servido de uno. No ha de mirar el Privado del Príncipe, a la alteza de la privanza donde subió sino a la bajeza, y pobreza de donde subió, porque de otra manera, podría ser que como le subió a lo que ahora es fortuna, le tornase a abajar a lo que antes era su soberbia. Poco dije en decir, que la soberbia le haría bajar, que mejor dijera, que le haría caer: porque las mañas de fortuna son, que a los plebeyos que sublima, dales licencia que desciendan, mas a los Privados de Reyes no sino que caigan. Agatocles fue hijo de un ollero, y después vino a ser Rey de Sicilia, y tenía en costumbre, que en su aparador, y en su mesa, pusiesen platos, y jarros de barro entre los otros que eran de oro, y preguntado, por qué en tanta grandeza tenía aquella bajeza, respondió: Bebo en jarros de oro, y como en platos de tierra, para dar gracias a los Dioses que de un hombre ollero, me hicieron Rey poderoso, y aun para me humillar, y no me ensobervecer, de pensar que más fácil cosa es, de Rey tornar a ser ollero, que no de ollero subir a ser Rey. Palabras son éstas de Agatocles, dignas de notar, y aun de a la memoria encomendar, pues vemos, que para caer un hombre, abasta una piedra sola donde tropiece, y después de caído, ha menester ayuda de pies y manos para que se levante. Ya puede ser que el Privado antes que viniese a ser Privado, haya sido en persona no muy bien tratado de linaje no muy subido, de patria no muy noto, de parientes no muy rico, de bienes no muy dotado, y de fortuna no muy cumplido: de las cuales cosas todas, no sólo no se debe afrentar, mas aun se debe preciar, porque en mucho más le ternán en la Corte, preciándose de lo que fue de antes, que ensoberveciéndose de lo que es ahora.

Dice Tito Livio que el muy famoso Romano Quinto Cincinato, primero que fuese Capitán en Roma, fue Labrador en la Provincia de Campania, y este tan esclarecido varón estando ocupado en grandes negocios de la República, o en provisiones, y expediciones de la guerra, solía delante todos sus Capitanes suspirar, y decir: ¡Oh quién supiese ahora que tales están mis bueyes en casa, y mis ganados en la sierra, y si han hecho mis criados para otro año buenos

barbechos! Quien tales palabras decía por la boca, de creer es, que poca soberbia tenía en el corazón: y bien pareció que no lo decía de burla, sino de veras, pues se tornó a arar, y a cavar, y podar, y entender en su hacienda después que con hazañas había esclarecido a la República Romana. Rey era de Israel el Rey Saúl, y aun escogido por Dios, y ungido por el gran Samuel, y como su padre fuese labrador, y él siendo mozo se había criado en la labranza, no se desdeñaba, aun después que era Rey, de ir a arar sus tierras, y segar sus mieses, y llevar a la dehesa sus bueyes: por manera, que se preciaba el buen Rey de arar hoy con la reja, y mañana con la lanza. Cuando la fortuna derrueca a uno, en que de grande le abate a ser pequeño, entonces es afrenta, mas cuando de pequeño le sublima a ser grande, aquello no es sino gloria. Guárdense, guárdense, guárdense, los Privados de los Príncipes de ser elatos superbos, mal acondicionados, porque en el corazón donde reina soberbia, allí arma fortuna su zancadilla. Para tapar la boca del enemigo, no hay en el mundo tal pelota de sebo, como es que el Privado no sea presuntuoso: porque no hay ninguno en la Corte tan insensato, que ose decir, yo acuso a este porque es Privado, mas osará decir yo le acuso, porque es soberbio. Si a un Privado vemos reñir, diremos que está enojado, si le vemos mucho comer que tiene buen estómago, si se levanta tarde, que está cansado, si juega largo, que es por pasatiempo, si guarda lo que tiene, que es hombre recogido, si habla mucho, que es hombre regocijado, si habla poco, que es muy cuerdo, y si gasta, que es de magnánimo: mas si es soberbio, y presuntuoso, ¿qué podrá a esto decir, ni con qué sus amigos le podrán excusar? Todos los hombres viciosos, tienen excusas para sus vicios, excepto los hombres soberbios: porque si caemos, en algún vicio es de flacos, mas si somos soberbios, es de locos. La condición blanda, y la conversación mansa, no sólo reprime a que del Privado no digan sus enemigos mal, mas aun los compele a que digan bien de él: porque muchas veces permite Dios, que la intención mala se confunda con la condición buena. Deben así mismo los Privados de los Príncipes advertir, de que no sólo se guarden, de mostrar soberbia en las palabras que dicen, mas aun en las ceremonias que en la Corte se usan, es a saber, en subir las escaleras, en el entrar de las puertas, en el tomar de las sillas, y en el quitar de las gorras; porque si hablar en esto, parece al que lo leyere niñería, suele al Privado suceder de ello una mala carcoma.

No inmérito decimos, que de un pequeño descuido, le suele suceder al Privado un grave enojo: porque a las veces, más murmuran de él, porque no quitó la gorra a uno, que no porque quitó la merced a otro. Si un Cortesano deja de hacer mesura a otro Cortesano, dicen que lo hace, no por la sobrada malicia, sino por falta de crianza: mas si el tal es al Rey acepto, no dice que lo deja por falta de crianza, sino por sobra de locura. Por cierto que es triste vida la de los Privados, pues en todo lo que estropiezan de descuidados, les levantan que lo hacen de maliciosos. Gneo Flaco noble Romano, yendo a visitar a un enfermo,

él, y otros Romanos, com sobreviniese otro Romano a visitar al enfermo, y no hubiese lugar a donde se asentar, él solo se levantó, y dio su silla al que venía: el cual acto de crianza, fue entre los Romanos muy nombrado, y después de los escritores muy encarecido. Siendo como eran los escritores Romanos tan graves en lo que escribían, cosa es digna de notar, quisiesen encarecer este acto de crianza, entre los hechos heroicos de la República. Cuando el Privado fuere acompañado de Caballeros a Palacio, si al subir la escalera tomare alguno delante de él la delantera, ni lo debe sentir, ni menos mostrar que lo siente:

porque a mi parecer, no es mucho que tome la delantera alguno subiendo, por la escalera de piedra, pues él dejó a todos atrás cuando subió por la escalera de la privanza. Qué se le da al oficial de la casa Real, que otro Caballero entre primero que él por una puerta, pues llegados a donde está el Rey, él se entra a la cámara como Privado, y el otro se quedará a la sala solo, y corrido.

Finalmente digo, que si yo fuese Privado de los Príncipes, paréceme a mí, que de la cámara afuera me aprovecharía de la crianza, y de la cámara adentro de la privanza.

CAPÍTULO XIV

QUE A LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES NO LES CONVIENE SER DESORDENADAMENTE CODICIOSOS, SI QUIEREN ESCAPAR DE INMENSOS TRABAJOS.

Aulo Gelio, y Plinio atestiguan en sus escritos, y por ellos, que fue tan grande la templanza que los Romanos guardaron en el comer, y la moderación que tuvieron en el tener, que a ningún Ciudadano Romano, se daba licencia que tuviese más de una casa para morar, y una vestidura para vestir, y un caballo para andar, y dos juntas de bueyes para arar. Tito Livio, Macrobio, Cicerón, Plutarco, Salustio, Lucano, Séneca, Aulo Gelio, Herodiano, Eutropio, Trebelio, y Vulpidio, y todos los otros escritores Romanos, nunca acaban de llorar la antigua pobreza Romana, diciendo que la República Romana, nunca cayó de su grandeza, en todo el tiempo que anduvo conquistando Reinos, sino desde el día que comenzó a allegar tesoros.

Licurgo Filósofo, y Rey que fue de los Lacedemones, ordenó, y mandó en todas sus leyes, que ningún vecino pudiese tener más hacienda que otro sino que las casas, y viñas, y tierras, y vestiduras, y otras cosas, igualmente todos las granjeasen, e igualmente todos las poseyesen. Preguntado a Licurgo, que

por qué a los de la República no dejaba tener cosa propia, respondió: Los trabajos que pasan los hombres en esta vida, y las grandes revueltas que hay en la República, no se levantan tanto por lo que los hombres han menester, cuanto por lo que después de sus días quieren dejar: y por esto mandé que todos, todas las cosas tuviesen igualmente en mi República, para que tengan mientras vivieren con que se mantener, mas no en la muerte de que testar. Herodoto dice, que los de las Islas Baleares ordenaron, que jamás en sus tierras entrase plata, ni oro, ni seda, ni piedra preciosa, y siguióseles tanto bien de aquí, que en cuatrocientos años que tuvieron guerras gravísimas entre sí los Romanos, y los Cartagineneses, y los Gallos, y los Hispanos, jamás ninguna nación les fue a conquistar, de que sabían que no había en aquellas Islas plata, ni oro que robar. Prometeo, que fue el primero que dio leyes a los Egipcios, no prohibió como los Baleares haber plata, y oro en su Reino, ni mandó que todas las cosas fuesen comunes como Licurgo, mas mandó so gravísimas penas, que en todo su Reino no hubiese cuños de plata, ni de oro: porque según él decía, la avaricia no se muestra en allegar muchos bastimentos, sino en atesorar muchos dineros. Plutarco en el libro consolatorio dice, que entre los Rodos si moría un hombre rico, y dejaba no más de un hijo, no consentían que él fuese de toda la hacienda único heredero, sino que conforme a su estado mandaban al mozo casar, y todos los otros bienes que sobraban mandábanlos entre los pobres, y huérfanos repartir. Los Lidos, ni fueron Romanos, ni Griegos, sino unos bárbaros muy barbarísimos, los cuales tenían en su República, que cada uno fuese obligado a su hijo de criarlo, mas no de casarlo: por manera, que al hijo, o a la hija que llegaba a edad de se casar, no le habían de dar otro dote, ni casamiento, sino lo que él por sus manos había ganado. A los que curiosamente quisieren esto mirar, más es ley de Filósofos, que no costumbre de bárbaros, pues a los hijos ponían en necesidad de trabajar, y a los padres quitaban la codicia de allegar. Numa Pompilio Segundo Rey que fue de Roma, y primero inventor de las leyes Romanas, en las siete tablas que hizo de leyes, en las cuales proveyó cómo los Romanos se habían de gobernar, ningún título ni capítulo puso de cómo habían los testamentos de hacer, y los hijos a sus padres de heredar: y preguntado, por qué daba licencia de alegar, y no de testar, respondió: Aunque sean malos los hijos, pocas veces los suelen desheredar los padres, y por eso mandé yo, que a todos los bienes que dejaba uno de esta vista, fuese heredera de ellos la República, para que si los hijos fuesen buenos, les diesen los bienes que su padre dejó, y si por caso fuesen malos, no tuviesen hacienda para hacer mal a los buenos. Macrobio en el libro de somnos Scipionis dice, que antigua ley fue entre los Etruscos muy guardada, y aun después entre los Romanos muy usada, que en cada lugar, el primero día del año, viniese cada vecino delante del Juez, a dar cuenta de cómo vivía, y de qué se mantenía: y en tal examen, no menos castigaban al que vivía de trampear, que al que comía sin trabajar. ¡Oh si plugiese a Dios,

que esta ley de los Etruscos se pasase hoy a los Cristianos! Y cómo se hallarían ser muy pocos los que viven de sus propios trabajos, y ser infinitos los que viven de sudores ajenos. El divino Platón dice en su Timiano, que dado caso que es muy malo en la República el hombre perezoso, que muy más dañoso es el hombre codicioso: porque el hombre perezoso, y holgazán, al fin no busca más de para comer, mas el que es avaro, y codicioso, no es su ansia por el comer, sino por el tener. Toda la armonía que tuvieron los antiguos Oradores en orar, y los dadores de las leyes en escribir, y los famosos Filósofos en enseñar, no fue para más de persuadir, y avisar a los de su República, que se guardasen de hombres ambiciosos de mandar, y codiciosos en allegar. Laercio dice, que motejando uno de Rodas al Filósofo Esquines, le dijo: Por los inmortales Dioses te juro Esquines, que tengo mancilla de verte tan pobre; al cual respondió Esquines: Por esos mismos inmortales Dioses te juro, que tengo mayor compasión de ti de verte tan rico, porque la riqueza tienes trabajo en allegarla, cuidado en conservarla, enojo en repartirla, peligro en guardarla, y grandes sobresaltos en defenderla: y lo que es más grave de todo, que allí donde tienes el tesoro guardado, allí está tu corazón sepultado. La palabra de Esquines más me parece que fue de Cristiano que no de Filósofo, en decir, que el hombre rico adonde tiene el tesoro escondido, allí tiene el corazón sepultado: porque ningún avaro nos podrá negar, que no se acuerda más veces al día de los dineros que escondió, que no de los pecados que cometió. Aplicando, pues, lo dicho a lo que queremos decir, es de saber que a los Privados de los Príncipes, mucho menos que a otros contiene que sean avaros:

porque la grandeza de la privanza, no la han de mostrar en ser muy ricos sino en ser muy magnánimos. Plutarco dice, que Dionisio Siracusano, como entrase un día en el aposento del Príncipe su hijo, y hallase allí muchas riquezas de plata, y oro, que él le había dado, dijo al hijo con muy gran enojo: Mejor fueras para mercader de Capua, que no para ser como eres hijo del Rey de Sicilia, pues tienes industria para allegar, y no ánimo para gastar, lo cual no te conviene hacer, si quieres después de mis días este Reino heredar: porque te hago saber, que los altos, y muy grandes Estados, no se sustentan con el guardar, sino con el dar. A este propósito dice también Plutarco, que Ptolomeo Filadelfo preguntado, que por qué era tan zahareño en el recibir servicios, y tan largo, y magnánimo en el hacer mercedes, respondió: Yo no quiero tener reputación entre los Dioses, ni alcanzar fama entre los hombres por ser yo rico sino por hacer, y haber hecho a otros ricos. Las palabras que dijo Ptolomeo a un su amigo, y las que dijo Dionisio a su hijo, a mi parecer, no se deben los Privados de los Príncipes contentar con leerlas en esta escritura, sino encomendarlas mucho a la memoria: pues se puede colegir de ellas, que las riquezas más aprovechan dándose, que no guardándose. A los Privados de los Príncipes, no es de tener envidia, de lo que al Rey, para sí solos pueden pedir,

sino de lo que para otros pueden procurar: porque ellos solos son los que con bienes ajenos, compran para sí esclavos propios. ¿Qué mayor nobleza, que hacer a otros nobles? ¿Qué mayor riqueza que hacer a otros ricos? ¿Y qué mayor libertad que libertar a otros? Los Príncipes, y sus Privados, y aun todos los otros grandes señores, la gloria que han de tener es, no de haber allegado muchos tesoros, sino de haber hecho muchos criados. Muy grandes son los privilegios que tienen los magnánimos, y los dadivosos: es a saber, que los hijos los obedecen, los vecinos los aman, los amigos los acompañan, los criados los sirven, y los extraños los visitan, y los enemigos que tienen callan: porque si tuvieren envidia de su privanza, a lo menos no osarán poner en su largueza la lengua. Falaris el Agrigentino, y Dionisio Siracusano, y Catilina el Romano, y Iugurta el Numidiano, estos cuatro famosos tiranos, no sustentaron sus Reinos, y Señoríos con las virtudes que tenían, sino con las grandes dádivas que daban: por manera, que no hay tal piedra imán en el mundo, como es el tesoro, pues con el dar se engrandecen los buenos, y se sustentan los tiranos. Noten bien los familiares de los Reyes esta palabra, y es, que sobrada privanza, juntamente con mucha avaricia, es imposible que sustenten mucho tiempo a una persona: porque si quisieren sustentar la privanza han de dejar la codicia, y si quisieren seguir la codicia, es forzoso que han de perder la privanza. Con ninguna cosa puede tanto el Privado ganar la voluntad de su Príncipe, como es con servirle mucho, e importunarle poco. Debe también trabajar, el que es oficial en la casa Real, que conozca de él el Rey, que si le sirve es más por el puro amor con que le ama, que no por el interés que de él espera porque de esta manera, aunque el Rey en darle las mercedes le trate como a Privado, en el amor no le tratará sino como a hijo. Justa cosa es que el Privado ame a su Príncipe de toda su voluntad, pues el Príncipe le ama a él sin tener de él necesidad. Los que son amados, y regalados, y Privados en las casas Reales, en mucho le deben de tener, y mucho servir: porque el amor de nosotros a los Príncipes más es de necesidad, que no de voluntad mas el amor de los Príncipes con los Privados es de voluntad, y no de necesidad. Si el que me acompaña, y me habla, y me sirve, no es más de por lo que al presente le doy, y por lo que espera después de mi haber, al tal, con más verdad podré yo decir que me granjea, que no que me ama. Es también de notar, que a los Privados de los Príncipes no les debe pesar, que en Palacio sean otros bien quistos, y que tengan nombre de Privados, porque de otra manera, a cuantos echaren de la privanza, a tantos ternan por enemigos en la República. Ya que esto no se haga, deben tener por bien los familiares de los Reyes, que si el Rey empleare el amor en uno, a lo menos que las mercedes se repartan por todos. Los que comienzan a poder algo en la Corte, no han de querer luego abrazarse con la riqueza, sino mejorar cada día un poco más la privanza: porque si el Cortesano me asegura de no caer de Privado, yo le aseguraré de no venir a ser pobre. La orden que en la Corte se ha de tener, para algo poder, y algo valer,

visitar, servir, sufrir, presentar, perseverar, privar, y enriquecer: por manera, que el hombre cuerdo, primero quiere privar que medrar, y el que es loco primero quiere medrar que privar. A muchos, que no a pocos, habemos visto en las casas Reales, que si en breve espacio los sublimó fortuna, ser supremos en la riqueza, y ser únicos en la privanza, después en muy breve espacio los vimos toda la riqueza perder, y de la cumbre de la privanza rodar. Infalible cosa es, que si en la Corte tiene uno enemigos, por ser no más de Privado, que los terná doblados, si con ser Privado es también rico, porque somos todos tan mal acondicionados en las cosas que tocan a intereses, que todo lo que te dan a ti, pienso que me lo quitan a mí. Ya habemos dicho, que no conviene al Privado del Rey mandar todo lo que puede mandar, pues ahora de nuevo le avisamos, que no tome todo lo que puede tomar, porque si el mandar no se comide, y en el tomar no se mide, podrá ser, que algún día se vea en tal priesa, que llame a sus amigos, no para que le aconsejen, sino para que le remedien. Si un Cortesano tiene diez doblas, querríalas llegar a ciento, y si tiene ciento, a doscientas, y si doscientas, a mil, y si mil a dos mil, y si dos mil a diez mil: por manera, que el mal aventurado no siente que le va cada día disminuyendo la vida, y creciendo la codicia. Burla es, y burlado vive el que piensa en el mucho mandar, y en el mucho tener consiste el contentamiento, que a la verdad ello no es así: porque toda desordenada riqueza, al contentamiento descontenta, y al apetito a más tener despierta. A muchos Cortesanos habemos visto ricos, y Privados, mas a ninguno habemos visto harto de tener, ni cansado de mandar, sino que primero se les acaba la vida que la codicia. ¡Oh cuántos he yo conocido en la Corte, a los cuales vi que les faltaban ya los pies para andar, las fuerzas para se menear, la vista para leer, las manos para escribir, los dientes para hablar, las muelas para comer, las orejas para oír, y la memoria para negociar, y junto con esto no les faltaba lengua para nuevas mercedes pedir, e infinitas inteligencias para negociar. Es tan incurable la sarna de la avaricia, que el que está contagioso de esta enfermedad, ni sana con la pobreza, ni se cura con la riqueza. Vistos, pues, el daño tan notorio, que del mal de la avaricia se le puede seguir al Privado, sería yo de parecer, que antes se diese al valer que no al tener. La Reina Semiramis, fue mujer del Rey Bello, y madre del Rey Nino, y aunque naturaleza la crió mujer, el ánimo no le tuvo por cierto sino de varón, porque después que enviudó, enseñoreó a fuerza de armas a la grande India, y conquistó a toda la Asia. Antes que esta Semiramis muriese, hizo para sí un solemnísimo sepulcro donde enterrasen su cuerpo, en el cual mandó escribir, o esculpir este epitafio:

El que tuviere deseo de ser muy rico, y de haber muy grandes tesoros, tome trabajo de abrir este mi sepulcro, que en lo profundo de él hallará gran tesoro.

Grandes tiempos, e infinitos Reyes pasaron, que ninguno osó a este sepulcro llegar, hasta que vino el gran Rey Ciro, y le hizo abrir, y como le deshiciesen

hasta lo muy profundo donde cavasen, no hallaron ningún tesoro, mas hallaron otras palabras en una piedra, que decía así. ¡Ay de ti Caballero maldito, que abriste mi sepulcro, pues a tanta locura te ha traído la codicia de tener tesoros, que no has habido vergüenza de desenterrar los muertos. Plutarco, y Herodo, que esta historia escribieron, dicen, y afirman, que la Reina Semiramis alcanzó gran gloria de esta burla, y el Rey Ciro, muy gran afrenta. Si los Cortesanos ricos piensan, que por tener muchos dineros, por eso están ya libres de todos los trabajos, ellos por cierto viven más engañados que alumbrados, porque si el hombre fatiga su cuerpo, por buscar lo que le falta, mucho más el rico atormenta su corazón, hasta determinarse en qué gastará lo que sobra. Qué cosa es ver a un rico, en qué manera anda de noche, y de día en sí mismo vacilando, y torneando, si comprara de los dineros que le sobran juros, o censos, o viñas, o pan, si hará un mayorazgo, o si mejorará un hijo en tercio, o quinto: y después de todo esto, permite Dios que se muera, no sólo sin haberse determinado, mas aun sin haber hecho testamento. Muchas veces lo he dicho a mis amigos, y predicado en los púlpitos, y aun lo que he escrito en mis tratados, que las riquezas de esta vida más trabajo es repetirlas que no allegarlas; porque si se allegan sudando, repártense suspirando. El que no tiene más de lo que ha menester, bien sabe en qué lo ha de gastar, mas el que le sobra algo de lo que ha menester, nunca se acaba de determinar; y de aquí se sigue, que muchas, y muchas veces acontece, que aquéllos hereden sus dineros en la muerte, a los cuales él tenía por mortales enemigos en la vida. Cuán cierta regla es, que la mejor parte de la hacienda gastan los ricos en lo que no la querían gastar viviendo, y después la mejor herencia llevan los que no querían muriendo porque a las veces le hereda la hacienda el hijo que más aborrecía, y deja pobre al hijo que más amaba. Prosiguiendo, pues nuestro propósito, no sé para qué los Privados quieren ser ricos avaros, y codiciosos, pues las riquezas han de ganar ellos solos, mas el repartirlas, ha de ser al parecer de muchos.

Guárdense también los Privados de los Príncipes, de que no hagan apariencias de riquezas en lo público, sino que si algo tienen sobrado, lo guarden en secreto, porque sus enemigos, si no saben lo que tienen, no podrán más de murmurar, mas si le ven, no dejarán de los acusar.

Ver un Cortesano no levantar superbos edificios, tapizar su casa de monstruosos paños, perderse su despensa muchos mantenimientos, adornar su aparador de muy ricos vasos, entrar por sus puertas presentes infinitos, estar afamados de muchos dineros, y andar acompañados de muchos criados, no sólo se suele esto murmurar, mas en su tiempo, y lugar notar, y acusar. Poco sería si al tal oficial acusasen, y de él murmurasen, y juntamente con esto no le infamasen; porque claramente dicen, que se dejó ofrendar, o se dio a robar. Torno otra vez a decir, que en el tal oficio al Cortesano no es sano consejo

hacer en la Corte muchas muestras de rico, por allende de que todos lo murmuran, nunca falta quien a las orejas del Príncipe lo vaya a encarecer, y al fin podrá ser que haga el Príncipe con su criado, lo que hace el cazador con el venado, es a saber, que le ceban muchas veces, no para criarle, sino para matarle.

CAPÍTULO XVI

DONDE TODAVÍA EL AUTOR: AVISA A LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES SE GUARDEN DE LOS ENGAÑOS DEL MUNDO, Y QUE NO DEBEN DEJARSE EN LA CORTE ENVEJECER, SI QUIEREN HONESTAMENTE MORIR.

Cuando el Rey Alarico tenía preso al Cónsul Severino, que por otro nombre llaman Boecio, quejábase a la fortuna, de la misma fortuna, diciendo: que por qué la había desamparado en la vejez, pues le había tanto favorecido en la mocedad; y por qué también le había traído a manos de sus enemigos, habiéndole él a ella servido tantos años. A esta queja, o mando respondió la fortuna: Ingrato me eres, oh Severino, pues hice contigo, lo que hice con otros tan buenos como tú del Imperio Romano, es a saber, que te hice sano, y no enfermo, hombre, y no mujer, agudo, y no torpe, rico, y no pobre, sabio, y no necio, libre, y no esclavo, Senador, y no Plebeyo, magnánimo, y no cobarde, Romano, y no Bárbaro, sublimado, y no abatido, grave, y no liviano, venturoso, y no desdichado, afamado, y no olvidado: finalmente te di tanta mano en la República, que tú a todos tuvieses mancilla, y todos a ti hubiesen envidia. A esto que la fortuna dijo, respondió el Cónsul Severino: ¡Oh fortuna, fortuna, y cómo eres libre en lo que dices, y absoluta en lo que haces, pues haces todo lo que quieres, y muy pocas veces lo que debes! ¿Y tú no sabes, que no hay en el mundo género de infortunio tan mal aventurado, como es acordarse hombre que se vió rico, y próspero en otro tiempo? Mira fortuna, has de saber sino lo sabes, que el hombre que nunca fue rico apenas siente la pobreza: mas ¡ay del que fue rico, y regalado! el cual siente la miseria que ahora tiene, y llora la prosperidad que antes tenía; y dijo más: Créeme, fortuna, que entre nosotros, por muy más bienaventurados tenemos a los que nunca sublimaste, ni honraste, que no a los que sublimaste, y después los abatiste. Séte decir, fortuna, que yo no tengo por bienaventurado, sino aquel que nunca supo qué cosa es bienaventuranza. Esto, pues, fue lo que pasó entre el Cónsul Severino, y la fortuna; de lo cual se infiere, que con verdad, ninguno se puede llamar infame, sino el que otro tiempo fue famoso, ni se puede llamar abatido, sino el que otro tiempo fue sublimado; por manera, que no hay en el mundo

persona mejor librada, que aquella por cuyas puertas nunca entró fortuna. Esto habemos dicho, para que en las Cortes de los Príncipes los que fueren Privados, no tengan la privanza en mucho, y los que no lo fueren, tengan el no privar en poco; porque no es más el tener, y valer de esta vida, que el gusano en la manzana, y la polilla en la madera, y el neguijón en la muela, que de fuera parece sano, y de dentro es todo comido. Es también suprema la autoridad de los Príncipes, en que no tienen censor que los retraigan en lo que dicen, ni residencia para que den cuenta de lo que hacen: de lo cual se sigue, que así como son voluntariosos en el amar, así son libres en el aborrecer, y absolutos en el castigar. Los Privados que leyeren estas palabras, entiendan bien lo que queremos decir por ellas, y es así: Que a los más de los Príncipes, no menos los vemos aborrecer hoy lo que ayer amaban, que amar mañana lo que hoy aborrecen. Antes, pues, de todas cosas debe el Privado ser de Dios temeroso, y preciarse de buen Cristiano; porque al fin, más seguro vive uno en la Corte con tener buena conciencia, que no con alcanzar mucha privanza. Créanme todos los Cortesanos, así Privados, como no Privados, que es granjería para la hacienda, y gran seguridad para la ánima, tener cuenta, y razón en la Ley Divina; porque de otra manera, muchas veces acontece a un Cortesano, que tiene algún negocio honroso, y provechoso a punto para se acabar, y después cuando no se cata, al tiempo de embocar la bola, le tuerce al revés la sortija fortuna.

En las Cortes de los Príncipes hay algunos negocios, que sin esperanza de negociar se negocian, y otros que estando casi hechos se desbarajustan, y piensa el dueño que esto procuraba, que hubo en el solicitador negligencia, o en el Privado malicia, y no fue así, sino que quiere la providencia Divina avisarnos, que todas las cosas que hubiéremos de negociar, aprovecha poco pedirlas al Rey, si no las merecemos primero delante de Dios. Decía el divino Platón en su Timiano, que tan gran necesidad tienen los prósperos de consejo, como los tristes de remedio; y de verdad ella es alta, y profunda sentencia; porque si la necesidad incita a los hombres a desesperar, también la prosperidad les hace de sí mismos se olvidar. Ni lo que he dicho, ni lo que quiero decir, sabrán entender, ni menos gustar, si no fueren aquellos con quien fortuna navegó a popa, y después dio al través con ellos a vista de tierra; porque los tales leyendo esto, saberlo han llorar, y todos los otros no sabrán más de lo leer.

Cotejados ricos con pobres, tristes con alegres, prósperos con abatidos, Privados con desterrados, y generosos con infames, sin comparación habemos visto más de los que se han sabido levantar de donde cayeron, que de los que han sabido tener adonde subieron. No pocas veces lo he dicho, y a cada paso lo querría decir, y es, que este traidor de mundo, es en su trato tan engañoso, y es la fortuna en lo que promete tan doblada, que hace entender a los que hace

ricos, y a los que llegan a ser Privados, y a los que sublima a altos Estados, que no es para más de los honrar, y por otra parte urde cómo de allí hayan de caer. A pocos he visto, y de ninguno lo he leído, a quien la fortuna sublimase, y en la cumbre de la prosperidad encumbrase, que al tal no le quitase en breves días la vida, o al cabo de la jornada no le armase una zancadilla. Sería yo de parecer, que el Cortesano que en la Casa Real alcanza a tener privanza, y en la República riqueza, tuviese la tal privanza como cosa prestada, y que con la fortuna se hubiese, como con persona de quien tiene sospecha, porque según dice Séneca, a ninguna cosa verán que saquea fortuna, sino a la que halla desapercibida. Sepan los Privados, y sepan los Cortesanos, que en las muy profundas mares, peligran las naos; en los muy altos montes, hieren los rayos; en los más verdes ramos, ponen liga a los pájaros; en los más cebados anzuelos, caen los peces; a los más encumbrados árboles combaten los vientos, y en los más superbos edificios hacen mayor daño los terremotos: quiero por esto que he dicho decir, que la fortuna a ninguno ase de la mano para le derrocar, sino es a aquel, a quien ella dio del pie para subir.

En las Cortes de los Príncipes, no tengo yo por buena señal, que todas las cosas le sucedan a uno muy mejor que él las esperaba, y aunque sus amigos las encaminaban: porque si la fortuna disimula con el tal, no es porque del todo le tiene olvidado, sino por darle después todo el castigo junto. Los que se maravillaren de lo que ahora quiero decir, no será por más de por no lo saber sentir, y es, que no hay tan gran enfermedad, como estar siempre sano, y no hay tan gran pobreza, como nunca faltar algo, y no hay mayo tentación como nunca ser tentado, y no hay tan gran tristeza como estar siempre alegre, y no hay tan gran peligro como nunca haberse visto en el peligro; porque después en el lodo por donde piensa pasar el hombre más seguro, allí cae de colodrillo, y queda entrampado: Preguntado Sócrates, qué cosa era más cierta, y más segura en esta vida, respondió: No hay cosa en esta vida más cierta, que es tener a todas las cosas por inciertas. Entre todas las riquezas no hay ni puede haber otra mayor riqueza en esta vida como es tener, y gozar de la vida, pues si la vida es dudosa, ¿qué cosa puede haber en ella segura? Como rogasen unos Capitanes Griegos a su señor Agesilao, que fuese a ver a la Olimpiada del monte Olimpo, donde todos los Filósofos se juntaban, a disputar, y todos los ricos hombres a comprar, y vender, respondió él: Si en el monte Olimpo vendiesen, o trocasen tristeza por alegría, enfermedad por sanidad, honra por infamia, y vida por muerte, yo lo iría a ver, y aun allí toda mi hacienda emplear: mas pues el que compra, y lo que se compra está todo condenado a morir, no quiero comprar cosa en esta vida, pues de nada me tengo de aprovechar en la sepultura. Hay otro engaño, con que muchos Cortesanos son engañados, y es, que con largos años vivir, piensan en sí de llegar en tiempo de descansar, lo cual es vanidad pensarlo, porque si los años crecen por onzas, los trabajos crecen a quintales.

¿Quien osara decir que la leche de cuantos más días esté ordeñada, no esté más corrupta, y aceda? La ropa que es ya muy vieja, y de mucho tiempo traída, sin que la coma polilla, ella misma entre sí misma se torna ceniza, quiero por esto decir, que si es cosa cierta morir presto los mozos, ténganse por dicho que no pueden vivir mucho los viejos. En las Cortes de los Príncipes hay muchos que se están mucho tiempo aviciados en vicios, teniéndose por dicho, que si mudan ellos la edad, y la fortuna muda los tiempos, no sólo perderán ellos vicios, mas ahorrarán de muchos trabajos, lo cual todo les sucede después al revés, porque no hay camino en esta vida tan descumorado, donde no hay en el reventón que subir, o barrancos que pasar, o montañas que temer, o pedregales donde tropezar, o atolladeros donde caer. Los que tienen por cierto que el Sol no puede dejar de alumbrar, la Luna de se eclipsar, las Estrellas de resplandecer, el agua de correr, el fuego de quemar, y el Invierno de se erizar, téngase también por dicho, que el hombre no se puede excusar de trabajar, y padecer; porque es imposible que se le pase al hombre algún día en que no reciba algún sobresalto, o congoja. Uno de los engaños, con que viven engañados los Cortesanos, es que cuanto más van y más edad han, tanto más se enfrascan cada día en negocios gravísimos, con esperanza que a su mano se saldrán cuando quisieren de ellos: y después cuando se catan, Dios lo permitiendo, y sus hados lo mereciendo, al tiempo que pensaba el pobre viejo ir a su casa a descansar, le llevan en ataúd a su tierra a enterrar. ¡Oh cuántos, y cuántos se dejan en las Cortes de los Príncipes envejecer con pensamiento, que después a la vejez se han de retraer; por manera, que las obras tienen de Cortesanos, y los pensamientos de Cristianos. A muchos viejos Cortesanos, amigos míos, reñía yo porque no se retraían, y a su mano de la Corte no se alzaban, a los cuales me respondían que en muy breve espacio irían a su tierra, y allí tomarían unos cuentas largas, con las cuales rezando, se irían a la Iglesia a oír Misa, a los Hospitales a visitar los enfermos, a los Monasterios a ver los Religiosos, por los arrabales a requerir los huérfanos, por las calles, y plazas a poner en paz a los vecinos:

las cuales cosas todas las vi muchas veces conmigo platicar, y después ni a sólo uno las vi cumplir. Vi a un Cortesano rico, y honrado, y viejo, que no tenía cabello negro en la cabeza, ni diente, ni muela en la boca, ni aun hijo, ni hija en casa, al cual sus pecados le habían traído a tanta demencia, que me juró, y perjuró que por descargo de su conciencia, no dejaba el oficio que tenía, y se iba a su casa; por manera, que pensaba en su casa se condenar, y en la Corte se salvar. Seguramente podremos afirmar, que este viejo Cortesano, tenía ya hechos callos en la conciencia. La ambición de más valer, y la codicia de más tener, hace creer a los míseros Cortesanos que les queda mucho tiempo para vivir, y mucho más para se enmendar; por manera, que con pensamiento de ser uno, o dos años en la vejez buenos, son cincuenta o sesenta años en la Corte malos.

Plutarco en su Apotegma dice, que Eudónides, Capitán que fue de los Griegos, viendo un día leer a Jenócrates en la Academia de Atenas, siendo ya de ochenta y cinco años, como preguntase quién era aquel viejo, y le dijesen que era de los Filósofos de Grecia, que andaba a buscar cuál era la obra virtuosa, y en qué consistía la verdadera Filosofía, respondió él: Si el Filósofo Jenócrates me dices, que siendo de ochenta y cinco años, anda en tal edad a buscar las virtudes, querría yo saber qué tiempo le queda para ser virtuoso. Y dijo más: En tal edad como tiene este Filósofo, más razón era que las cosas virtuosas le viésemos obrar, que no a la vejez andarlas a buscar. Podremos con verdad decir del nuevo Cortesano, lo que dijo Eudónides de Jenócrates el Filósofo, en que si a los sesenta años comienza a ser bueno, qué tiempo le queda para poner en obra aquella bondad. Que los viejos Cortesanos olviden la tierra que los crió, a los padres que los engendraron, a los amigos que los favorecieron, y a los criados que los sirvieron, no es de maravillar, mas de lo que yo me maravillo y escandalizo es, que vosotros mismos olvidáis a vosotros mismos, por manera, que nunca miráis qué habéis de ser, hasta que sois lo que no querríais ser. Si los Cortesanos que en las Cortes de los Príncipes, han sido ricos poderosos, y valerosos, si se quisiesen conmigo aconsejar, y a mi pluma creen los concertarían de espacio con la muerte antes que la muerte hiciese ejecución en su vida. Feliz, y bienaventurado se puede llamar el Privado, al cual da Dios juicio, y cordura, para que se alce a su mano, antes que la fortuna le vaya a la mano. Nunca vi Cortesano que no se quejase de la Corte, y de la mala vida de ella: mas al fin ninguno vi por escrúpulo de conciencia dejarla, sino que si la deja, es porque aflojó la privanza, o porque le hicieron alguna afrenta o porque le mandaron salir de ella, o porque le negaron alguna cosa o porque su parcialidad iba de caída, o por recuperar la salud en otra tierra; por manera, que los tales más se van de aburridos de sí mismos, que no por llorar sus pecados. Si en particular toman a cada Cortesano, ninguno hay que no diga que vive en la Corte descontento, pobre, aflicto abatido, y aburrido, y jura, y perjura, que no desea cosa más en este mundo, que verse fuera de aquel trabajo:

mas si por caso entra por sus puertas un poco de sabor humano, luego despide de su corazón cualquier buen propósito. Lo que más es de espantar en los Cortesanos es, que labran casas en sus pueblos, y nunca las van a morar, plantan tan sotos, y huertas, y nunca las quieren gozar, compran grandes heredamientos, y nunca las van a ver, diéronles allá Escribanías, y Regimientos, y nunca los van a usar, tienen allí parientes, y amigos, y nunca los van a conversar; por manera, que quieren más ser en la Corte esclavos, que en su tierra señores.

Podemos con razón de muchos Cortesanos decir, que son pobres en sus riquezas, huéspedes en sus casas, peregrinos en sus tierras, y desterrados entre

los suyos. A todos los más de los Cortesanos veo maldecir, blasfemar, murmurar, y aun escupir de los malos, y males que hay en la Corte, y por otra parte, yo soy cierto, que sus descontentos no proceden de los vicios que en la Corte ven cometer, sino de ver a sus amigos cabe el Rey prosperar; por manera que poco se les daría a ellos que en la Corte hubiese vicios, con tal que ellos fuesen Privados. Plutarco dice en el libro de Exilio, que era ley entre los Tebanos que después que llegase uno a edad de cincuenta años, no fuese osado de curarse con Médicos, porque decían ellos, que aquella edad no era ya para más vivir, sino para aparejarse cada uno a morir. Puédese de este ejemplo colegir, que la infancia que es hasta los siete años, y la puericia que es hasta los catorce, y la juventud que es hasta los veinte y cinco, y la virilidad que es hasta los cuarenta, y la senectud que es hasta los sesenta, súfrelse en la Corte vivir, mas después de los sesenta años, paréceme a mí que más tiempo de limpiar las redes, y contentarse con el pescado, que no de aparejar los barcos para ir a pescar de nuevo. Yo confieso, que en las Cortes de los Príncipes todos se pueden salvar, mas junto con esto nadie me negará, que no tienen allí grandes ocasiones para se condenar; porque según decía Catón Censorino: Los vicios aparejados ahogan a los buenos deseos. Por mucho que en la Corte presuma uno de hacer la santa vida, y hacérsenos hipócrita, soy cierto que no se escapará de murmurar su lengua, y de tener en su corazón envidia, y la causa de esto es, que como no van allí todos, sino a tener, y a valer, cosa notoria es, que han de tener envidia de los que le pasan, y murmuran de los que se le igualan. Sano consejo sería que los que en las Cortes de los Príncipes se han dejado, no sólo hacer viejos mas aun tornar rancios, que los días que les quedan, se precien de vivir como Cristianos, y no de andar como Cortesanos; por manera, que si dieron la harina al mundo, den ya siquiera los salvados a Dios. En las casas reales todos desean allí vivir, y por otra parte todos prometen de allí no morir, pues si esto es así, sobrado atrevimiento, querer ninguno en tal estado vivir, en el cual por todos los tesoros del mundo no querría morir. Yo fui Cortesano, y ahora estoy retraído, y digo así, que si un hombre gustase una vez qué bienes trae consigo el reposo, tengo por imposible que no aborreciese de ser Cortesano: mas ay dolor, que como los tales no se acuerdan que hay otra vida, no quiere Dios darles reposo en ésta: porque reposo, y contentamiento, nunca entraron por las puertas del hombre vicioso. ¡Oh Cortesanos, y Privados! Avísoos, y tórnoos a avisar, que no aguardéis a quebrar las alas al tiempo, cuando, ni para pelarlas tenéis tiempo, ni aun tenéis tiento: porque gastado el acero, mal corta el cuchillo, y el que no tiene ya muelas, de mal le hará roer los huesos. Vosotros, y yo, yo y vosotros, si nos parece que la viña de nuestra juventud está ya vendimiada, andemos si más que no a la rebusca de la enmienda, y si las cubas de nuestra cosecha se estragaron con nuestras perversas obras, remostémoslas con mosto nuevo, de nuevos, y buenos deseos. Si el retraerse de la Corte es sano consejo para los

Cortesanos digo que es necesario, y muy necesario para los Privados, y valerosos: porque los otros esperan de un día a otro subir, mas los Privados no pueden esperar, sino de una hora a otra caer.

CAPÍTULO XVII

DE CÓMO LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES SE HAN MUCHO DE GUARDAR, DE NO TENER CONVERSACIÓN CON MUJERES DESHONESTAS Y DESPACHARLAS CON BREVEDAD A LO QUE SON NEGOCIANTES.

Tito Livio, y Plutarco dicen, que tenían los Romanos en tan suprema veneración a los hombres, que guardaban castidad, y a las mujeres que se preciaban de su virginidad, que les ponían estatuas en el Senado, los subían en los carros triunfales, se encomendaban en sus oraciones, repartían con ellos sus haciendas; y los adoraban como a Dioses: porque les parecía a ellos, que vivir en la carne sin carne, más era por obra divina, que no por industria humana. De Apolonio Tianeo escribe Filóstrato, que nació sin tener su madre dolores, que le hablaban a la oreja los Dioses, que resucitaba a los muertos, que sanaba a los enfermos, que conocía los pensamientos, que decía lo que había de ser, que le servían los Reyes, que le adoraban los Pueblos, y que se andaban tras de él los Filósofos:

mas que con todas estas cosas, a ninguno espantó tanto, como fue con que jamás fue casado, ni con alguna mujer infamado. Sobre el cerco de Cartago presentaron a Escipión una doncella Numidiana, que era cautiva, y hermosa: a la cual no sólo el buen Escipión no quiso tocar, mas aun la mandó libertar, y casar: y por cierto los escritores Romanos loan más a Escipión lo que hizo con aquella doncella, que no haber vencido a Numancia, libertado a Roma, asolado a Cartago, socorrido a Asia, y ennoblecido a su República: porque en todas aquellas ilustres hazañas, guerreaba a los otros, mas en el hecho de la carne peleaba contra sí mismo. Gran cordura han menester los hombres, para en este vicio saberse tener, y poderse valer, porque el apetito que tenemos de comer cada hora, aquel mismo tenemos de caer en este vicio cada día. Terrible, imó terribilísima guerra es, la que la carne hace al espíritu, y el espíritu padece de la carne: pues no se puede vencer, sino es huyendo las ocasiones, refrenando los deseos, castigando la carne, disminuyendo los bastimentos, creciendo en disciplinas, bañándose en lágrimas, y cerrando a nuestra voluntad las puertas.

Ojalá el vicio de la carne fuese descalabradura, que tomarle yamos la sangre, fuese mal de corazón que aplicarle yamos una pictima, fuese mal de hígado

que vutarle yamos, fuese mal de bazo que desopilarle yamos, o fuese mal de cólera que purgarle yamos: mas ay dolor, que es mal tan sin piedad, que ni quiere que le llamen médicos, ni sufre que le hagan regalos. No podemos negar ser grave la guerra que hay entre los de la República, y que es muy grave la que el marido, y la mujer tienen en casa: mas yo juro, y perjuro, que es muy más gravísima, la que tiene con su propia persona: porque a ninguno podemos con verdad llamar nuestros propios enemigos, sino son a nuestros propios deseos. En la posada de un Caballero Cortesano vi escritas estas palabras, las cuales con letras de oro habían de estar escritas, que decían asi:

En la guerra que poseo

Siendo mi ser contra sí:

Pues yo mismo me guerreo

Defiéndame Dios de mí.

El que esto dijo no me parece a mí que debía ser negocio, ni aun mal Cristiano, pues no buscaba dineros, ni hacía pertrechos, ni traía ingenios, ni llamaba a sus amigos que le favoreciesen contra sus enemigos, sino que solamente pedía favor, y socorro contra sus propios, y torpes deseos: en lo cual él tenía por cierto razón, porque de sus enemigos puédese hombre ausentar, mas de sí mismo es imposible huir. Cosa es por cierto más para llorar que no para escribir, ver que muchedumbre de enemigos corporales no nos pueden atropellar, ni menos vencer, y después cuando no nos catamos estando a solas, este solo vicio nos hace tropezar, y caer. Ni que se acojan a sagrado, ni que asan del Sacramento, ni que se metan en Monasterio, ni que se suban al Reino, ni que destierren del Reino, ni que muden estado, abasta a los hombres mortales para poderse escapar de este vicio, sino que cuanto más en pos de él osaren correr, tanto de mayores riscos los ha de despeñar. Si para todos los vicios resistir, habemos de estar apercibidos, conviénenos contra este de la carne estar siempre armados: porque no hay vicio hoy en el mundo, de quien no escapen muchos, sino es el de la carne, donde atollan todos. Que sea esto verdad paréceme muy claro, en que la soberbia no reina, sino entre los no iguales, la ira entre los mal sufridos, la gula entre los golosos, la avaricia entre los ricos, la acidia entre los regalados: mas el pecado de la carne, generalmente entre todos. Por no se querer esforzar, y a este vicio resistir, vimos a los Reyes perder sus Reinos, a los Grandes sus Estados, a las casadas su fidelidad, y aun a las Religiosas su integridad: por manera, que es este maldito vicio como la chinche, que estando viva muerde, y estando muerta hiede. Ni supo David aprovecharse de su prudencia ni Salomón de su sabiduría, ni Absalón de su hermosura, ni Sansón de sus fuerzas: pues la fama

que ganaron por tener como tuvieron tantas gracias, la perdieron por una conversacion de unas mujercillas. Olofernes, Aníbal, Ptolomeo, Pirro, Julio César Augusto, Marco Antonio, Severo y Teodosio, y otros grandes Príncipes con ellos ¿por ventura no vimos en su presencia de estos estar muchos Reyes sin coronas, y después vimos a ellos que delante de sus amigas, estaban de rodillas? Graves autores de los Lidios cuentan que entrando de súbito a hablar a Hércules, le hallaron en el regazo de su amiga, la cual le estaba sacando unos aradores de los dedos, y en la cabeza de Hércules estaba un zapato de su amiga, y en la cabeza de su amiga estaba la corona de él. También se escribe de Dionisio Siracusano, que siendo como era más cruel que las bestias, vino después a ser tan manso por manos de una su amiga, que se llamaba Mirta, que en las provisiones, y despachos que tocaban a la República, Dionisio los ordenaba, y Mirta su amiga los firmaba. Atanarico, famosísimo Rey que fue de los Godos, si la historia de los Godos no nos miente, todos los que le vieron triunfar de Italia, y señor de la Europa, le vieron tan enamorado, y tan perdido de su amiga Pincia, que si ella peinaba a él los cabellos, el buen Rey masolaba a ella los zapatos. Temístocles famoso Capitán que fue entre los Griegos, este tan ilustre varón se enamoró de una mujer que en la guerra de Egipto había tomado cautiva: la cual como enfermase gravemente, todas las veces que se purgaba ella, se purgaba también él, y si la sangraban a ella sangraban también a él: y lo que más es, que con la sangre que sacaban a ella del brazo, se lavaba él el rostro:

por manera, que con verdad podremos de ellos decir, que si ella era prisionera de él, él era cautivo de ella. Cuando el Rey Demetrio tomó a Rodas, cautivó allí una mujer muy hermosa, la cual él tomó por amiga: andando, pues, los tiempos, y creciendo entre ellos los amores, fue el caso, que como ella hiciese con él de la enojada, y no quisiese asentarse con Demetrio a comer, ni menos irse a dormir, no acordándose Demetrio que era Demetrio, no sólo pidió perdón a ella de rodillas, mas aun la llevó hasta la cama a cuestas. Mirónides el Griego, ni porque venció al Rey de Beocia, dejó él de ser vencido de los amores de su amiga Numida, y como él se enamorase de su persona de ella, y ella se acodiciase a lo que tenía él, hubiéronse de convenir, en que le dio a ella todo cuanto había tomado en la guerra de Beocia, porque ella dejase dormir a él con ella en su cama una noche. En diecisiete años que tuvo Aníbal guerra contra Roma, nunca fue vencido, hasta que los amores de una moza le vencieron en Capua, y por cierto que podremos con verdad decir, que fueron para él crueles dolores, más que dulces amores, pues de allí le sucedió, que después de haber tantos años acoceado a Italia, vino a ser vencido en los campos de su tierra. De Falaris el tirano, dice Plutarco en los libros de su República, que jamás condescendió a ruego que hombre bueno le rogase, ni negó cosa que mujer mala le pidiese. No pequeño, sino muy grande escándalo se levantó en la República Romana, a causa que el Emperador Calígula dio no

más de seis mil sestercios para reparar los muros de Roma, y dio por otra parte cien mil sestercios para aforrar una saya de su amiga. De todos los ejemplos sobre dichos se puede colegir, cuán peligrosa cosa es al Cortesano con mujeres de mala arte tratar: porque la mujer tiene la propiedad de la liga, es a saber, que es fácil de tomar, y muy difícil de despegar. Arriba rogamos a los Cortesanos, y Privados, de dos de los Príncipes, que no fuesen absolutos en el mandar: aquí les amonestamos, no sean disolutos en el adulterar, porque en este vicio de la carne, aunque no es el más grave en la culpa, es el más peligroso de todos para la fama. No hay hoy en el mundo Rey, ni Prelado, ni Caballero tan derramado, que no quiera que su criado sea recogido: por manera, que el Privado que disolutamente quisiere vivir, es imposible que en la privanza pueda mucho tiempo permanecer. A muchos hemos visto en las casas Reales, y aun también en las Repúblicas, perder sus haciendas, y caer de sus honras; no por la soberbia que mostraron, ni por la envidia que tuvieron ni por las riquezas que robaron, ni por las blasfemias que dijeron, ni por las traiciones que cometieron, sino por la fama que con mujeres tuvieron:

porque las mujeres son como los erizos, que sin ver, ni saber qué tienen en las entrañas, nos sacan primero sangre con sus espinas. No se debe nadie fiar, ni menos confiar, en pensar que si algo hiciere o cometiere que ni el Rey lo sabrá ni por la Corte se divulgará: porque es de tal calidad este vicio, que si se puede cubrir con las cortinas, no se puede encubrir a las lenguas. Por cuerda, por sabia, y discreta que sea una mujer, a la hora que condesciende a lo que le van a rogar, en la misma hora se determina de a otra amiga suya lo descubrir:

porque las tales, más se precian de ser amigas de un Privado, que no de ser fieles a su marido. En las Cortes de los Príncipes vi a muchas mujeres, que de verdad eran humildes, piadosas, pacientes, caritativas, prudentes, devotas, y honestísimas, mas entre todas ellas a ningunas conocí que fuesen secretas, sino que todo lo que un hombre quisiere que sea muy público, dígaselo a una mujer en muy gran secreto. No sé en qué cae esto, que vemos a una mujer que trae sobre sí una madeja de cabellos, una cofia, un trenzado, un tocado, unos chocallos, una gorguera, una camisa, una basquiña, una saya, un mongilón, un manto, unas gargantillas, ajorcas, unos anillos, unos chapines, un sombrero, y puede traer sobre su cuerpo toda esta ropa, y no puede guardar en su pecho una palabra secreta. Cosa es de ver, lo que un Cortesano hace por una mujer alcanzar, es a saber, que palabras le dice, qué suspiros le echa, qué servicios le ofrece, qué joyas le presenta, qué torres de viento le hace, qué congojas finge, y qué mentiras le hace en creyente: y como las mujeres son de esta calidad, que son vanas, y livianas, con pequeños dones se vencen, y con muy pocas palabras se engañan. Estánse, pues él, y ella juntos un año, y dos, y tres, y cuatro años: y no es mucho si son cinco, y como digo años, no será mucho que sean meses, al cabo de los cuales entra entre ellos tal odio, que él aborrece lo

que antes amaba, huye de lo que seguía, pena con lo que descansaba, empalagóse con lo que comía, y no puede mirar aun a ella a la cara: por manera, que si anduvo tres años por la alcanzar, anda después seis por de sí la sacudir. Guárdense los Cortesanos, y Privados, de tomar en cada parte amores juveniles, y deshonestos, que el frescor, y el calor, y el olor de la rosa tras que andan, no les dura una hora, y las punzadas, y heridas de la zarza, les dura toda su vida. En ninguna cosa puede un hombre tanto errar como es en osarse de una impúdica mujer encargar: porque si la quiere en la Corte traer consigo, esle costa, esle afrenta, y es le conciencia: pues si la quiere despedir, dice ella, que no se quiere ir; y si por fuerza la quiere echar, primero en media Corte se ha de saber: por manera, que cosas que habían pasado entre ellos muy delicadas son después a todos notorias. No inmérito dijimos que se le sigue al Cortesano gran costa de traer consigo a una mujer enamorada: porque ha de dar a una moza que la sirva, a la huesped que la encubra, al alguacil que disimule, al aposentador que la aposente, al paje que la visite, y a ella con que se sustente: por manera, que a las veces cuanto un triste Cortesano puede ganar, para sustentar una amiga, lo ha menester. Ténganse por dicho los Cortesanos, que no pueden permanecer mucho tiempo en los amores, ni aun los pueden tener muchos días encubiertos: porque el ama que lo encubrió, o la alcahueta que lo negoció, o el paje que lo solicitó, o el vecino que lo vio, o el criado que lo sospechó, o la madre que la vendió, lo vienen a descubrir, y del descubrir vienen a reñir, y del reñir vienen a se infamar: por manera, que de grandes enamorados, vienen a ser crueles enemigos. No es tan malo el gorgojo para el trigo, la langosta para las mieses, el pulgón para las viñas, el gusano para la fruta, la carcoma para la madera, y la polilla para la ropa, como la mujer que en otro tiempo fue amiga, y después se tornó enemiga: porque la tal en el tiempo de la amistad metió a saco la hacienda, y después que se apartaron, hacer carnicería en la fama. ¿Qué diremos, pues, del Cortesano que tiene una amiga, y se atreve a tomar otra? Digo que al tal más le valiera no nacer, que con tal mujer conversar:

porque a la primera amiga no la amansará con ruegos, ni la halagará con dádivas, ni la callará con promesas, ni la satisfará con lisonjas, ni aun la sojuzgará con amenazas. No es el mar Océano tan bravo, ni el cuchillo del verdugo tan cruel, ni el rayo tan furioso, ni el trueno tan espantoso, ni el alacrán tan ponzoñoso, como lo es una mujer mala, cuando tiene sospecha que su amigo anda con otra: porque a él infama, a la amiga persigue, a los vecinos escandaliza, a los parientes se queja, a la justicia avisa, a los Provisores lo denuncia, y sobre ellos, como sobre enemigos, siempre tiene espía. Ojalá tuviese el Cortesano tanta cuenta con su conciencia como la tiene su amiga con su vida:

porque le hago saber, sino lo sabe, que ella acecha a él todos los pasos que

anda, y le cuenta todos los bocados que come, y le pide celos de todo lo que hace, y se pone a adivinar todo lo que quiere: por manera, que quien quisiere tomar de su enemigo una muy cruda venganza, granjéele que tome una mala mujer por amiga. No piense que tiene pequeña guerra, el que a su amiga ha cobrado por enemiga: porque el hombre honrado, más ha de temer a la lengua de la mujer, que no al cuchillo del enemigo.

Quererse ningún hombre de bien poner con una mujer en cuenta, no es más que querer lavar un césped, o un adobe en el agua, sino lo que debe hacer es, no pedir este cuenta en lo que ha dicho, sino poner en medio en que no diga más:

porque las mujeres quieren supremamente gozar de lo que aman, y seguir hasta la muerte a lo que aborrecen. Guárdense, pues, mucho de andar en semejantes pasos, los que tienen en las casas Reales preeminentes oficios: porque no se sufren, que por ser ellos de los Príncipes Privados, han de ser en los vicios más exentos que todos. Por ninguna manera conviene al que es privado, osarse estar con alguna infame mujer avisado, porque a mejor librar, él escapará de sus manos de ella dañada la conciencia, escandalizada la parentela, consumida la hacienda, enferma la persona, destruida la fama, y ella cobrada por enemiga: porque no hay mujer que en el amar tenga orden, ni en el aborrecer tenga fin. ¡Oh cuánto aviso han de vivir los que en las Cortes de los Príncipes han de andar! Porque van a sus escritorios muchas mujeres, no sólo a negociar, mas a se ofrecer, no sólo a pleitear, mas aun a se concertar, y el concertarse, no será con quien le pedía la hacienda, sino con él que le requería la persona. Los criados, y Privados de los Príncipes, de toda mala compañía de mujeres deben estar limpios, y mucho más de las que delante de ellos tienen negocios: porque gran ofensa harían a Dios, y gran traición al Rey, y a que no pueden enviarlas despachadas, las enviasen infamadas. A mucho se obliga el que de mujer negociante se prenda:

porque a la hora que ella le empeñó su persona, ya quedó él obligado a desmarañar su causa. No sin lágrimas lo digo esto que quiero decir, y es, que vienen muchas mujeres a las Cortes de los Príncipes con negocios de mala condición, y aun de mala digestión, las cuales toman por medio de encomendarse, o por mejor decir, arrimarse a un Privado, o a otro que esté favorecido, y después cuando no se catan, el injusto fornicio hizo, que el pleito de ella fuese justo. Miento si no me aconteció en la Corte con un oficial del Rey, que rogándole yo por los negocios de una huesped mía, él me preguntó si era hermosa, y como yo le dijese que era asaz hermosa, respondió él: Enviadla acá señor maestro, que con toda voluntad entenderé en su negocio: porque os hago saber, que mujer hermosa nunca fue de mi casa mal despachada. Muchas mujeres andan en la Corte absolutas, y disolutas, las cuales no contentas con despachar sus negocios, se ofrecen, y traen por granjería despachar otros

negocios ajenos: por manera, que acaban ellas con halagos, lo que no pueden acabar hombres muy graves con ruegos. Deben también los Privados de los Príncipes ser recatados, no sólo con la conversación que con mujeres han de tener, mas aun en la manera que las han de oír: por manera, que a todo lo que ellas les dijeren guarden secreto, mas el lugar a do las han de oír, ha de ser público.

CAPÍTULO XIX

QUE LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES SE DEBEN MUCHO GUARDAR, DE NO SER ROTOS EN LAS LENGUAS, Y MALICIOSOS EN LAS PALABRAS.

Anaxarco el Filósofo, preguntado, qué era la causa porqué había naturaleza ordenado de tal manera los miembros del cuerpo, y qué fue su fin de cada miembro en tal lugar asituar, y asentar. Llegando a hablar de la lengua, dijo: Habéis de saber, Discípulos, que no sin muy profundo misterio nos dio naturaleza dos pies, dos piernas, dos brazos, dos manos, dos orejas, y dos ojos, y no más de una lengua, para denotar que el andar, y en el ver, y oler, y oír, podemos ser largos, mas en el hablar conviene seamos cortos. Y dijo más: No tampoco vaca de misterio, que naturaleza nos dio descubierta la cara, los ojos, las orejas, las manos, y los pies, excepto la lengua, la cual cercó con quijadas, barreó con encías, almenó con dientes, y cercó con los labios, para denotar, que no hay cosa en esta vida, que tenga necesidad de tanta guarda, como es nuestra desenfrenada lengua. Pítaco el Filósofo decía, que la lengua era de hechura como de hierro de lanza, mas era peor que no la lanza; porque la lanza hiere no más de en la carne, mas en la lengua traspasa el corazón. Bien me parece lo que dijo este Filósofo, pues no hay hombre honrado, y virtuoso, que no tenga por menos mal, se cebe en sus carnes la sanguinolenta espada, que no se encrulezca en su fama, una lengua absoluta; porque por fiera que sea una herida, al fin se cierra; mas la mácula de la infamia, tarde, o nunca se suelda.

Guárdanse los hombres, de no entrar en agua, por no se ahogar; de llegar al fuego, por no se quemar; de entrar en batalla, por no morir; de no comer cosas malas, por no enfermar; de no subir en alto, por no caer; de andar a oscuras, por no tropezar; y de aires importunos, por no se resfriar; y no veo que se guardan de los hombres maldicientes, porque no los hayan de infamar; como sea verdad, que en ninguna cosa puede tener hombre tanto peligro, como es en tratar, o vivir cabe hombre, que es disoluto en las costumbres, y absoluto en las palabras. Fornio el Filósofo preguntando ¿que por qué lo más del tiempo se

andaba por las montañas, pues se ponía a peligro que le comiesen las bestias fieras? Respondió: Las bestias fieras, no tienen más de los dientes para me despedazar, mas los hombres con todos sus miembros, no dejan de me ofender, es a saber, que con los ojos me mofan, con los pies me cocean, con las manos me lastiman, con el corazón me aborrecen, y con la lengua me infaman; por manera, que cualquier hombre vive más seguro entre los animales brutos, que no entre los hombres maliciosos. Plutarco en el libro de Exilio dice: que los Lidos tenían por ley, que así como a un homicida echaban a las galeras a remar, así al que era maldiciente, le mandaban medio año o uno callar; y muchas veces los tales maldicientes elegían querer más hablar, y remar tres años en la galera, que no callar un año en la República. Conforme a esta ley mandó el Emperador Tiberio a un hombre muy parlero, que no hablase, sino que fuese mudo un año, y dice la historia, que callaba, y no hablaba: mas que junto con esto, más mal hacía en la República, sólo con los dedos por señas, que otro podía hacer con palabras. De estos dos ejemplos se puede colegir, que pues no basta a los hombres maldicientes en secreto amonestar, ni como amigos rogar, ni bienes les hacer, ni echarlos a remar, ni mandarles algún tiempo callar: mi parecer sería, que de los Concejos, Ayuntamientos, Colegios, Cabildos, y Repúblicas los quisiesen desterrar; porque por muy poquito que esté la manzana lastimada, basta para en breve tiempo pudrirse por allí toda. Demóstenes el Filósofo, tenía grande autoridad en la persona, y gravedad en las costumbres, y muy gran eficacia en las palabras, mas junto con esto era tan determinado, y tan locace en todo lo que él quería, que temblaba de él toda la Grecia, y a esta causa se juntaron un día todos los de Atenas en la plaza, y señaláronle un gran salario de bienes de la República, protestándole que no se lo daban porque leyese, sino porque callase. El gran Cicerón, fue diestro en la guerra, amigo de la República, y Príncipe de la lengua Latina: mas al fin, si Marco Antonio su enemigo antiguo le mandó matar, no fue por lo que hizo, sino por lo que dijo Salustio, noble Poeta, y famoso Orador Romano, fue aborrecido de los Extranjeros, y perseguido de los naturales; y esto no por más de porque jamás tomaba peñola en la mano, sino para escribir contra unos, ni le vieron abrir la boca, sino para decir mal de otros.

Plutarco en los libros de su República dice: que entre los Lidos tenían por inviolable ley en su República, de no matar al que a otro quitaba la vida, sino al que a otro robaba la fama; por manera, que entre aquellos Bárbaros barbarísimos, por mayor delito se tenía el infamar, que no el matar. El que me quema la casa, lastima la persona, y roba la hacienda, no puedo de él tal decir, sino que me daña, mas del que pone en mi fama lengua, de este diré que me injuria, y el que ha injuriado a otro en la fama, téngase por dicho, que trae en peligro la vida; porque no hay en el mundo injuria tan pequeña, que no esté en lo profundo del corazón depositada, hasta verse vengada. En las Cortes de los Príncipes, más pasiones, y rencores se engendran por palabras feas, que unos

de otros dicen, que no por las obras malas que entre sí hacen. No sé yo porqué enclava la mano al que echa mano a la espada, y disimulan con el que saca sangre de la lengua. ¡Oh cuán gran bien sería para la República, si como hay pragmática para quitar las armas, hubiese ley para arrancar las lenguas! En un bueno no hay igual poquedad, y en un malo no debe de haber mayor maldad, que es ser desbocado, y deslenguado; porque el tal vive muy engañado, si diciendo el mal de todos, no piensa que todos dicen mal de él. En los tiempos que yo andaba en la Corte, murió un Caballero, al cual como le loásemos de noble, esforzado, generoso, y buen Cristiano, y sobre todo, que nunca supo decir mal de nadie, atravesóse uno de los que allí estaban, y dijo: Séos decir, que si nunca dijo mal de alguno, nunca supo qué cosa era un rato bueno. Oídas estas palabras los que allí estábamos nos escandalizamos, aunque lo disimulamos, y con mucha razón nos indignamos, y escandalizamos; porque el más supremo género de maldad, es, tomar un hombre por pasatiempo, decir mal de su prójimo. El Rey Darío, estando un día comiendo, movióse plática a su mesa de hablar de Alejandro Magno, y como un su muy querido Capitán, que había nombre, Miño, cargase mucho la mano en decir mal de Alejandro Magno, díjole Darío: Calla tu lengua, Miño, que yo no te traigo en esta guerra, para que deshonres a Alejandro con la lengua, sino para que le venzas con la espada. De este ejemplo se puede colegir, cuán maldito vicio es el murmurar, pues vemos que los mismos enemigos, no quieren que les digan mal de sus propios enemigos: y esto no cae sino en hombres callados, y profundos; porque el corazón generoso, tiene por injuria vengar la injuria con la lengua, sino con la espada. A todos en general pertenece ser en la lengua muy atinados, y muy medidos, mas mucho más lo han de ser los que a los Príncipes son aceptos; porque el Privado del Rey hase de preciar de hacer a todos bien, y guárdese mucho de decir de nadie mal. Tienen tantas centinelas, y atalayas sobre sí los oficiales de los Príncipes, que pues cada paso les levantan lo que no piensan, muy mejor les acusarán de alguna palabra mala, si les oyen. A los que están en la cumbre de la privanza, si quieren tenerse, o entretenerse, muy necesario les es dar las palabras arrasadas, y las mercedes cogolmadas. No sólo se han de guardar de decir mal de alguno, mas aun de hablar largo, y mucho; porque los hombres muy habladores, allende de estar desacreditados, son tenidos por desbaratados. Príncipe fue muy honrado, y muy temido, y muy osado, y asaz esforzado Piteas, gran Duque que fue de los Atenienses, mas al fin escribe de él Plutarco, que a sus muy esclarecidas hazañas, oscurecieron sus sobradas palabras. Los hombres muy locuaces, y parleros, aunque sean generosos, en sangre, y ricos en hacienda, no son creídos, ni menos acatados, porque todo el tiempo que aquellos consumen en hablar, emplean los que los oyen en de ellos burlar. Qué mayor afrenta puede ser para un Cortesano que es parlero, hablador, y deslenguado, sino pensando el que le están todos escuchando no es así, sino que están todos de él burlando. No es aún nada

esto, sino que todos los con quien él está hablando, están entre sí torciendo las bocas, jugando de barba, guiñando los ojos, rebatiéndole las palabras; y esto no es para se las alabar, sino para idos de allí, de él, y de ellas burlar. Cosa es de notar, en que si delante de un hablador, y locuaz hablan de guerra, o de ciencia, o de caza, o de agricultura, o de otra cualquier cosa, aunque sea muy peregrina la materia, luego falta el hablar en ella, y para probar lo que ha dicho, luego trae un ejemplo, el cual dice que ha visto, o leído, u oído, y es muy gran burla decir que lo ha visto, o leído, u oído, sino que lo fingió de súbito allí para decir, o por mejor decir para mentir. Achatico el Filósofo, como en un convite se hallase, y los otros convidados le dijesen, ¿que por qué no hablaba, y se regocijaba? Respondióles: Mucho más es saber el hombre en qué tiempo ha de hablar, que no saber hablar; porque el bien hablar, dalo naturaleza, mas en qué tiempo ha de hablar, procede de cordura. Epiménides el Pintor, fue de Rodas a Asia, y como después de grandes tiempos tornase a Rodas, jamás le oían decir palabra de cosa que hubiese visto, ni le hubiese acontecido, por cuya causa le rogaron un día los Rodos, que les dijese algo de lo mucho que había visto y padecido, a los cuales respondió: Anduve por la mar dos años por acostumbrarme a padecer, y desterréme diez años en Asia por me avezar a pintar, y estudié en Grecia seis años por me acostumbrar a callar, ¿y queréis ahora vosotros que me asiente a parlar, y nuevas os contar? No vengáis más con esta demanda, oh Rodos, porque a mi oficina habéis de venir a comprar pinturas, y no a preguntar nuevas.

En años tan proljjos, y en Reinos tan extraños, no es menos sino que Epiménides había visto muchas, y varias cosas dignas de contar, y dulces de oír, y no quiso contarlas, ni menos representarlas, y por cierto en este caso él lo hizo como Filósofo, y respondió como hombre cuerdo, porque contar cosas peregrinas, y novedades de tierras extrañas, son pocos los que les dan crédito, y muchos los que ponen a ellas escrúpulo. Pitágoras el Filósofo, preguntado, ¿que por qué hacía tener tanto silencio en su Academia? Es a saber, que por espacio de dos años, no habían sus Discípulos de hablar palabra, respondió: En las Academias de los otros Filósofos, enseñan a sus Discípulos a hablar, mas en la mía no enseñan sino a callar; porque no hay en el mundo tan alta Filosofía, como es saber el hombre refrenar su lengua. Cosa es muy digna de notar, ver un hombre, que por curso de tiempo los cabellos se le tornan blancos, la cara arrugada, las orejas sordas, los pies hinchados, el hígado escalentado, el bazo opilado, el cuerpo flaco de la vejez, ya todo consumido, excepto el corazón, y la lengua; los cuales jamás vimos en ningún viejo envejecer, sino cada día más enverdecer, y lo que es peor de todo, que todo lo malo que el corazón piensa, a la hora la maldita lengua lo parla. Hay en la Corte de los Príncipes algunos hombres, que presumen de graciosos, y regocijados, los cuales por decir una gracia, dicen primero una mentira, a los cuales con más justo título los llamaremos crueles infamadores, que no

sabrosos decidores. Maldito sea el hombre, que en perjuicio de tercero presume de ser gracioso, y de los tales a muy pocos vemos decir gracias, sin que primero hagan una pepitoria de malicias. A muchos muchas veces hacemos honra, no por el amor que tenemos a sus personas, sino por el miedo que habemos a sus lenguas, y que hagan esto hombres discretos, y sabios, no se les ha de atribuir a mal, pues vemos que no consiste en más la honra de un bueno, de cuanto ponga la lengua en su fama un malo. En mis tiempos residía en la Corte un Caballero, noble en sangre, y generoso en la persona, al cual como yo le reprehendiese, que porqué era tan libre en el vivir, y tan absoluto en el hablar: respondióme: por Dios señor Maestre, que me levantan testimonio, los que dicen que yo levanto a otros testimonio falso: lo que pasa en este caso es, que si yo veo algún testimonio levantar, sosténgole, y no le dejo caer. Oh cuánto mal hace el que mal de otro dice, pues peca el que lo levanta, peca el que lo hace, peca el que lo publica, peca el que lo oye, peca el que lo cuenta, peca el que lo renueva, y sobre todos peca el que lo sustenta. Deben asimismo pensar los Privados de los Príncipes, en que si les está mal ser hombres verbosos, les conviene Secretarios muy secretos: porque el Príncipe no tiene otro gran relicario, como es el pecho de su criado. No inmérito digo, que deben ser, no sólo secretos, mas aun secretísimos: porque el Privado del Rey, en mucho más ha de tener los secretos que el Príncipe le descubre, que no las mercedes que le hace. No pequeña, sino muy gran virtud es en un hombre ser callado; al cual todo lo que dice en secreto, no es más que echarlo en un pozo: porque hay otro género de hombres, los cuales aun sus propios defectos no saben callar, y los ajenos tienen oficio de pregonar. Cecilio Metelo preguntado por un su Centurio, qué era lo que había de hacer otro día, respondió: No pienses Centurio, que lo que tengo de hacer, así fácilmente lo suelo descubrir, porque si supiese, que sabía mi camisa lo que yo había de hacer mañana, a la hora la desnudaría, y en el fuego la quemaría. No es igual confianza, confiar de unos dineros, y confiar de otros secretos, pues vamos que el Príncipe confía de muchos su hacienda, mas no a más de uno su corazón: de lo cual se infiere, que aquel en quien deposita el Príncipe su secreto, aquél es su mayor Privado. Han de ser los Privados de los Príncipes tan secretos, que cosa que vean al Príncipe delante otros hacer, aunque las digan otros, no las deben ellos decir: porque muchas cosas hay, que si las oyen al Príncipe las tomaría de burla, y oyéndolas al Privado las toman de veras. Hablando en este caso en general, decimos que muy gran obligación tienen los amigos de guardar el secreto de sus amigos: porque el día que yo descubro a uno mi voluntad, aquel día le hago señor de mi libertad. No piense que ha hallado pequeño tesoro, el hombre que ha hallado amigo de quien se fíe su secreto: porque no es tanto fiar los tesoros que están en las arcas, como contar los secretos que están en las entrañas. Plutarco, dice, que teniendo los Atenienses guerra con el Rey Filipo, acaso tomaron unas cartas que enviaba el

Rey Filipo a su mujer Olimpias, las cuales enviaron cerradas, y selladas sin abrirlas, ni tocar a ellas, diciendo, que pues ellos por sus leyes eran obligados a guardar secreto, no las querían ver, ni leer en público. Diodoro Siculo, dice, que entre los Egipcios era cosa criminal descubrir los secretos, lo cual prueba por ejemplo de un Sacerdote que violó en el Templo de Isis a una Virgen, y como el uno, y el otro se fiase de otro Sacerdote, no curó aquel de guardar los secretos, sino que así como le vio, le descubrió, y puesto el caso en rigor de justicia, mandó el Juez, que a los concubinarios matasen, y al Sacerdote desterrasen. Agraviándose, pues, aquel Sacerdote de tan injusta sentencia, diciendo que lo que él había descubierto, había sido a favor de la justicia, respondió el Juez: Si tú sólo lo supieras, sin que ellos supieran que tú lo sabías, razón tenías de te quejar, mas a la hora que ellos fiaron de ti lo que querían hacer, y tú acertaste en secreto se lo guardar, si tú te acordaras de la obligación que tenemos, a lo que nos es dicho en secreto guardar, nunca lo osaras tú descubrir. Plutarco en el libro de Exilio, dice, que preguntó uno de Atenas a un Egipcio, que era discípulo de un Filósofo, que llevaba debajo de la capa cubierto; al cual respondió el Egipcio: Poco has estudiado para ser de Atenas, oh Ateniense, ¿y tú no ves que por eso llevo lo que llevo escondido, porque tú ni otro no sepáis lo que llevo? Anaxilio, Capitán que fue de los Atenienses, fue preso por los Lacedemonios, y puesto en tormento, para que dijese lo que sabía, y hacía el Rey Agesilao su señor, a lo cual él respondió:

Vosotros Atenienses tenéis autoridad para mis miembros descoyuntar, mas yo no la tengo para los secretos del Rey Agesilao mi señor descubrir. Lisímaco el Rey rogó mucho al Filósofo Filípides, que viniese, y se estuviese con él, al cual respondió el Filósofo: A mí me place de estar en tu compañía, pues eres amigo de la Filosofía, y si fueres a la guerra, yo iré, si me dieres tu hacienda, yo la guardaré, si tienes hijos, yo te los enseñaré, si pidieres consejo yo te le daré, y si me encomendares la República, yo la gobernaré, sola una cosa no me has de mandar, y es, que ningún secreto de tus secretos de mí has de fiar, porque podría ser que lo que dijeses a mí en secreto, lo dijeses en otra parte por descuido, y después dirías que lo había descubierto. Cosa digna de notar fue la de este Filósofo, pues aquello por quien mueren los hombres por alcanzar, sacó él por partidas de no lo saber: en lo cual nos dio a entender, que corre muy gran peligro aquel a quien el Príncipe descubre su secreto, porque es tan amigo de novedades nuestro corazón, que cada hora es mil veces tentado, para que descubra lo que le descubrieron en secreto. En los tiempos de ahora no se guardan los secretos, como se guardaban en Grecia: pues vemos, que si un amigo descubre a otro amigo una sola palabra, la halla otro día enclavada en la picota. Hay algunos hombres que son muy codiciosos de cosas secretas saber, y hacen juramentos de no las descubrir, y después que las saben, son como perros conejeros, que andan de acá para allá a oler, y después que acaban de encerrar la caza, laman a los dueños que vengan a sacarla.

Aviso, y amonesto a todos los hombres discretos, que no traten ni se alleguen con los que no saben guardar secretos: porque el mal de los tales está, no sólo en que dicen lo que saben, lo que ven, y lo que oyen, sino que juntamente dicen lo que ellos con su malicia presumen. No es menos, sino que los hombres, como son humanos, han de tener algunas humanidades, es a saber que alguna vez han de entrampar en la carne, desmandarse en la gula, descuidarse en la acidia, atreverse a la avaricia, vencerse de la ira, hincharse con soberbia: pues si un hombre se acompaña con quien todas o algunas de estas cosas, le descubra, ¿qué otra cosa hace, sino poner fuego a su fama, y meter pestilencia en su casa? Por lo que he oído, y leído, y visto, y aun experimentado, digo, y afirmo, que no hay pan tan mal empleado, como el que se da al criado que no guarda a su señor secreto:

porque el tal no es servidor que le sirve, sino traidor que le vende. Vales tanto a los familiares de los Reyes, en guardar, y no descubrir cosa de su secreto, que han de pensar, y consigo imaginar, que cuando el Príncipe le descubre alguna cosa, que no se la dice, sino que le confiesa. Los Príncipes como son hombres, y en lo público tienen inmensos trabajos, no es menos sino que estando retraídos, algunas veces hablen, burlen, jueguen, suspiren, rían, riñan, amenazen, y se regalen: las cuales cosas aunque las hacen delante de sus criados, no por eso huelgan que se publiquen delante de su súbditos, y por cierto ellos tienen razón porque los hombres de autoridad, y gravedad, no pierden su crédito por hacer cosas graves, y peregrinas, sino por tomarlos en algunas liviandades, aunque sean muy pequeñas. No sólo los Privados, mas aun los Familiares que residen en Palacio, no deben decir, ni descubrir cosa que al Príncipe vean hacer; porque se han de tener por dicho, que más se sirve el Rey del Privado, o criado que dice lo que pasa en su cámara, que no del contador que le roba su hacienda. Dijeron a Dionisio Siracusano, que Platón le estaba aguardando a la puerta, y luego envió Dionisio a su camarero Brías, a preguntarle, qué era lo que quería, y Platón preguntó a Brías, ¿qué hacía Dionisio? Respondió que estaba desnudo, y en una tabla dibujando: lo cual sabido por Dionisio, movido con ira, mandó que a Brías le cortasen la cabeza, diciéndole: Yo quiero que como a traidor te corten la cabeza, pues te atreviste a descubrir los secretos de mi cámara; porque yo no te envié a Platón para que le dijeses lo que yo hacía, sino a saber de él lo que querría. Los Familiares de los Príncipes, aunque todos han de guardar las cosas secretas, mucho más las han de guardar de las mujeres, aunque sean sus mujeres propias; porque las mujeres cuanto son buenas para guardar, y allegar dineros, tanto son peligrosas para fiar secretos.

Aunque sepa una mujer que a ella le va la vida, a su marido la honra, a sus hijos la hacienda, a sus deudos la fama, y a la República la paz, poder podrá ella morir, mas no lo que se le dijo guardar, y al fin no por más descubren el

secreto, de porqué piensen los otros que ella manda a su marido. No quiero en esta materia más hablar: porque si dejase a la pluma su oficio hacer, descubierto había cantera, para edificar una torre muy alta. Finalmente digo por despedida, que aconsejo, amonesto, y apercibo a los familiares de los Reyes, no confíen los secretos reales de ninguno, por mucho familiar amigo, obligado, ni deudo que sea suyo: porque se han de tener por dicho, que pues el Privado no guarda secreto mandándoselo el Rey, mucho menos le guardará el amigo rogándoselo él. ¿No puedes tú guardar el secreto en que te va no menos de la privanza, y de la vida, y piensas que le guardará el otro, que en descubrirle piensa que gana honra?

CAPÍTULO XX

QUE LOS PRIVADOS DE LOS PRÍNCIPES DEBEN SOBRE TODAS LAS COSAS MUCHA VERDAD TRATAR Y POR COSA DE LAS DEL MUNDO, JAMÁS UNA COSA POR OTRA DECIR.

Epiménides el Filósofo preguntado por los Romanos, qué cosa era esta virtud, que se llamaba verdad, respondióles: La verdad es la que los Dioses más se precian, la cual escalienta los cielos, alumbra la tierra, sustenta la justicia, gobierna la República, no sufre en sí cosas malas, y aclara todas las cosas dudosas.

Chillo el Filósofo preguntado por Corintios, qué cosa era la verdad, respondió:

La verdad es un homenaje que nunca cae, un cliepo que no se pasa, un tiempo que nunca se turba, una flota que no perece, un mar que jamás se altera, y un puerto donde ninguno peligra. Anaxarco el Filósofo preguntado por los Lacedemonios, qué cosa era la verdad, respondióles: La verdad es una salud que nunca enferma, una vida que nunca acaba, un rocío que a todos sana, un Sol que jamás se pone, una Luna que nunca se eclipsa, una yerba que nunca se seca, una puerta que a nadie se cierra: y un camino que nunca cansa. Esquines el Filósofo preguntado por los Rodos, qué cosa era la verdad, respondióles: La verdad es una virtud, sin la cual la fortaleza es infame, la justicia es sanguinolenta, la humildad es traidora, la paciencia es fingida, la castidad es vana, la largueza es perdida, y la piedad es superflua. Farmaco el Filósofo preguntado por los Romanos, qué cosa era verdad, respondióles: La verdad es el centro donde todas las cosas reposan, es el norte por donde todos los marineros se guían, es el antídoto con que todos se curan, es la sombra donde todos descansan, y la luz con que todos se alumbran. Amigos debían de ser de la verdad estos tan grandes Filósofos, pues la encarecieron, y dieron tantos, y

tan extremados títulos. Dejemos ahora a los Filósofos que dijeron lo que supieron: quien encareció más la verdad, fue aquel Verbo divino, Hijo único del Padre, y mayorazgo de las eternidades, el cual puesto delante de Pilato, no dijo yo soy prudencia, yo soy justicia, o soy castidad, yo soy paciencia, yo soy humildad, yo soy caridad, sino dijo yo soy, y me llamo verdad, para denotar, que todas las criaturas pueden tener parte en la verdad mas Cristo mi Dios no tiene parte en la verdad, sino que es la misma verdad. ¡Oh de cuántos es esta virtud deseada, y de cuán poquitos, y aun poquititos es guardada! Porque la verdad no es otra cosa, sino un blanco donde todos los buenos asientan los ojos, y donde todos los malos caen de ojos. El Emperador Augusto en el triunfo de Marco Antonio, y de su amiga Cleopatra metió en Roma un Sacerdote Egipcio, varón que había sesenta años, del cual se averiguó, que en todos los días de su vida había dicho ni sola una mentira, y fue acordado por el Senado, que le pusiesen luego en su libertad, y que fuese sumo Sacerdote en los Templos, y que le erigiesen una estatua entre los varones antiguos. Esparciano dice, que en tiempo del Emperador Claudio murió un Romano, que había nombre Panfilio, del cual se averiguó que en todos los días de su vida con ninguno había tratado verdad sino mentira, y mandó el Emperador que careciese de sepultura, confiscasen sus bienes para la República, descimentasen su casa, y desterrasen a su muier, e hijos de Roma: porque de bestia tan ponzoñosa, no quedase memoria en la República. Eran aquel tiempo los Romanos, y los Egipcios mortales enemigos, de lo cual se puede notar, cuán fuerte es la fuerza de la verdad, pues Roma puso estatua a su enemigo por ser verdadero, y privó de sepultura a su hjjo por ser mentiroso. El hombre que es verdadero, por donde quiera puede andar, con todos puede tratar, a nadie debe temer, ninguno le puede acusar, a todos puede reprehender; finalmente digo, que puede con libertad delante todos hablar, y adonde quiera su cara descubrir. Para escoger a uno por amigo, ni han de preguntar si es prudente, justo, casto, paciente, solícito, esforzado, si no es ni hombre verdadero, porque averiguado en uno que trata verdad, es señal que se encierra en él toda virtud, y bondad.

Helio Esparciano en la vida de Trajano dice, que estando él cenando, se movió plática por los que estaban a la mesa, de la fidelidad, o infidelidad de los amigos con los amigos, y que les dijo Trajano, que no se acordaba haber tenido en su vida mal amigo, y como todos le suplicasen, dijese que había sido la causa de tan buen infortunio, respondió: La causa porque en esto he sido fortunado es, porque jamás tomé por amigo a hombre que fuese codicioso, y mentiroso: porque en el hombre que reina codicia, y mentira, con ninguno puede tener amistad verdadera. Mucho deben trabajar los hombres de bien, por tratar verdad, y hablar verdad, y esto sino lo hicieren por la conciencia, háganlo por vergüenza: porque no se puede en el mundo hacer un hombre mayor afrenta, que es averiguarle una mentira. Si a un niño toman en una

mentira, vemos que de pura vergüenza se le muda el gesto, ¿qué hará, pues, el hombre que tiene lleno de barbas el rostro?

Muchas veces me paro a pensar, que es lo que trabaja un mercader, porque no le tomen en posesión de mentiroso, y esto no por más de por no perder su crédito.

No lo hacen así los hombres de bien, no digo que lo son sino que lo presumen, los cuales no se les da más arrojar una mentira que perder una haba: de lo cual podemos inferir que tiene en más el mercader la hacienda, que los hombres mentirosos la honra. No hay cosa en que veamos a la verdad tanto peligrar, como es en la lengua, que nunca deja de hablar, porque es imposible que el hombre que habla mucho, no mienta en algo. No están en más todas las cosas, de la costumbre que toman en ellas, si nos acostumbramos a comer poco, con ello nos salimos, si a dormir poco, con ello nos salimos, y si a mentir mucho, con ello nos quedamos:

por manera, que hay muchos hombres que así como están acostumbrados a comer cada día, así están acostumbrados a mentir cada hora. Digamos ahora cuál es la mejor, y mayor cosa de esta vida que un hombre puede tener en ella, osáramos decir, que no es noble parentela, no la privanza, no el gran estado, no la salud, no la riqueza, sino que es sola la honra; la cual honra no pueden tener los hombres no verdaderos, porque no son en cosa creídos. Qué fama, ni qué crédito, ni qué honra, ni qué estima, ni qué bien puede tener aquel de cuya boca no vemos una verdad salir. El hombre que no trata verdad, ni es para que de él fíen, ni con él traten, ni mucho menos para que le amen, sino que como a infamador de nuestra fama debemos evitarle de nuestra compañía. Aníbal gran Príncipe que fue de los Cartaginenses, fue Príncipe muy animoso en emprender guerras, muy esforzado en seguirlas, y muy venturoso en acabarlas, mas Tito Livio mucho le nota de pérfido, y perjuro: porque jamás daba a sus amigos lo que prometía, ni guardaba lo que con sus enemigos capitulaba. No lo hizo así Neo Pompeyo hijo del gran Pompeyo, con el cual como cenasen en la mar Octavio, y Marco Antonio, sus dos mortales enemigos, envióle a decir Menodoro Capitán de su flota, que si quería alzaría las velas del navío, y echaría aquellos Príncipes a lo hondo, a lo cual respondió Pompeyo: Dile a mi Capitán Menodoro, que si yo fuera Menodoro como él, que nunca supo tratar verdad, ya lo hubiera hecho, mas si él fuera Pompeyo como yo soy, que con todos guardo fidelidad, no le pasara aun por pensamiento.

Palabras fueron estas dignas de tal Príncipe, y de hjjo de tan alto varón.

Herodoto dice: que los Egipcios cuando hacían amistades entre sí mismos, o consideraciones con los extraños, ataban los pulgares de los unos con los pulgares de los otros, luego dábanse sendas lancetadas en ellos, y a la sangre que de ellos salía, lamía el uno al otro, y el otro al otro con la lengua, y este

sacrificio era para denotar, que primero habían su sangre toda de derramar, que el uno al otro mentir. Qué cosa es ver a un hombre jurar por el sepulcro de San Vicente, por nuestra Señora de Guadalupe, por los Corporales de Daroca, por Santiago de Galicia, por la Véronica de Jaén, y por la Cruz de Caravaca, y esto no por más, de porque le crean una muy grande mentira, la cual tanto ha de ser menos creída, cuanto es más, y más jurada. Regla es, que en pocos falta, si quieren mirar en ella, que hombre que afirma una cosa con gran juramento, es muy gran señal que miente sobre pensado. Cosa es digna de ver, a un hombre verdadero, y a otro que es mentiroso porfiar sobre alguna cosa, en que el verdadero no dice más de decir, en verdad amigo que esto es verdad como os lo digo, y el otro para defender su mentira, apellida a cuantos Santos hay en el Cielo, y cuantos Santuarios hay en la tierra; por manera, que la verdad se defiende estando a pie quedo y para defender la mentira, es menester revolver a todo el mundo. Si yo fuese Príncipe, lo que haría es, que para desprivar a un Privado, y para despedir a un criado, y para quitar a uno el oficio, y para desgraduar a un Caballero, y para no tener jamás de vano crédito, no querría más testimonio de probarse ser mentiroso. Los padres a los hijos, y los amigos a los amigos, y los señores a sus criados, por menos inconveniente tenía yo, les perdonasen algunas flaquezas, que no que les disimulasen algunas mentiras; porque a los vicios el tiempo les corta las alas, mas el mentir con la vejez toma fuerzas. No abasta a uno que sea en este vicio limpio, sino que es necesario, se aparte de con quien es en este vicio vicioso; porque si quiere mentir uno muy recio, alega el amigo por testigo, y todos los que allí están echan tanta culpa al que lo aprueba, como al que lo dice: Miento, si estando en Palacio, no dijo un amigo mío a un Caballero, que él había navegado en una fusta, que era toda de un canelón de canela; y no fue nada decirlo, si o no conmigo a probarlo, y al fin yo por no le desmentir, hube de quedar por mentiroso. Otra vez yendo yo a Palacio a predicar, como llevase un junco en la mano, a causa que estaba gotoso, dijo delante de muchos Prelados que estaban en la Capilla, que él me había dado un junco, en el cual cabía de ñudo a ñudo tres azumbres de vino. Puédese esto colegir, que afrenta le es a un hombre virtuoso, tener por amigo a uno que no es verdadero; que a la verdad yo ya no sabía qué me hacer con aquel amigo, sino huir de donde se allegaba, y apartarme de donde hablaba; porque de todo cuanto él aprobaba conmigo en público, me iba yo después a desdecir en secreto. Viniendo, pues, al propósito, decimos, que muy ajeno debe ser de los familiares de los Reyes este tan pernicioso vicio, porque si un Cortesano, o plebeyo dice una cosa por otra, no es más de mentira, mas en la boca de un Privado es traición.

Entre Dios, y el pecador, es medianero el Sacerdote, y entre el negociante, y el Príncipe, es el Privado; pues si éstos son en las intenciones doblados, y en las palabras cavilosos, ¿cómo se perdonarán los pecados al uno, y se despacharán los negocios del otro? Ay del que sus pecados pone en manos de Sacerdote

profano, y del negociante que sus despachos dependen del oficial mentiroso. Hay muchos oficiales en las Cortes de los Príncipes, los cuales a todos los negocios que les encomiendan dicen sí, mas al tiempo del negociar, todo para en no; y esto hacen ellos por pensar, que con sus palabras dulces ganarán voluntades ajenas, y no aciertan en lo que hacen, y menos en lo que piensan, porque menos mal sería para su honra, que los tuviesen por desabridos, que en posesión de mentirosos. El oficial de la casa Real que es mañoso, doblado, y en sus tratos no verdadero poder podrá con sus blandas palabras por algún tiempo a sí mismo sustentar, y los negocios entretener, mas al fin sus trabajos se han de descubrir, y él y lo que tiene se ha de perder. ¡Oh a cuántos he visto yo en las Cortes de los Príncipes, los cuales alcanzaron tener muchos bienes temporales, y esto no trabajando, sino trafagando; no mereciéndolo, sino negociándolo; no con limpia conciencia, sino con buena maña; no sin perjuicio ajeno, sino en daño del prójimo; no con fin de dar, sino con intención de guardar; no para cumplir lo necesario, sino para tener lo superfluo; no para socorrer a los necesitados, sino para satisfacer a sus avarientos deseos! Y después de esto, los vimos a ellos muertos, y a los bienes confiscados, a los criados huidos, y a los hijos perdidos: por manera, que acá se descimentó su memoria, y allá quiera Dios que no se pierda su alma. Bien pueden los Cortesanos allegar muchos bienes privando, y los Jueces robando, y los Letrados mal abogando, y los Caballeros tiranizando, y los Mercaderes mal midiendo, y los solicitadores mintiendo: mas al fin de la jornada, ténganse por dicho, que los padres infernarán las ánimas, y los hijos perderán las haciendas. Lo que se gana con pura verdad, con propio trabajo, con intención buena, con celo santo, y con fin justo, los tales bienes acá en la tierra se escriben, más allá en el Cielo se firman, y confirman; porque la hacienda ganada con verdad, si el hombre tuvo cuidado de la allegar, muy mayor le tiene Dios de la guardar, y aumentar. Prosiguiendo, pues, nuestro propósito, decimos que el oficial de la casa Real si se determina a tratar verdad, sea cierto que será temido en lo que resistiere, y será amado por lo que despachare, y será osado en lo que hablare, y será acatado adonde se hallare. No le acontece esto al que es mañoso, tramposo, y doblado; porque son pocos los que le temen, y menos los que le aman, y muy menos los que le acatan. No podemos negar, que muchos oficiales Cortesanos, y aun fuera de Corte, son servidos, visitados, acatados, y acompañados, a lo cual decimos, que los negociantes que esto hacen, es burla pensar que lo hacen por a ellos servir, sino por sus negocios despachar. Que esto sea verdad parece claro, muy claro, en que después que el negociante despacha su negocio no sólo no le va a acompañar, mas ni aun de él se va a despedir. Si supiesen por entero todos los que tienen preeminentes oficios, y juntamente con esto son mentirosos, que son las cosas que dicen de ellos, es imposible, sino que se enmendasen, o los oficios dejasen: es a saber, que los llaman mentirosos, tramposos, traidores, perjuros, fementidos, robadores,

viciosos, y codiciosos: y lo que es peor de todo, que a ellos que son vivos lastiman, y a los huesos de sus pasados desentierran. Dice el proverbio común, que de tales romerías tales veneras: podremos al propósito decir, que estos títulos se gana el oficial que de mentir se precia. Aplomando, pues, más en lo dicho, decimos, que los oficiales que son cuales habemos dicho, ya que son, no hay necesidad que nadie los acuse, ni menos que los castigue; porque algún día ellos se engolfarán en negocios de tan alta mar, que a mejor librar quedarán anegados, o aportarán a puerto de sus enemigos: de manera, que permiten sus tristes hados, que ellos mismos sean verdugos de sí mismos.

A los que deberen estas palabras, rogámosles que tornen a leerlas, y a rumiar un poco en ellas, porque tomamos una materia muy delicada, y que no la sentirá sino el que ha pasado por ella. Helio Esparciano dice, que había un Senador, que se llamaba Lucio Torcato, el cual era naturalmente bullicioso, mañoso, doblado, azogado, y sedicioso, y como dijesen al Emperador Tito, que el Senador Lucio Torcato le había malamente revuelto con el Pueblo, respondióles él: No cure nadie de reñirle, ni castigarle, ni avisarle, ni amenazarle, porque es tan maligno, que yo espero en los Dioses, que algún día su condición pésima, será el sayón de injuria. Gran cosa fue la de este Príncipe, en no querer su injuria vengar, sino a la condición de su enemigo la remitir, y de verdad bien considerado el negocio, él tuvo razón; porque un malo después que se aveza a ser malo, si por propiedad no le va a la mano jamás deja de mal hacer, hasta que sin sentirlo se acaba de perder; de manera, que es como la candela, que después de encendida, ella misma se quema hasta que se acaba.

En los grandes, y graves negocios, suelen los que tienen mando en ellos decir algunas palabras equívocas, y hacer algunas promesas fictas, y esto más con ánimo de a los negocios entretener, que no a los negociantes mentir, lo cual no debe pensar, ni menos hacer el que es en la casa del Príncipe Privado, cuando le fueren a hablar sobre algún negocio; porque a los Príncipes, no les han de decir sus criados lo que ellos no querrían oír, sino lo que les conviene saber, y proveer, que de otra manera, no por más se vienen todas las Repúblicas a perder, sino por no dejarse los Príncipes desengañar. Supremo género de traición es, que el Príncipe descubra a su Privado cuanto en el corazón tiene, y después su Privado le engañe con las palabras que le dice. Por ningún amigo, ni en ningún tiempo debe el Privado decir al Rey una cosa por otra; porque después que se averiguare la verdad, no bastará decir al Rey, que si lo dijo lo dijo por cumplir, porque le replicará el Rey, que no fue sino para le engañar. Son tan delicadas las condiciones de los Príncipes, que osaríamos aconsejar a los que son sus más familiares, y Privados, que con tanta verdad, y tan sobre aviso hablasen al Príncipe, aun estando con él burlando, como si él a ellos les tomase juramento. El que es amigo de verdad, es amigo de justicia, y el que es

amigo de justicia, es amigo de la República, es de buena conciencia, es de buena vida; y el que es de buena vida, es de buena fama; y esto decimos para que sepan todos, que al hombre que es de buena vida, y de buena fama no negamos que sus enemigos, no le puedan cada hora ladrar, mas no les concederemos que le puedan jamás comer.

Con el hombre que es en las obras limpio, en palabras corregido, en la condición claro, con todos bien quisto, entre todos bien acreditado: ¿quién es el loco que osa ser su enemigo? En gran peligro se osa poner el que con hombre virtuoso se osa tomar, porque el tal ha de pensar, que no se toma con lo que es él, sino con la virtud que hay en él, y el hombre que a la clara impugna lo que la razón le dicta, de sí mismo pregona ser de maldita yazija, y comerse todo de carcoma. Y porque no quede cosa por tocar, o mejor decir de avisar, es a saber, que suelen muchos oficiales Cortesanos, procurar por el Reino oficios para sus allegados, o deudos, o amigos, los cuales eran tan inhábiles, que ni entonces había méritos en ellos para se los dar, ni menos en ellos hubo después prudencia para los administrar, y servir; porque a los tales no les dan los oficios por conocer que son sabios, sino porque son grandes importunos. Harto dolor es escribirlo, y mucho más verlo, ver que ya no se dan los oficios para el bien de la República, sino para echar cada uno importunos, e importunidades de su casa.

Andando, pues, el tiempo, puede ser que el tal oficial que está allí proveído, le quieran los supremos Jueces desproveer, o a otra parte mudar; guárdese en tal caso el Privado del Príncipe, de todo en todo se lo contradecir, ni tomar por pundonor de honra de aquel sustentar; porque menos mal es que pierda el otro el oficio, que no el crédito. Si las obras de uno notoriamente pregonan ser en sí malas, no bastarán las palabras de un Privado a hacerlas buenas.

Contentarse deben los amigos de los Privados, y los criados de los señores, y los parientes de los oficiales, que con mucha contradicción les procuren los oficios que quieren, sin que les sustenten los delitos que hacen. Finalmente decimos, a cualquier Privado del Príncipe, que si Dios le hallare en su ánima pureza, y la República hallare en su casa justicia, y el Rey hallare en su boca verdad, y en su corazón fidelidad, y los buenos hallaren en su privanza favor, y los malos no hallaren en su persona espaldas, y los pobres se alabaren recibir de él buenas obras: desde aquí le aseguro, y de mi mano se lo doy firmado, que ni tema que Dios le desamparará, ni hombre le empecerá, ni infamia recibirá, ni fortuna le derrocará, ni el Rey su señor le despedirá.

Fin